

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

*El erudito
y el jardín*

Anécdotas, cuentos y relatos

*Academia
Mexicana*

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

El erudito y el jardín

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

EL ERUDITO Y EL JARDÍN

ANÉCDOTAS, CUENTOS Y RELATOS

Introducción y selección
de
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ



ACADEMIA MEXICANA

Primera edición:
México 1983
2,000 ejemplares

D. R. © 1983
ACADEMIA MEXICANA
Donceles 66
México 1, D. F.

LAS NARRACIONES DE JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

La vena narrativa de José Rojas Garcidueñas (1912-1981) fue una de sus primeras vocaciones, y aunque luego tomarían el primer lugar en su obra los estudios literarios y sobre temas de arte, que constituyen sus trabajos más importantes, el gusto por las narraciones breves nunca lo abandonaría. Recuerdos de la natal Salamanca y de otras ciudades y pueblos del Bajío, relatos de hechos curiosos o fugaces, anécdotas de la vida literaria mexicana de que fue testigo o que escuchó contar, y cuentos con un transfondo literario escribiría regularmente desde los años juveniles hasta los últimos que le tocó vivir.

A partir de 1947 y hasta 1970 Rojas Garcidueñas creó unos libritos de pocas páginas que, en tiradas de no más de doscientos ejemplares, hacía imprimir, ilustrados los primeros con dibujos propios, para obsequiar a sus amigos y desearles Feliz Navidad y Año Nuevo. Los últimos añadían “Ediciones de la paloma”.

Ignoro el origen de tan civilizada cortesía. De Francisco Monterde —al parecer iniciador en México— conozco tres pliegos de noble papel, con muestras de su sensibilidad, correspondientes a los años de 1940, 1946 y 1948. Salvador Novo regalaría a sus amigos, de 1955 a

1974, sus sonetos de Navidad y Año Nuevo. De 1959 a 1968 Max Aub distribuyó por Año Nuevo siete números de su Periódico Conservador, *El Correo de Euclides* —la calle donde vivía—, más uno extraordinario a medio año de 1967. Por los años sesentas Herminio Ahumada envió poemas por Navidad. Y desde 1974 Miguel Zacarías distribuye un soneto anual a sus amigos.

Más debe haber que olvido o desconozco.

Rojas Garcidueñas fue, junto con Novo, uno de los más constantes ya que publicó 19 de estos libritos, y aún añadió a la colección que hizo en 1956 de *Anécdotas, cuentos y relatos*, que reúnen seis de las ya hasta entonces publicadas, seis narraciones más: “Una copa de cognac”, “Nicolás Rangel y Juan de Dios Peza”, “El Señor de la Buena Lluvia”, “Por dos muy buenas razones”, “El concierto” y “La descorazonante realidad” —de las cuales sólo la primera tiene indicación de fecha—, que habían aparecido en revistas o eran inéditas, todas del mismo estilo que los cuadernos anuales.

El primero de los que publicó Rojas Garcidueñas, *El hallazgo del crítico* (1947), una sátira del crítico de arte que anuncia ante un Congreso de Historia y Arte su descubrimiento de un estilo francés olvidado, el Luis XVII —el pobre hijo de Luis XVI y María Antonieta que sobrevivió sólo dos años a la ejecución de su padre en 1793—, tuvo una ingeniosa respuesta. Poco después de su aparición, el crítico de arte Francisco de la Maza, contemporáneo y colega de Rojas Garcidueñas en el Instituto de Investigaciones Estéticas, publicó *El estilo Luis XVII* (1948), en un cuadernito semejante y aun con sus mismas ilustraciones, y otras más. Este cuento-res-

puesta, escrito con chispa y agudeza, ofrece nada menos que la revelación del estilo Luis XVII, que floreció en una isla del Caribe adonde fue llevado el niño Capeto, estilo que consiste en una atroz mezcla del rococó y de motivos indígenas americanos. Para que el lector pueda disfrutarlo, se reproduce como Apéndice en este volumen.

Además de las 25 narraciones publicadas, entre los papeles que a su muerte dejó Rojas Garcidueñas se encuentran muchas otras de la misma índole, inéditas, entre las que he escogido 17 “anécdotas y sucedidos”, que van en la segunda sección de esta colección.

Todas estas narraciones, las publicadas y disfrutadas por un breve número de lectores y las que ahora se ofrecen por primera vez, son fiel trasunto del singular temperamento de José Rojas Garcidueñas: aficionado a la buena conversación, a los libros y los papeles viejos, al humor, las fórmulas de cortesía y las historias pueblerinas, y a las anécdotas de personajes de la vida literaria; sensible para percibir la belleza de las montañas tropicales en un amanecer o el áspero señorío con que un minero corresponde un favor recibido o el juego de las palomas en una plaza de Siena; divertido y socarrón al narrar los trámites burocráticos necesarios para adquirir un tipómetro o las rivalidades de dos pueblos por cuestión de nombres.

A menudo insiste Rojas Garcidueñas en la verdad testimonial de sus narraciones, como si sólo pretendiera ser relator. Sin embargo, entre sus pocos cuentos de imaginación hay uno muy bien logrado, *Relato de las islas Mistrocks*, en el que en aquellas tierras brumosas

y heladas¹ imagina un trato contrario al que relatara Chamisso, del hombre que vendió su sombra.

Estas anécdotas, cuentos y sucedidos, que fueron la diversión del sabio y discreto José Rojas Garcidueñas, ofrecen a sus lectores, además de la cortesía de la brevedad, una manera reposada de contar y el encanto siempre atrayente de la curiosidad.

22/IX/1982

José Luis Martínez

I

ANÉCDOTAS, CUENTOS Y RELATOS

EL HALLAZGO DEL CRÍTICO

El espíritu sopla donde quiere y las hijas de Apolo, tan femeninas, proceden inesperadamente.

Esta vez la inspiración le vino al joven crítico cuando casi se aplastaba la hebraica nariz contra el cristal, mirando y remirando en el escaparate las hiladas de volúmenes. Hacía ya casi un año que, al menos oficialmente, la paz reinaba en Europa pero el comercio se reanudaba con extrema lentitud y apenas comenzaban a llegar las primeras remesas de libros franceses. Y allí estaba el lote recién desempacado de libros de arte: tres números de *Verve*, un estudio sobre Picasso publicado por Hypérion, *Les Cahiers d' Art Francais* y una docena de monografías, a cual más atractiva, y cerca del cristal en incitante proximidad lucían los preciosos tomitos de la serie *Les styles en France du Moyen Age à nos jours*; los editores habían adoptado la división por reinados y el joven crítico paseaba la mirada barajando mentalmente *Le style Louis XIV* con *Le style Empire*, a Francisco I con el Directorio y a Luis Felipe con Enrique IV; luego los acomodó mentalmente, recreándose en el pequeño esfuerzo de memoria para reconstruir el orden dinástico y la sucesión cronológica, notó una falta y súbitamente inquieto volvió a recorrer todos los

títulos. “La serie está incompleta” pensó fugazmente, pero la memoria trabajaba con rapidez y de repente su sobresalto creció al darse cuenta que en su recuerdo había idéntico hueco: ¡nada sabía del tema correspondiente al libro que faltaba!

Aunque otras ocupaciones lo reclamaban con urgencia no pudo contenerse y penetró agitado a la librería pidiendo, con apremio, que le mostrasen algunos tomos de la colección que le inquietaba; en las cubiertas estaba impresa la lista de toda la serie y el crítico, de un vistazo, comprobó que faltaba el tema de su ocurrencia. Creyó haber leído mal y volvió a examinar, primero de seguido y luego a saltos, la lista de títulos: los Luises, los Enriques, los paréntesis que correspondían a las regencias; Luis Napoleón, el Consulado, luego otra vez recorría los Luises, los Carlos. . . ¡Nada!

Devolvió los libros y salió absorto, sin percatarse de las miradas y el gesto airado del empleado que los recogía de modo brusco, furioso por su fracaso pues había abrigado la firme convicción de una venta segura cuando contemplaba, minutos antes, el interés con que el cliente repasaba los tomos, uno tras otro.

Ya en la calle el crítico recordó los muchos asuntos que debía atender en las dos o tres horas siguientes; sin vacilaciones desechó todo de un golpe y rápidamente se encaminó a su casa, llegó a su biblioteca y con presteza amontonó en el escritorio los seis u ocho volúmenes que necesitaba. Comenzó por los manuales y fue ascendiendo en categoría de especialización, repasaba los índices, hojeaba los tomos... ¡Nada! Consultó el reloj, vio que aún tenía tiempo disponible y se dirigió al Ins-

tituto de Arte, allí vio otras obras y con cuidado, a pesar de la tremenda tensión nerviosa, revisó dos tomos de la gran *Histoire de L'Art* de Michel... ¡Nada!

Esa misma tarde el secretario del Instituto le informó que su solicitud había sido aprobada y, por lo tanto, el crítico debía salir de la capital al día siguiente para asistir al Congreso de Historia y Arte que se reuniría en Celaya.

La preocupación se acentuó, se arraigó y, al concretarse, se fue depurando de las vagas perturbaciones que al principio la envolvían.

Toda la tarde y buena parte de la noche estuvo el crítico dedicado a una constante y fatigosa revisión y búsqueda en los mejores tratados de arte.

Nervioso y abatido abordó el tren al día siguiente y apenas si se dio cuenta que en él iban varios colegas y conocidos, rehuyendo su conversación.

Los movimientos y ruidos del tren ejercieron su función sedativa y el joven crítico dormitaba en su asiento. Cuando ya despierto pasó al carro comedor, las dudas le asaltaban aún, pero la comida le prestó el arrojo faltante y cuando llegó a la meta de su viaje se sentía feliz y pleno de optimismo: el solo pensamiento del gran éxito que iba a alcanzar, de seguro, en la primera sesión plenaria le llenaba de entusiasmo y audacia; sabía que su discurso sería un cañonazo que tendría que repercutir en Francia misma, los periódicos hablarían y más tarde, cuando tras algunos meses de trabajo intenso el estudio quedase terminado lo publicaría y, ¿quién sabe si una beca excepcional y hasta una cintita morada en la solapa, no harían morir de envidia a sus colegas?

La ciudad provinciana, sede del Congreso de Historia y Arte, rebosaba celebridades. El joven crítico saludaba a diestra y siniestra, en los portales y en la plaza, y así todo el mundo supo de su llegada.

Al otro día los miembros del Congreso se reunieron en el gran Teatro Tresguerras y, luego de los trámites de rigor, la sesión plenaria comenzó; hablaron dos arqueólogos y un historiador y, al fin, el Presidente de Debates otorgó su licencia y el joven crítico dijo:

“Señor Presidente, señores Delegados al XIII Congreso de Historia y Arte, señoras y señores: Me presento ante ustedes como representante del Instituto de Investigaciones Esotéricas, de la Academia Regional de la Historia, de la Academia Provincial del Lenguaje, de la Sociedad de Jóvenes Geniales y de media docena de otras ilustres agrupaciones culturales, sin contar la Sociedad de Geometría y Estilística a la que también pertenecen todos ustedes en compañía de sus estimables familias.

“Mi aportación a este Congreso que hoy se instala consiste, señoras y señores, en tres importantes estudios: el primero, para la Sección de Arqueología, sobre un notable hallazgo de fragmentos de azulejo y loza vidriada en el substrato de la Cultura 4 C, 3a. etapa, de Monte Albán; mi segundo estudio versa sobre la ubicación exacta, con copias paleográficas de las escrituras, de la casa en que el Mayordomo del Segundo Caballerizo del tercer Relator de la segunda Sala del Tribunal de Cuentas, tuvo una engorda de cerdos en los primeros años del siglo XVII; finalmente, mi modesta contribución a la Mesa Redonda de este Congreso será la presen-

tación de unos documentos pertenecientes al archivo de mi familia: media docena de vales firmados por un suboficial norteamericano, en el Café de El Cazador, entre el 25 y 30 de septiembre de 1847.

“Pero, señoras y señores, nada de eso justificaría que yo pidiera la palabra, puesto que sobre tales trabajos dictaminarán las honorables comisiones a quienes corresponde; señores, si he solicitado la atención de ustedes es para comunicarles que me he impuesto la obligación de investigar y desarrollar un tema que hasta hoy, por causas misteriosas que también descubriré, ha permanecido intocado por todos los investigadores que en el mundo han sido.

“No penseis, señoras y señores, que me refiero a cualquiera de los trabajos fundamentales ni a los subsidiarios en que actualmente me ocupo; bien sé, por habérmelo dicho personalmente en algunas ocasiones, que muchos de ustedes esperan, hace tiempo, la publicación de mi estudio monumental que se titulará: *Enumeración, descripción analítica, generalización sintética y clasificación morfocromática de los 1 223 retablos coloniales, con ilustraciones fotográficas y dibujos al carbón por el autor*. No, ni ése, ni la genealogía y propiedades de Rodrigo de Cifuentes y sus cinco hermanos, ni mi *Gran catálogo funerario*, en que tengo ya recopiladas 34 monografías sobre cementerios y fosas comunes, de nada de esto he venido a tratar ahora.

“Porque el objeto que me ha impulsado a distraer vuestra benévola atención es participaros, como ya anuncié, que desde hoy y hasta la reunión del próximo congreso a que nos inviten, voy a trabajar en un tema de historia del arte que nunca ha tratado nadie.

“No hay temas nuevos, dirán seguramente muchos de ustedes, ¡nada hay nuevo bajo el sol!, la historia del arte está explorada, en México, desde los tlacuilos hasta Pedro Rendón y, en Francia, ya los investigadores no pueden hacer más que fichas sobre los nuevos falsificadores de Picasso y de Matisse, investigaciones reservadas que —por otra parte— la policía impide publicar para evitar la deflación del mercado pictórico de París.

“Pues sí señores, hay un tema nuevo y lo he encontrado yo. He buscado en todas las bibliografías, he revisado todas las historias de las bellas artes, he compulsado más de 500 catálogos de editoriales y de librerías de viejo, finalmente he recurrido a los medios más acreditados, tradicionales y seguros del mejor espionaje, a pesar de su alto costo y he logrado (os lo diré confidencialmente), he conseguido hablar por teléfono con la amante del secretario particular de Elie Faure, señores, y así puedo asegurar que hay efectivamente un tema nuevo, que voy a acometer: ese tema desconocido, insospechado, inadvertido, impoluto, inmaculado y virgen es este que llevará en su título mi próximo estudio: ¡El Estilo Luis XVII!”

EL HERALDISTA

Era muy joven, tendría apenas los veinte años escasamente cumplidos y por eso resultaban, en él, tan anacrónicas y extrañas aquellas preferencias por los libros viejos, los cuadros coloniales y todos los cachivaches arcaicos que abundaban en su estrecho cuarto de estudiante: un sillón frailuno con las tallas medio destruidas, una daga con la punta rota, dos candeleros que no hacían par, un juego de tintero y marmajera de plata pero sin tapaderas, dos o tres relicarios con marcos también de plata, llenos de abolladuras y con los vidrios empañados, en fin, cosas que originalmente fueron productos de noble artesanía pero que el tiempo y el descuido relegaron a la categoría de esa quincalla que atiborra los bazares de quinto orden y los “puestos de fierros viejos”.

Pero aun más inútil era su preocupación genealógica. Probablemente era cierto que los antepasados de Miguel anduvieron cerca de las cortes virreinales del siglo XVIII, me consta que algunos de sus apellidos son los mismos que pueden encontrarse en esas larguísimas inscripciones que hay en los viejos retratos de oidores adustos, solemnes obispos y tiesos doctores de la Real y Pontificia Universidad, mas otro tanto ocurre con mu-

chas familias de toda la región y ya casi nadie suele insistir, seriamente, en que tal cosa merezca particular engreimiento.

Y lo más absurdo, aunque natural consecuencia de las otras aficiones, era su manía por la heráldica. Con gran trabajo y excesivo dispendio de sus pocos recursos consiguió los tres gordos volúmenes de genealogías mexicanas de Ortega y Pérez Gallardo y en la Biblioteca del Estado encontró alguno de aquellos *Espejos, Estrellas o Teatros de nobleza*, donde la polilla devora las vanidades de nuestros antecesores. Con tales libros y algún manual de heráldica pasaba las horas y se le iban los días cotejando árboles de familia, dibujando blasones y, en resumen, perdiendo el tiempo que debía consagrar a su botánica y a su química porque, ¡oh risible contraste!, el heraldista, el linajudo y aristócrata Miguel... estudiaba para farmacéutico!

Con tanto andar metido en semejantes averiguaciones y a pesar de su obscura condición de provinciano estudiante de farmacia. Miguel había empezado a relacionarse con personas de rancia prosapia: era de ver el cuidado que el muchacho ponía en aquellas cartas que, de cuando en cuando, dirigía al Marqués de San Calixto, al Conde del Pánuco y creo que hasta al Duque del Villar, aparte de la más ordinaria correspondencia que sostenía con el falso Conde de Pacomasa. ¡Ah, pero cuando recibía tres renglones con un cortés saludo, firmados por algunos de aquellos señores, la cara de Miguel resplandecía!

Miguel dibujaba regularmente y también hacía pinitos en eso de tallar madera. Sus dedos eran particu-

larmente diestros en aquello de trazar cuarteles partidos o cortados, en sotuer o en perla, en delinear castillos y espadas o torres con leones, osos, perros o endriagos, así como en el floreo de los lambrequines más retorcidos con los correspondientes yelmos, coronas o lo que fuese menester.

Cierta vez acometió la ardua tarea de grabar un escudo en metal para utilizarlo como sello. La cosa no era fácil, pero como se trataba de su propio blasón emprendió el trabajo con fervoroso entusiasmo, mantenido por la ilusión de ver impresa aquella prueba de su linaje, realizada en la mancha roja del lacre, viajando al dorso de sus cartas y llegando a manos de lejanos correspondientes.

El primer paso fue dibujar con sumo cuidado el modelo. Es claro que Miguel habría sido feliz luciendo todos y cada uno de los heráldicos signos correspondientes, según él, a cada uno de sus apellidos, hasta donde pudieran llegar sus eruditas investigaciones, probablemente matizadas con no escasa proporción de fantasía. Por desgracia resultaba imposible una solución total. Porque como todos tenemos cuatro abuelos, ocho bisabuelos, diez y seis tatarabuelos y treinta y dos choznos, a poco que uno se remonte en media docena de generaciones le resultará una imponente lista de apellidos; y como de ellos un gran número tiene símbolo heráldico (el que ciertas personas puedan usarlos y otras no, son cuestiones esotéricas que resuelven los reyes de armas), pues sucede que es relativamente fácil construirse un hermoso escudo con tantas particiones y cuarteles, llenos de colores y figuritas, que hasta pue-

de confundirse con la “tabla” de un afortunado jugador de lotería de cartones.

Pero no divaguemos. Lo cierto es que Miguel tuvo que luchar por varios días en contra de la atractiva tentación de labrarse un escudo de sesenta y cuatro casillas, como el que Pérez Gallardo adjudica al Conde del Valle de Oploca; dibujó su blasón hasta con diez y seis cuarteles y cuando trató de duplicar el número, ascendiendo a la siguiente generación, encontró que, a causa de los matrimonios entre parientes, el escudo ostentaba un exceso de “osos tenantes”, “perros pasantes” y “lobos rampantes” que convertían aquello en un zoológico muy poco variado. Además que, grabar tantos cuadrúpedos con no pocos volátiles, puentes, árboles y torres en el reducidísimo espacio de un sello es, en verdad, empresa de romanos como suele decirse, o más bien de penitenciarios, de éstos que labran una escena de fandango popular en la cáscara de una nuez.

Así Miguel hubo de resignarse a fabricar el sello tan sólo con los emblemas de sus cuatro apellidos primeros, los “cuatro costados” del conocido proverbio. En un papel dibujó el susodicho blasón muy bien proporcionado con sus figuras, adornos y arrequives, cuidando meticulosamente de que los metales y los esmaltes llevasen los puntos y las rayas que les correspondiesen, según el aceptado convencionalismo que inventó el Padre jesuita Pietra Santa hace unos trescientos años, dizque para perfeccionar la heráldica, cuando éste era un arte ya socialmente anacrónico.

El dibujo quedó terminado con facilidad y prontitud, pero el grabado en metal fue de factura más lenta.

Sabr  Dios cuántas tardes pas  Miguel rascando aquella plaquita hasta conseguir que se vieran all  detalles tan importantes como el que una grulla tuviera el pico abierto y que las plumas del yelmo fuesen, precisamente, cinco... pero este punto de la cimera fue cosa de mucho mayor alcance.

Decidió estrenar su trabajado sello en una carta al señor Marqués de San Calixto. En los descansos de la tarea escribió la epístola en que, a vueltas de circunloquios y cumplidos barroquistas llegaba, simplemente, a pedir se le enviase la lista de las publicaciones del Museo Nacional. Cuando el sello qued  terminado Miguel se puso serio y, con aire solemne, casi ritual, como si fuera a poner la primera piedra de una nueva Roma, encendió la lamparilla de alcohol, cerró la carta, fundió el lacre gote ndolo con mil cuidados, empu n  el recién labrado sello y lo imprimió, con gesto lento y grave sobre el lacre; él hubiese preferido la cera de las Pragmáticas y Reales Cédulas o, mejor, el plomo que cierra las Bulas Pontificias, pero imposible era alcanzar semejantes excelsitudes.

Mir  complacido su obra, exactamente como la madre que nunca ve los defectos del Hijo recién nacido, ocultos a sus ojos por el amor materno. Peg  las estampillas y apresuradamente llevó su carta al correo para que la despachasen esa misma tarde, ansiando llegase a su destino y que el rojizo emblema cumpliera su misión de ir pregonando la noble estirpe de su autor y dueño.

Muy tarde regres  Miguel a su cuarto y ya iba a acostarse cuando le sobrevino la tentación de contemplar, una vez más, el fruto de sus esfuerzos. Nuevamente

prendió la lamparilla y volvió a oprimir el sello en medio de una mancha de lacre, enorme y gorda, que resaltaba en la blanca hoja del papel.

Nadie sabe en qué momento nos acecha la más triste decepción ni de dónde recibiremos el más rudo golpe; el platillo preferido puede envenenarnos, y el arma favorita nos hiere de muerte y el hijo amado nos traiciona y nos llena de vilipendio.

Es indudable que, la primera vez, el amor no dejó a Miguel mirar bien; aunque de ningún modo trato de aludir a su terrible miopía (origen de varias anécdotas risibles), por no rebajarme atribuyendo a defectos físicos lo que pudiera deberse a factores más espirituales. El hecho cierto es que Miguel no se había fijado antes en los detalles de su obra, pero la segunda contemplación se los reveló en forma brusca y sin paliativos: habiendo pasado fielmente al metal el dibujo del papel, el resultado de la impresión era mostrar todos los signos heráldicos del blasón exactamente en posición invertida, lo que debía ser a la derecha volteado a la izquierda.

La hoja le temblaba en las manos, como si aquella mancha roja en vez de lacre fuese sangre acusadora de horrible crimen. Miguel ni siquiera tuvo el consuelo de que se le nublara la vista, recurso de novela rosa que no tenemos en la vida real; por el contrario, sus dilatados ojos veían claramente, con terrible nitidez, la crueldad de aquella obra suya que lo había traicionado infiriéndole la más espantosa ofensa: ¡todos los signos contornados!, ¡todas las figuras vueltas a la siniestra! Y el yelmo... ¡que horror!... ¡Cimera a la izquierda: señal de bastardía!

CHRISTMAS - NOCHEBUENA

Faltaban pocos días para la Navidad y se quiso que antes de dispersarnos, profesores y alumnos, en las vacaciones de ese tiempo, pudiésemos reunirnos para una de las celebraciones tradicionales entonando esos cánticos, a la vez populares y religiosos, que son los Christmas Carols.

El lugar de reunión, como de costumbre, fue la terraza y la gran explanada al frente de Old Main. Allí se puso un gran árbol de Navidad, lleno de luces de colores y a un lado se colgó una pantalla de proyecciones.

A las primeras horas de la noche nos reunimos en buen número. Muchachos de caras infantiles y de dos metros de estatura, chicas de naricillas respingadas con las cabezas envueltas en pañoletas de colores, colegas de cabellos grises, todos con siluetas gruesas por los abrigos, enfundados en lana de la cabeza a los pies, haciendo crujir el hielo bajo las botas y sintiendo en la nariz el picorcillo del polvo de nieve que se desprendía de las ramas escarchadas.

El pequeño orfeón de la Escuela de Música era el núcleo y guía que los demás seguíamos a coro. La letra del cántico, proyectada sobre la pantalla, servía más bien para indicar el texto elegido, que casi todos canta-

ban sin tropiezo alguno, cómo cosa que se sabe desde la infancia.

Era una hermosa reunión emotiva y emocionada. Se cantaba el nacimiento de Cristo, se hablaba del Niño en el pesebre, de la dulce Madre, de los ángeles y de los pastores. Cantos apacibles, de sencillas y suaves melodías, lentos y llenos de ternura. Todos cantaban con la emoción de un sentimiento hondo y sincero, unido de seguro a muchos recuerdos de infancia y de hogar, de bondad y de cariño como los versos y las notas que temblaban un poco en las voces y en el aire helado. Todo era muy sincero, muy hondo y muy bello.

Para mí, aquello resultaba tierno y melancólico, en cierto modo triste... ¡era tan diferente de nuestras Nochebuenas, de las mías, de las de mi niñez y de mi casa, tan lejana y distinta! Todo acentuaba el contraste con lo mío: el sitio, el clima, las gentes, la música, el idioma.

Fluía el canto, lento y dulce:

Silent night, holly night
All is calm, all is bright...

Silent night... Así la sentían ellos; así era, así debió ser, para esas almas nórdicas, la noche en que nació Jesucristo. En cambio nosotros, los latinos, ruidosos y alborotadores... Yo recordaba los villancicos entonados hace muchos años, en la sala de mi casa, acompañados con el gorjeo de los pitos de agua y el tamborileo de los panderos, cantados a voz en cuello, en la forma más meridional, y española del alboroto:

Suenen las panderetas,
ruido y más ruido,
porque las profecías
ya se han cumplido.
¡Sí? ¡sí!
ya se han cumplido...

Así es; cuando ellos, allá, cantan “silent night” nosotros pedimos “ruido y más ruido”... ¿No es esto muy revelador en su diametral contraste?

Difícil, casi imposible la plena concordancia, en su sentido más estricto: unión, conjunción, fusión de los corazones, es decir de los sentimientos. Aun los conceptos, las ideas, suenan en escalas diferentes.

Pero, con todo, qué bella y dulce y tierna poesía en esos suaves cantos entonados así, en la comunión de almas sinceras y espontáneas, con la emoción de una íntima raíz cristiana, bajo los árboles en que brillan las estalactitas del hielo y en el aire con polvillo de nieve vibran las palabras hondas, emocionadas, saludando la llegada del Niño que es Amor, Salvación y Paz.

EL ERUDITO Y EL JARDÍN

No sé por qué motivos el Dr. Herbert Steiner había llegado a ser profesor en Penn State. El es austriaco suizo, creo que más bien esto último; antes de la segunda guerra dirigió una revista muy fina y exclusiva, protegida por algún magnate europeo; eso le permitió relacionarse con muchas personalidades y se enorgullecía de su trato con Valéry, Vossler y otras amistades ilustres. En Penn State daba clases de literatura alemana pero se ocupaba preferentemente, en ciertas investigaciones sobre los poetas finiseculares como Stefan George, Peter Altenberg y Hugo von Hofmannsthal; yo le hablé de las traducciones que de ellos hizo Guillermo Valencia y esto nos llevó a trabar amistad, así como el hecho de pertenecer ambos a la misma Facultad y el vernos con frecuencia, por tener nuestras respectivas oficinas en Sparks Building.

Alguna tarde, comiendo juntos en aquel ruidoso Corner's Room (de vagas semejanzas y muchas diferencias con el café de nuestra escuela de Mascarones), el sabio, ingenioso y sofisticado Dr. Steiner me refirió este cuento que no quiero dejar perder. Ignoro si será invención suya o si él no hizo más que trasladarlo; yo sólo puedo afirmar que él me lo contó, entre su amena char-

la, con su curiosamente incorrecto castellano en que solía verter sus retorcidos conceptos y un humorismo levemente pérfido. De cualquier manera, sea invento o repetición, he querido conservar este apólogo confiándolo a la imprenta, mejor que dejarlo a los muchos riesgos de mi mala memoria.

He aquí, pues, el relato:

Había un erudito inglés, refinado y maniático, cuyo amor por la vida del espíritu y los goces más sutiles de la mente le hizo retirarse de todos los negocios, decidido a consagrar el resto de sus días a vivir en medio de sus libros raros y sus preciosos manuscritos, conservando solamente un magnífico jardín que embellecía su vida. El erudito pasaba el tiempo entre sus vetustos pergaminos y su florido rincón y estos dos amores compartían sus cuidados. Pero la manía del coleccionista fue ganando terreno y el bibliófilo, que no era rico, no podía resistir a la oferta de algún manuscrito antiguo ni a las ocasionales ventas de ediciones raras, aunque para tales adquisiciones tuviese que sacrificar el dinero destinado al cultivo del jardín. La obsesión del bibliómano era como una sed inextinguible, siempre insatisfecha, y el deleitoso prado sufría las consecuencias: las plantas exóticas y las flores exquisitas, poco a poco, fueron vendidas o cambiadas por palimpsestos e incunables o murieron por la falta de abonos especiales y de los necesarios cuidados. Y así pasó el tiempo hasta que de aquel precioso jardín, antes lleno de flores raras que tenían aromas y colores inusitados, rico en plantas de formas extrañas y prados de césped suavísimo, de toda aquella maravilla umbrosa y encan-

tadora no quedó más que un erizo yermo con un árbol solo y triste, viejo, seco y deforme, en tanto que el maniático erudito se ahogaba entre los papeles carcomidos y los tomos polvorientos que habían consumido el jardín.

—Sí —le dije yo—, así sucede: es la cultura que devora a la natura.

Reímos, simulando un aparente acuerdo. Sabíamos que el cuento era cruel. En el fondo, yo sentía tristeza por el bello jardín sacrificado, pero creo que el Dr. Steiner se regocijaba, feliz de que la erudición hubiese mostrado, tan claramente, su fuerza negativa y destructora.

UN MANUSCRITO DE URBINA

Hace ya muchos años, debe haber acontecido esto hacia 1933, una tarde cualquiera andaba yo en esa actividad, grata y peligrosa, de recorrer las librerías de viejo sin un fin concreto, simplemente viendo “qué hay”, con lo cual se corre siempre el riesgo de lo inesperado: desde el simple de perder el tiempo toda una tarde hasta el peligro grave de encontrar algún libro cuya adquisición se vuelve irresistible por algún motivo, con el daño consiguiente para un limitado presupuesto que no preveía ese gasto.

Pero aquella tarde ni busqué en vano ni tuve que hacer excesivo dispendio.

Por la Avenida Hidalgo había, en aquellos felices tiempos, pequeñas librerías en que solían encontrarse libros viejos de interés; hoy ya no existe tal mercancía: los estantes de esos comercios ofrecen exactamente los mismos libros que tienen las librerías grandes, sólo que maltratados y no siempre menos caros. Viendo aquí y mirando allá, en uno de aquellos zaguanes encontré el cuadernito de los *Mimos*, de Marcel Schwob (Ed. Cultura, t. VI, núm. 3, México, 1917); yo no lo conocía y lo adquirí por cualquier cosa, probablemente algo menos de un peso. Junto con otros libros me lo llevé y con

ellos quedó apilado en uno de tantos hacinamientos de libros y papeles, que siempre invadían mi cuarto de estudiante.

Sólo algunos días después quise leerlo y entonces ví que en la “falsa” que sigue a la portada, se encontraba esta dedicatoria manuscrita con tinta: “A Luis G. Urbina, con mi sincera y alta estimación. Raf. Cabrera. Méx.-22-I-918”. Desde luego, debía suponerse que el firmante fuese don Rafael Cabrera, fino traductor de esas obritas de Schwob. No le di ninguna importancia a esas líneas porque las creí espúreas, suposición arbitraria pero basada en experiencias recientes, pues por aquel entonces, y durante bastante tiempo, uno o dos de los comerciantes en libros viejos habían dado en poner firmas y dedicatorias, con nombres de autores o gentes notables, a ciertos ejemplares, para engañar incautos y obtener mejores precios o más fáciles ventas. Claro que si se les preguntaba por la autenticidad de esos autógrafos, los vendedores nunca aseguraban nada, pero en el comprador entraba la duda y con ella la esperanza y, casi siempre, eso bastaba a decidir la operación.

Leí tranquilamente los *Mimos* y *La Cruzada de los niños*, de Marcel Schwob, que me gustaron y sigo apreciando muchísimo, especialmente la última. Leí lentamente y en orden y por ello sólo al terminar la lectura descubrí que, en la página blanca de la guarda posterior había unos versos, escritos con lápiz, con tachaduras y correcciones, al pie una fecha de 1918 y muy legible la firma “L. G. Urbina”. El hallazgo me sorprendió enormemente. De la dedicatoria yo había dudado, mejor dicho, la supuse falsa, pero un poema

manuscrito, con palabras corregidas y al pie la firma del mismo poeta mencionado en la dedicatoria, todo eso ya parecía mucho para un folleto que no me había sido ofrecido con ningún carácter extraordinario.

Naturalmente quise salir de dudas y en cuanto pude, uno o dos días después, fuí al Archivo General de la Nación a consultar a mi maestro don Nicolás Rangel, a quien yo veía con gran frecuencia ya en su clase de Investigaciones Históricas, ya en su oficina del Archivo o en su modesta casa de las calles de Pedro Moreno.

Todos sabíamos que Rangel era de los amigos más íntimos de Urbina, de modo que nadie mejor que él podía darme una certidumbre en aquel caso.

Le referí a don Nicolás mi hallazgo y mostrándole el poema le pregunté: ¿Cree usted, maestro, que ésta es letra de Urbina? Sí —me dijo,— creo que sin ninguna duda es él, pero más vale estar seguros. Sacó de uno de los cajoncillos de su gran escritorio dos o tres cartas, y juntos comparamos mayúsculas, rasgos finales, tamaño de las letras, etc, todo más bien por entretenimiento que por necesidad, pues era obvia la identidad del manuscrito.

Tiempo después moría, en Madrid, Luis G. Urbina. Con tal motivo aquí se publicaron juicios críticos, semblanzas, selecciones de sus poemas, artículos diversos. Yo pensé en contribuir con el manuscrito que tan casualmente había llegado a mi poder, mas para ello era preciso averiguar si tal poema había quedado inédito o no. Guiándose por la fecha inscrita al pie de los versos la búsqueda parecía fácil pero no lo fue tanto por la dificultad en encontrar, en aquellos días, ejemplares de los

últimos libros del poeta. Los obtuve, por fin, gracias a don Gabriel Alfaro, también amigo del “viejecito,” que por entonces redactaba las informaciones universitarias para *Excelsior* y a quien yo había conocido por mi cargo de Secretario de Prensa de la Confederación Nacional de Estudiantes.

Revisé pues, la obra de Urbina y encontré que el poema de mi manuscrito estaba publicado con el título de “El cofre vacío”, como el último poema del libro *El corazón juglar*. El original en mi poder y la versión publicada presentaban algunas variantes pero eran tan de poca monta que supuse parecerían de nulo interés al lector común de un diario o revista, a menos que ésta fuera destinada a un público muy especial y de carácter exclusivamente literario; creo que no la había así en aquellos días, o, al menos, yo no tenía acceso a la que hubiera; el resultado fue que nada escribí y mi única contribución en homenaje al poeta fallecido fue sumarme a la comisión que recibió el féretro una mañana de diciembre de 1934 y pronunciar unas cuantas palabras ante sus restos, en el Anfiteatro Bolívar, como representante de los estudiantes de México.

Si ahora he tomado una decisión contraria, escribiendo y publicando lo que entonces dejé en el tintero, es porque este cuadernillo, como sus semejantes de años anteriores, tiene como exclusiva finalidad servir de mínimo presente y llevar mi saludo de Navidad a mis amigos y, siendo muchos de ellos aficionados a estas curiosidades literarias, he pensado que habría de gustarles conocer esta diferente versión con las minucias de

su hallazgo, que temo ya resulten extremadas en este prefacio que ha salido prolijo en exceso.

La versión del original manuscrito dice así:

*Ritmo, cierra tu cofre: no tengo como antes
flores y joyas. Vivo sin ansia y sin pasión.
(tachado: Perdí) Gasté el zafir del sueño,
la sarta de diamantes
del llanto y el ardiente rubí del corazón.*

*Y me he quedado con los torpes caminantes
que exprimen su escarcela de mesón en mesón,
besando maritornes, charlando con brigantes,
bebiendo áspero vino y oyendo una canción.*

*Gota a gota la clépsidra me cuenta los instantes;
monótonos y grises, sin pena ni ilusión.
Cierra tu cofre, ritmo; no hay rosa ni brillantes*

*Ya sólo en la memoria, como una aparición,
A veces, manos lívidas, crispadas y anhelantes,
agitan y sacuden, andrajos de crespón.*

Marzo, 1918.

L.G. Urbina.

La versión publicada en *El corazón juglar* (Madrid, 1920) y reproducida en *Poesías Completas*, de Luis G. Urbina, t. II, p. 253 (Colección de Escritores Mexicanos, vol. 29, Ed. Porrúa, S.A., México, 1946), dice:

EL COFRE VACIO

*Ritmo, cierra tu cofre. No tengo, como antes,
flores ni joyas... Vivo sin ansia y sin pasión.
Gasté el zafir del sueño, la sarta de diamantes
del llanto, y el ardiente rubí del corazón.*

*En la truhanesca vida fui de esos caminantes
que su escarcela exprimen de mesón en mesón,
besando maritornes, charlando con tunantes,
bebiendo ásperos vinos y oyendo una canción.*

*Gota a gota la clépsidra me cuenta los instantes
monótonos y grises, sin pena ni ilusión.
Cierra tu cofre, Ritmo; no hay rosas ni brillantes;*

*ya sólo en la memoria, como fascinación,
a veces, unas manos crispadas y anhelantes
tremolan y sacuden andrajos de crespón.*

EJEMPLO DE LA VANIDAD

Era un ser perfectamente desconocido y anónimo. Nadie, absolutamente nadie, la hubiera distinguido de tantas otras como ella. Ni era bonita ni tenía, tampoco, defecto notable; si tenía talento o alguna gracia especial nadie lo sabía, ni ella misma, y ni remotamente había pensado nadie en averiguarlo. Andaba por todas partes, pero en todas y en cualquiera su presencia quedaba inadvertida. Si acaso hubiese desaparecido nadie lo habría echado de ver y si continuaba viviendo, ésa su pequeña vida de todos los días, tampoco lo notaba nadie. Era pues, vuelvo a repetirlo, un ser perfectamente anónimo y desconocido.

Pero un día, más bien una noche, por la concurrencia de quién sabe qué circunstancias inesperadas, la luz de los reflectores cayó sobre ella en medio del vasto escenario y en ella se fijaron cientos y cientos de ojos que la siguieron en sus evoluciones, en sus mutis y en sus reapariciones, durante toda la función y espontáneamente su actuación fue premiada, en el momento álgido, por el aplauso unánime, ese gesto mágico que, como ciertas palabras y ademanes de la liturgia, produce en quien recae una gracia y una consagración colocándolo en un plano diferente al que ocupa la generalidad de los mortales.

Una vez más se repitió ese viejo milagro, siempre desconcertante pese a su frecuencia en el mundo de la ficción: el pasar súbitamente del anonimato a la fama, del ser casi invisible de quien nadie se percata a convertirse en el centro de las luces, de las miradas, de los comentarios y, seguramente, también de las más reconcentradas envidias. Así le ocurrió a ella: una vez que hubo arrancado el primer aplauso éste se repetía en cada función, en cuanto ella se lanzaba a la escena, prolongándose a lo largo de sus actuaciones, así no fuesen sino un gracioso jugueteo entrelazado ágilmente con el trabajo de todos los actores. Tanta importancia alcanzó —ella, la desconocida, la inadvertida, la ignorada—, que pronto los autores hubieron de modificar el libreto de la pieza, interpolando frases y conceptos que, ciertamente, ella nunca reclamó, pero que eran imprescindibles por la notoriedad a que había llegado.

De sobra está decir que su nombre —su nombre tan reciente y que tal vez antes ni existía y que probablemente surgió, como toda ella, cuando su figura se destacó a la luz de las candilejas—, ese nombre fue llevado en boca del público hasta las rotativas de los periódicos y, naturalmente, los fotógrafos se ocuparon de ella así como los críticos, los agentes de publicidad de las más variadas especies, todos la conocieron y la celebraron.

A los comienzos, ella desempeñaba su papel con gracia y con derroche de energías, trabajaba con alegre entusiasmo, pero más tarde se empezó a notar y luego a acentuar un cambio. La causa era fácil de averiguar observando con cuidado su conducta, pues ¿de qué podrían provenir actitudes como ésa de llegar con retar-

do, exhibirse muy ostensiblemente en el momento principal —cuando un reflector azul la enfocaba especialmente y la voz de los megáfonos la mencionaba—, luego pasar y repasar dos o tres veces ante las luces de primera fila y, después de tanto lucimiento, actuar con visible pereza, ausentarse intempestivamente y hasta faltar del todo en ocasiones? Era claro, evidente, que se trataba de un caso más, por cierto lamentable pero igual a tantos otros, un caso de vanidad y engreimiento por la fama alcanzada. Era el caso vulgar y trillado de la “diva” que estima merecerlo todo, para quien el aplauso ya no es premio extraordinario sino apenas cumplimiento del deber que tiene el público de festejar su presencia, que ella concede como gracioso y distinguido favor.

Error tan grave se paga siempre y la sanción es siempre la misma, porque es la adecuada y justa: la fama, que no en vano tiene alas, se va volando como vino; el renombre, que es una palabra, se disuelve en el aire —como lo adivinó el poeta—, y todo termina en la vuelta al anonimato y en la indiferencia de las gentes, distraídas y olvidadizas, que miran sin reconocer, que pasan ignorando a quien ayer aplaudieron pero que no supo retener y apropiarse plenamente ese brillo de oropel que el viento deslía.

Fue, pues, un caso trivial y ordinario tan vulgar, en suma, que el lector preguntará cuál será el objeto que persigo al contarlo, si no es que yo vaya a adoptar la desagradable y morbosa actitud del moralista, utilizando ese triste asunto para predicar contra la necia vanidad del teatro y sus pecaminosas consecuencias. Y como

no quiero, absolutamente y en modo alguno, que se me suponga capaz de tan fangosa mentalidad, debo aclarar que si he narrado ese caso, que parece apólogo, es porque fue un real sucedido nada ordinario, antes muy original y curioso por la desusada calidad de la protagonista.

Ello ocurrió en los meses de la primera mitad de este 1953, en esta ciudad de Guanajuato, cuando fueron presentados unos *Entremeses Cervantinos* utilizando como escenario la inigualable Plazuela de San Roque y de tal modo realizados que el conjunto era, más bien, un magnífico espectáculo en loa y homenaje de Cervantes. Y aconteció que, a poco de iniciarse la temporada de representaciones, dio en aparecer por ahí una perrilla insignificante, típico ejemplar de esos canes callejeros sin dueño ni nombre que todos miran y nadie conoce; por llamarla de algún modo, por su índole y aspecto, alguien le puso por nombre *Pulgas*, y la perra lo aceptó muy pronto acudiendo cuando así le decían.

La tal perra andaba entre los actores, iba y venía por la plazuela, corría y saltaba en los momentos más animados de la obra; tan bien lo hacía y tan constante era su presencia que se aprovechó ese inesperado y loable esfuerzo dándole especial importancia: señalándola ante el público por medio del haz de un reflector al mismo tiempo que, añadiendo unas líneas al guión o libreto, el narrador hacía que *Pulgas* representase momentáneamente a aquellos sus inmortales congéneres del *Coloquio de los perros*.

Por esas y otras no menos sorprendentes gracias se atrajo *Pulgas* el favor de muchos y la simpatía de todos.

Y las cosas ocurrieron como se han contado: el aplauso, los comentarios, la fama, la irresponsabilidad y fallas en la actuación y la decadencia final, con otras consecuencias que sería largo referir.

De todo lo cual me parece inevitable colegir que, por lamentable que parezca, es cierto y demostrado que hasta la perra Pulgas pudo ser tan vanidosa y tonta como cualquier actriz, lo que da una conclusión en extremo alarmante como es la de advertir que, en ciertas y determinadas condiciones, la especie *canis domesticus* puede presentar o cultivar caracteres degenerativos que la asemejen a la del *homo sapiens*.

HISTORIA DE UN TIPÓMETRO

Cuando, por gentil invitación de un amigo, fui a dirigir un Departamento de largo nombre y muy diversas funciones, encontré que una de ellas era la de editar las publicaciones del Ministerio del que dependíamos; no eran muchas ni frecuentes tales obras pero sí tenían que ser de numerosas páginas y de buena presentación o sea que, al contrario de lo que ocurre en otras oficinas, no era el caso de publicar folletos corrientes en grandes tirajes sino que los nuestros deberían de ser verdaderos libros de correcta tipografía.

Al enterarme de todo eso me sentí muy complacido y mejor dispuesto a emprender esa parte de mis tareas. Muy bien —dije—, perfectamente bien; mañana mismo podrán ser enviados a la imprenta estos originales que están aquí rezagados. Pero necesito, desde luego, un tipómetro; supongo que tendrán alguno ¿quiere hacer el favor de traérmelo?

—Un ¿qué? —me preguntó con gesto de extrañeza uno de los dos o tres empleados que estaban ante mí, en espera de órdenes.

—Un tipómetro —repetí.

—¿Tipómetro?, ¿y qué es eso?

—Pues, es una reglita de metal —expliqué yo—, sólo que en vez de centímetros y pulgadas tiene marca-

dos cuadratines y líneas ágata, que son las medidas usuales en las imprentas. Valdrá algo más de diez pesos, las venden las casas de artículos para las artes gráficas.

—¡Ah, vaya! No, señor, aquí no hay eso.

—¡Qué lástima! —exclamé—. Me es indispensable para marcar las indicaciones que deben llevar esos originales. Bueno, habrá que comprar mañana mismo un tipómetro.

—Dispense, licenciado —casi me interrumpió la secretaria, chupando la punta de su lápiz—, el Departamento no puede hacer ninguna compra ni tenemos dinero para eso; lo que usted necesita habrá que pedirlo al almacén del Ministerio.

—Pero, ¿tendrá el almacén existencia de tipómetros? —dudé—; son cosas que no se usan más que en las imprentas o donde dirigen ediciones de libros y sólo se adquiere alguno de tarde en tarde; yo creo que no lo va a tener el almacén.

—No importa —replicó, esta vez con gran firmeza, mi secretaria—, no importa: de todos modos hay que pedirlo al almacén, ¡así es el trámite!

Lo dijo con tal energía que la expresión final resultó en verdad contundente, en el sentido exacto del término: el tono era medido y la voz agradable, pero detrás golpeaba una convicción tan definitiva como la piedra que cae, vertical, por la fuerza ineludible de la gravedad. ¿Cómo oponerse a las fuerzas de la naturaleza?

—Está bien —me sometí—. A ver, Aída, vamos a hacer el pedido.

La muchacha agitó sus grandes pestañas, gruesas de rímel, feliz de que las cosas siguieran su curso natural

preestablecido; apuntó los datos, se fue y regresó trayendo los papeles del caso y los puso sobre mi mesa; yo firmé, con mi larga firma antipráctica y antioficesca, la hoja blanca del original y las siete copias en papel azul, que poco después empezaron a marchar por sus respectivos cauces, yendo y viniendo, acumulando sellos, marcas, rúbricas y señales de todas clases, igual que una vulgar vida humana, hasta que pudiera llegar cada una a su correspondiente archivero y sepultarse en un cajón con su letrero propio, igual que una vulgar muerte humana.

Pasaban los días y nada del solicitado tipómetro. Como me seguía siendo indispensable dicho adminículo la consecuencia fue que, en vez de calcular y proyectar las ediciones en mi oficina tuve que hacerlo lejos de ella, en el taller tipográfico, abandonando algunas horas la atención de otros asuntos y con la pérdida de tiempo y de esfuerzo que ocasiona el trasladarse de un lugar a otro, por las supercongestionadas calles de México, en las mañanas de los días de trabajo.

¿Qué acontecía? ¿Por qué no obtenía yo lo que necesitaba? ¿Es que las siete hojas azules y su capitana la hoja blanca no cumplían la misión que se les había encargado? Sí, efectivamente la cumplían, la iban cumpliendo poco a poco en el lento ritmo de la vida burocrática. Mientras yo esperaba y desesperaba, las hojas azules recorrían las oficinas, vivían sus vidas e iban cayendo en los archivos, como los soldados a lo largo de la penosa marcha de un piquete de exploradores. Por fin, una hoja azul, o acaso la hoja blanca, llevó su mensaje a los ojos del almacenista quien, tras de revisar

cuidadosamente unos cajoncitos llenos de tarjetas de diversos colores, dictó unas cuantas frases y las firmó en hojas de color blanco grisáceo y esas hojas iniciaron un recorrido inverso al que habían hecho las hojas azules. A su debido tiempo uno de aquellos papeles de color blanco grisáceo llegó a mi escritorio, dándome la respuesta: "...comunico a usted que en las existencias de este Almacén no se encuentra el objeto solicitado en su oficio número..."

Menos mal que tan infausta noticia yo la preveía, así el golpe fue menos rudo.

Llamé a mi secretaria y le mostré la hoja recibida. No se alteró ni tenía por qué hacerlo; en primer lugar aquello era de esperarse: ¡quién iba a tener un tipómetro!, pero, sobre todo, la respuesta era parte del trámite y si el trámite se cumplía lo demás le era indiferente.

—¿Qué debo hacer ahora?— le pregunté con la humildad de la ignorancia consciente.

—Como ya el almacén contestó que no lo tiene, ahora hay que hacer una solicitud de compra —me respondió Aída muy seria y precisa, mientras oscilaba en el suave contoneo que utilizaba para realzar sus indudables encantos físicos.

Se hizo la solicitud de compra, cuyo contenido era casi igual al del pedido precedente, pero con una diferencia importantísima: esta vez firmé un original en papel blanco y siete copias en papel amarillo.

Las hojas amarillas emprendieron su marcha, lenta y ordenada, prefijada y segura, como la vida de un pequeño burgués en el mundo tranquilo y rutinario de la preguerra.

El efecto producido por las hojas amarillas fue mucho más trascendental, acaso por su color más activo que el sedante azul gris de sus predecesoras. Ignoro los detalles del mecanismo pero algo supe de las ruedecillas que hicieron girar: un oficial cuarto inició investigaciones, por medio de otras ruedecillas, con el resultado de llegar a saber en donde se podían adquirir los tipómetros; un oficial tercero averiguó que los tipómetros costaban entre catorce y dieciocho pesos cada uno; otro empleado, oficial segundo, consultó largas listas de números que significaban partidas generales de gastos, de reparaciones, de adquisiciones, de conservación, de desvalorización, etc., etc., y llegó a afirmar, por escrito y con copias, firmas, sellos y demás, que la partida del presupuesto que regía los gastos de mi Departamento podía soportar el dispendio de alguna de las cantidades antes dichas, aconsejando fuese la menor o sea la de catorce pesos; por último, un empleado superior firmó otros papeles, que sospecho serían por lo menos otros siete, pero de cuyo aspecto no tengo la menor indicación, deben de haber sido de un color muy firme y de contextura muy resistente ya que estaban destinados a realizar una empresa mucho más larga y penosa que las anteriores.

En efecto, esas hojas o al menos algunas de ellas tuvieron que superar el azaroso trance de cruzar muchas calles, todo el centro de la ciudad y llegar a otro Ministerio, ser llevadas por mozos cuyas libreas ostentaban muy diferentes iniciales, recorrer pasillos y oficinas de otro edificio, es decir casi otro clima, y acabar

en archiveros tan distintos que era algo así como morir y quedar sepultado en suelo extranjero.

Pero aquellos papeles, hoy injustamente olvidados, cumplieron su cometido: diversos empleados, cuyas jerarquías desconozco por tratarse de un Ministerio ajeno, indagaron de nuevo mediante largas pesquisas que en la ciudad de México solamente dos o tres casas comerciales vendían sendas marcas de tipómetros, que el de menor costo valía catorce pesos, que según repetidas cotizaciones podía afirmarse que tal era el precio más bajo en plaza y, por lo tanto, que su pago no sería una erogación inadecuada y, en fin, que la Hacienda Pública quedaría, en ese caso, fuera de sospecha de despilfarro y malversación.

Entonces y sólo entonces aquel Ministerio ordenó la adquisición del tipómetro; se hizo el pago tras de revisar, confrontar y sellar la factura con sus múltiples copias, y el objeto adquirido, que mediante todos esos trámites ascendía a la categoría de ser un “bien de la Nación”, fue remitido al Departamento Administrativo del Ministerio que lo había solicitado. Su arribo allí dio origen a la carrera de otros muchos papeles que sería extenuante enumerar, hasta que el nuevo “bien de la Nación” ingresó en aquel almacén que nunca había conocido los tipómetros.

En un claro día abrileño la rígida reglilla de aluminio llegó a mi despacho, precedida por mi secretaria que estaba tan radiante como la mañana. Todavía hube de firmar en dos tarjetas de cartulina, una blanca y otra rosa, por medio de las cuales se me hacía personalmente responsable de la existencia y casi del bienes-

tar de ese tipómetro que, finalmente, me fue entregado por un mozo de la oficialía de partes.

Desde que firmé las primeras hojas azules hasta que puse mi nombre y mi rúbrica al pie de la tarjeta rosa habían transcurrido ciento veintisiete días.

Más tarde se hicieron cálculos, estudios y proyectos para adquirir un taller de copias en microfilm, que significaría gran utilidad y ahorro en ciertas tareas y un equipo de máquina para impresiones por el moderno procedimiento de offset; a pesar del interés que en ello puso el Ministro, el papeleo y los problemas del “trámite” llegaron a tal extremo que, como era de suponerse, no se consiguió nada. Yo me sentí hondamente deprimido, aplastado por esa presión asfixiante que en el cosmos burocrático ejerce la terrible fuerza del “trámite”. Una inesperada invitación me liberó: presenté mi renuncia al puesto que ejercía en el Departamento y me fui a dictar lecciones de literatura española en el corazón de Pennsylvania.

HISTORIA DE “AMIGO”

Salíamos de los grandes almacenes de Wanamaker el Cónsul y yo, en una fría y luminosa mañana de febrero, cuando encontramos a uno de esos gigantes rubios, en su elegante uniforme azul grisáceo, que forman la policía de Pennsylvania; saludó al Cónsul y ambos se detuvieron, yo quedé esperando a pocos pasos, oía confusamente su charla en medio de los ruidos de la calle sin entenderla, pero me extrañó que entre las frases en inglés saltara repetidamente la palabra *amigo*, así en castellano.

Estuvimos allí un buen rato y cuando el policía se fue reanudamos nuestro camino y el Cónsul me contó la extraordinaria historia de ese “Amigo” del que habían hablado.

Aquel policía vigilaba la zona en donde el Cónsul solía estacionar su automóvil, era servicial y amable y el Cónsul, que le estaba particularmente agradecido por los repetidos favores que el vigilante le hacía, pensó en la necesidad de retribuirlos con un regalo y, para mejor hacerlo, le preguntó qué obsequio le gustaría que le hiciese. El amable gigantón meditó un poco y le dijo: “Bien, yo se que en México hay muy buenos caballos, me gustaría tener uno”.

Claro que la petición no era modesta pero el Cónsul, siempre generoso, irreflexivamente prometió el regalo sugerido. Más tarde empezó a cavilar la magnitud de su compromiso: “Mis amigos los Avila Camacho tienen muy buenos caballos pero, por barato que me vendieran uno han de ser muchos pesos y, sobre todo, ¡ha de costar una enormidad eso de traer un caballo desde Teziutlán hasta Filadelfia!”.

Algún tiempo después, el policía aludió al prometido caballo, el Cónsul le explicó que ya había escrito pidiendo informes; al correr de los días el policía tocó el mismo tema dos o tres veces, el Cónsul inventaba respuestas hasta que resolvió confesar claramente: “Mire usted, realmente el caballo y su transporte resultan demasiado caros para mí, ¿no querría usted otro regalo?” El policía guardó breve silencio y luego, sonriendo, dijo “Bueno, también me gustaría un perro; hace mucho tiempo he querido tener un perro Doberman, si el caballo no es posible está bien un Doberman”.

El Cónsul quedó encantado y se echó a buscar dónde conseguiría tal perro. Muy pronto supo que los Doberman eran bastante escasos, los vendían sólo en un par de criaderos y ninguno, si era legítimo, costaría menos de 200 Dls. ¡Doscientos dólares! El policía era muy amable, le cuidaba el coche y le había evitado varias multas por pequeñas infracciones, pero doscientos dólares era una propina muy alta, realmente onerosa, inadecuada para el sueldo de un Cónsul mexicano. No, aquello resultaba imposible de cumplir pero ¿cómo fallar dos veces?, sería una plancha, peor aún, sería faltar a una promesa y casi dejar de pagar una deuda; no,

no podía ser semejante falla de un Cónsul mexicano con un policía gringo. . . Siguió buscando pero era inútil, por menos de doscientos dólares no obtendría un Doberman ni recién nacido.

Mientras tanto, el policía preguntaba de cuando en cuando por el prometido obsequio. “Lo estoy buscando”, decía el Cónsul, y otra vez: “Ya hablé con el propietario de un criadero”, y más tarde: “Una perra legítima va a tener cachorritos finísimos, le faltan sólo unas semanas”, y así iba dando largas pero colocándose, sin quererlo, en una situación cada vez más apremiante.

Por fin, supo que un compatriota, un mexicano rico y viejo, avecinado en Filadelfia desde veinte o treinta años antes, tenía varios perros y entre ellos dos o más de los famosos Doberman en su casa, que era más bien una quinta semirrural en los alrededores de Filadelfia. Allá fue el Cónsul una tarde, charló con el dueño y le contó el compromiso en que se encontraba.

“No tenga cuidado —le dijo el rico propietario—; precisamente la perra Doberman ha tenido cría hace menos de un mes, ya he vendido dos cachorritos en más de cien dólares cada uno, pero a usted le daré otro en sesenta; déjelo que crezca aquí otro par de semanas y luego venga a recogerlo”.

El Cónsul salió feliz, casi deseando que ya fuera tiempo de llevarse el perrito y librarse de su compromiso. Pero días más tarde, haciendo cuentas, encontró que en los dos últimos meses había tenido, por varias causas, gastos un poco excesivos, vio que su economía particular andaba muy mal ahora ¡esos sesenta dóla-

res!, un regalo de sesenta dólares es de pensarse. . . Pero la cosa no tenía remedio. Cuando fue a recoger el perro hizo alguna alusión a lo caro que resultaba aquel obsequio y el viejo compatriota estuvo de acuerdo: “Sí, creo que es usted demasiado generoso. Pero ¿por qué ha de gastar usted tanto?, ¿qué el policía no puede poner algo? Dígale usted que ponga siquiera la mitad, de todos modos el perro le resultaría regalado pues ya le dije que yo vendo los Doberman entre 120 y 150 dólares y en las tiendas de animales todavía cuestan más”.

El Cónsul pagó, se llevó el perrito y cuando vio al policía le dijo: “Ya me van a entregar el perro pero, la verdad, me sale muy caro y no sé si pueda pagarlo. Francamente, ¿no quisiera usted poner algo de su parte?” “Sí, aceptado —respondió el vigilante—. No es justo que usted gaste tanto. Yo por eso no lo he comprado, ya sé que los Doberman cuestan cerca de doscientos; yo puedo ayudarle con 50 o 60 dólares ¿le parece?” “Encantado —dijo el Cónsul—; precisamente el perro que estoy tratando me lo vende un compatriota y por eso me lo da barato, en ciento veinte dólares, si usted me da sesenta, mañana le traigo el perro”.

Así se hizo, el policía quedó feliz cuando tuvo su Doberman desembolsando sólo sesenta dólares. Y por quién sabe qué razones le puso a su perro el nombre de *Amigo*, tal vez porque era una de las dos o tres palabras castellanas que conocía.

Esa es la historia de *Amigo*. . . que estuvo a punto de ser caballo y fue perro, y eso ocurrió en la vieja Filadelfia. Si al lector le parece que el relato es corto

y de poca enjundia le pondré punto final diciendo,
como en los cuentos del buen tiempo viejo:

Three wise men of Gotham
went to sea in a bowl;
if the bowl had been stronger
my story would have been longer.

VIAJE EN EL “HUATUSQUITO”

Por motivos familiares hube de pasar aquella Navidad en Coscomatepec, lugar que yo desconocía, y por ocupaciones personales mi hermano y yo pensamos hacer el viaje en ferrocarril de México a Córdoba y luego transbordar a un tren local que se nos informó hacía el recorrido de Córdoba a Coscomatepec.

El trayecto de México a Córdoba, más particularmente las famosas cumbres de Maltrata, fue maravilloso como siempre lo es y todo el mundo lo sabe, y si el lector lo ignoraba debe comprobarlo personalmente a la primera ocasión pues, en verdad, es un paisaje y un espectáculo extraordinario. Pero llegamos a Córdoba con gran retardo y cuando buscamos, apresuradamente, el tren local para proseguir el viaje, nos informaron que había partido media hora antes sin esperar la conexión. Fue para nosotros muy mala noticia, pues era 23 de diciembre y al día siguiente queríamos estar con nuestra familia. La contrariedad se atenuó al saber que no tendríamos que perder todo el siguiente día en Córdoba, pues el tren local hacía su recorrido también por la mañana saliendo de Córdoba muy temprano, creo que a las cinco o cinco y media; no era muy buena la perspectiva de madrugar tanto en pleno in-

vierno, pero así podríamos estar todo el día 24 en Coscomatepec, como habíamos proyectado. Tomamos un cuarto en el hotel más próximo a la estación y allí mismo nos dieron mejores informes: el tren local se llamaba “el Huatusquito”, porque debería correr un ramal que uniría Córdoba a Huatusco, pero sólo estaba construída la vía hasta Coscomatepec, faltaba y aún falta cruzar las tremendas barrancas de allí a su destino final (que ahora ha salvado la carretera entonces en construcción), de modo que “el Huatusquito”, a pesar de su nombre, jamás había llegado ni llegó nunca a Huatusco; su vía comenzaba allí, precisamente en la esquina del hotel, y vimos las paralelas de los rieles tan inusitadamente próximas que hacían suponer que el tren sería muy pequeño, justificando el diminutivo de su nombre popular.

Paseamos un poco el resto de la tarde por la atrayente Villaverde de Rafael Delegado y nos acostamos a buena hora recomendando se nos despertara a tiempo para salir en “el Huatusquito”. Así se hizo; salimos del hotel con la obscuridad y el frío de la noche de invierno, sensible a pesar del clima tan benigno de Córdoba, y a pocos pasos de la puerta vimos un trenecito minúsculo, con sus linternas rojas y verdes y su locomotora resoplando y echando humo, como si fuera “gente grande”.

Tras de la máquina unos cuantos carros de carga y al final los de pasajeros que eran dos; uno exclusivo para segunda clase y el otro de los llamados mixtos: dos tercios del carro eran también para segunda clase, con bancos de madera y el otro tercio, separado por

división y puerta, era la primera clase a donde el conductor nos llevó porque era la designada por los boletos que traíamos desde México; esta sección la componían seis asientos, tres a cada lado, pero no eran asientos para dos personas como es usual en todos los trenes mexicanos y norteamericanos, sino individuales, dejando un pasillo estrecho al centro, por lo cual se puede calcular que el ancho total del carro, en su interior, tendría poco más de un metro y medio.

Elegimos dos sitios Joel y yo y los otros cuatro lugares quedaron vacíos; el conductor se fue y nos quedamos solos, muy divertidos de “nuestro” carro, que apenas podíamos vagamente ir descubriendo a la pobrísima luz de una doble lámpara de petróleo sujeta al techo, casi a la altura de nuestras cabezas.

Pitó la máquina repetidas veces, sonó un rato su aguda campana; cumplió, en fin, todo el ritual que los reglamentos señalan para el comienzo de una “corrida”, y el convoy se puso en marcha.

Como el interior del carro estaba tan débilmente iluminado no había en los cristales reflejos que impidiesen ver el paisaje y a ello también ayudaba la muy moderada velocidad del trenecito que iba dando vueltas y revueltas entre los cafetales de los alrededores de Córdoba. La luna, casi en cuarto menguante, brillaba en un cielo absolutamente limpio y en el aire fresco de la madrugada, su luz sobre las inmóviles hojas de los plátanos, que tomaban un color azulado como de acero, se filtraba entre ellos y las ramitas, y las hojas de los cafetos formaban dibujos negros contra los trozos azul oscuro del cielo o contra el azul plateado de las

manchas de luz en los follajes; de vez en cuando la silueta de unos jacales o la masa de sombra de unos mangos y otra vez cafetales, mientras el trenecito iba subiendo, con su pequeña locomotora jadeante cuyos flamazos ponían, de cuando en cuando, reflejos rojizos en las siluetas oscuras del camino.

La luna estaba ya cerca del horizonte y poco a poco la luz pálida del alba iba dando colores a las cosas y ocultando las estrellas; a nuestra derecha la línea baja y lejana del horizonte se iba enriqueciendo de nubecillas blancas, rosa, doradas, en un cielo ya tenuemente azul, a nuestra izquierda los cerros próximos ya mostraban sus pedruscos y sus troncos retorcidos, todavía en sombra.

La luz se hacía más intensa, mi hermano y yo continuamente veíamos a un lado y a otro o mudábamos de asiento para no perder un detalle de todo aquel prodigio; era ya inminente la salida del sol en medio del vasto manchón de luz brillante y rojiza, con levísimas nubecillas doradas, como un gran lago de largas olas quietas iluminado por dentro. De repente, los cerros de la izquierda cuyo perfil se había ido alejando, dejaron ver sobre ellos, destacando en el azul liso del cielo, el cono enorme, imponente del Pico de Orizaba, con su cima a más de cinco mil metros, cubiertos de nieve en ese momento teñida de un rojizo suave y leves sombras azulosas; y casi al mismo tiempo, al lado opuesto el lago luminoso se rompía surgiendo bruscamente el sol rojo, casi llameante en su gran círculo, que a poco se volvió dorado y empezó su carrera por el cielo del nuevo día.

El prodigio había terminado. El trenecito se convertía en alambrista de circo al pasar por la barranca de Chocamán, en un puente que desaparecía bajo el convoy, y asomarse a la ventanilla era quedar sobre el vacío de un tajo de fondo invisible por la vegetación de las paredes casi verticales. El frío se acentuaba, a pesar del sol, por la altura que habíamos ganado en el trayecto; estábamos llegando al pintoresco San Juan Coscomatepec.

En un par de horas y en un tren casi de juguete habíamos hecho un viaje inesperado y maravilloso, que no se repetiría nunca más, pues ¿cómo volver a hacer coincidir la brillantez de la luna, la transparencia y quietud del aire, la soledad del compartimiento que nos dio amplia libertad para mirar y comentar o para callarnos extasiados, y la súbita y simultánea aparición de la cumbre del Citlaltépetl y del sol naciente?

Hoy ese viaje es más irrepetible que nunca: amigos orizabeños y cordobeses me han informado que el “Huatusquito” ya no existe; en mi recuerdo queda unido al de aquel portentoso amanecer con todo el lujo de formas y colores, del trópico veracruzano.

UNA COPA DE COGNAC

Don Nicolás Rangel, en su adolescencia, con don Toribio Esquivel Obregón y otros pocos más, figuró entre los alumnos fundadores de la Escuela Preparatoria de León, pero adversas circunstancias le obligaron a interrumpir pronto sus estudios y hubo de empezar a trabajar desde muy joven. Años más tarde fue agente viajero de una droguería de México y, como tal, recorría amplia zona del centro del país y en tales menesteres llegaba, de cuando en cuando, a Guanajuato. Allí tenía por muy amigo al entonces alcaide de Granaditas (el histórico edificio destinado, entonces, a cárcel de la ciudad como lo fue hasta hace pocos años); por su cargo el alcaide vivía en la Alhóndiga y disponía de habitaciones con amplitud, por lo cual fácilmente podía ofrecer alojamiento a Rangel que éste aceptaba, ahorrándose el gasto de hotel en sus visitas a Guanajuato. Durante sus breves estancias en la Alhóndiga veía a los presos y, como era natural, más de una vez les hacía pequeños regalos, cumplía algún fácil encargo o cualquier otro servicio, de esos que tan baladíes nos parecen pero que tan importantes pueden ser para el infeliz encarcelado que no puede valerse de sí mismo.

Cierta vez, un día cualquiera, allá por los noventa del siglo pasado, iba Rangel una mañana por la Plaza Mayor de Guanajuato cuando lo detuvo un desconocido diciéndole: Señor Rangel, ¿no se acuerda de mí?

Rangel lo miró, era un hombre de traje y traza como cualquier otro de tantos mineros que por allí andaban, aun haciendo esfuerzos no recordaba quién pudiese ser, titubeó excusas pero el otro le interrumpió:

-Pos sí, señor, usted no se acuerda de mí pero yo sí me acuerdo muy bien de usted, porque el año pasado cuando tuve la desgracia de caer en Granaditas usted me hizo una gran mercé y yo le estoy muy agradecido.

Rangel seguía sin recordar ni hallaba qué decir. El minero siguió:

—Pos sí señor, le estoy muy agradecido y ahora que lo he vuelto a ver quiero que me acepte que lo invite a tomar una copa.

Don Nicolás hizo un leve intento de eludir la invitación, pretextando ser muy temprano, en realidad porque aquel tono resuelto, lo intempestivo de la proposición y el no reconocer a quien la hacía, todo eso le ponía intranquilo; pero no era fácil negarse.

—¿Así que usted me desaira?

—¡No, hombre! Es que es muy temprano, pero con todo gusto acepto, vamos a donde quiera —aceptó Rangel forzadamente y con recelo por la cantina de barrio a donde pensó que lo llevaría su agradecido interlocutor.

—Vamos aquí— dijo el minero señalando la inmediata puerta de “El Canastillo de Flores”, que aún hoy subsiste como tienda de abarrotes, pero que hace sesen-

ta años era la cantina de más postín en Guanajuato, con dulcería y pastelería anexa, fundada y regenteada por franceses desde los años del Imperio. Entraron, se acercó el dependiente, y con su brusca entonación pidió el minero:

—¡Dos copas y una botella de cognac!

—¡Oiga usted! —volvió a sobresaltarse Rangel—; usted me invitó una copa y yo la acepté, pero una botella...

—Si usted quiere una copa, toma una copa —replicó, ceñudo y cortante, como siempre, y como de seguro lo era naturalmente aquel sujeto.

Puso el dependiente sobre el mostrador el par de copas con la botella recién descorchada, la empuñó el minero, sirvió primero su propia copa y luego la de Rangel, volcando sobre ella todo el licor de modo que se derramó en catarata y luego aventó el casco vacío.

Mientras don Nicolás, azorado, tomaba con lentitud la copa rebosante el minero ya tenía la suya en su mano: —A su salud—, dijo, y la apuró de un trago. Pagó arrojando los pesos sobre el mostrador y con ademán y tono casi agresivo, estrechó la mano de Rangel, diciéndole: —Muchas gracias, señor— y salió perdiéndose en el ajetreo de la Plaza.

Sólo mucho después pudo don Nicolás darse bien cuenta de aquel incidente tan inesperado y de aquel gesto magnífico, tan auténtico, tan brusco y tan señorial.

NICOLÁS RANGEL
Y
JUAN DE DIOS PEZA

Fue don Nicolás Rangel hombre de pasiones violentas y reconcentradas y ese tono tuvieron, en él, sus amistades y sus enemistades y nunca ocultó ni disfrazó la verdad de sus sentimientos.

Amigos tuvo muchos, algunos muy profundamente arraigados en su afecto, como lo muestran multitud de anécdotas que andan por ahí, recogidas ocasionalmente por diferentes escritores y periodistas y también pueden comprobarlo los amigos que aún viven, ya no muchos, que al referirse a don Nicolás les fluyen los recuerdos de aquellas lejanas horas vividas en su compañía; pero tuvo, también, malquerientes que surgieron por choques de carácter o por circunstancias cualesquiera al rodar del tiempo; entre estos últimos figuraron Francisco A. de Icaza y Juan de Dios Peza.

La enemistad con Icaza surgió cuando, al morir don Francisco del Paso y Troncoso, se procuró la designación de varios comisionados para que fuesen a Europa a recoger el archivo del ilustre y laboriosísimo investigador, que tanto supo de nuestra historia mexicana. Parece que en el primer proyecto de tal comisión figuraba el nombre de Rangel con los de otros dos o tres historiadores, pero Icaza maniobró de modo que él

mismo quedó finalmente como jefe de la comisión, acompañándose de Carlos Pereyra y de Artemio de Valle Arizpe. No pretendo, ahora, revivir ese asunto escabroso que años después oí comentar repetidamente; probablemente habrá otras versiones, acaso más exactas, de aquellos arreglos y desarreglos, pero ésta es la que yo supe de labios de Rangel, que la daba como explicación de su inquina para Icaza, a quien nunca perdonó el haberlo desplazado de un honroso encargo impidiéndole, además, realizar un viaje a Europa que mucho le ilusionaba. Cuestión aparte, a don Francisco Icaza la comisión le resultó de lo más nefasto: de allí surgió aquel penoso y enrevesado asunto del *Catálogo de conquistadores de Nueva España*, que públicamente le fue imputado como un plagio, cosa que hirió el orgullo de Icaza y le amargó tanto que tal vez contribuyó a acortar su vida.

Muy diferente fue el distanciamiento de Rangel con Juan de Dios Peza, probablemente sólo conocido por algunos amigos muy próximos ya que no hubo motivo ni ocasión de que trascendiera a mayor público. Lo contaré recordando lo que don Nicolás me refirió, asegurando la fidelidad en cuanto al fondo del sucedido pues el chispeante lenguaje de su charla resulta imposible de ser reconstruido.

En los comienzos de este siglo vivió don Nicolás algunos años en Aguascalientes, dedicado al comercio; allá conoció y trató a Juan de Dios Peza que iba con frecuencia a aquella ciudad, muchas veces para visitar a su hermana María, que allá vivía casada con don Cefirino Muñoz. Algunos años después vino Rangel a radi-

carse en México y no tardó mucho, un día cualquiera, en encontrarse con Peza: Rangel se dirigió a él con afecto, saludándole con llaneza y cordialidad como antiguos conocidos y amigos que eran, mas el poeta, engreído exageradamente de su fama y envanecido con el renombre de que gozaba, probablemente pensó que aquel amigo provinciano y obscuro (pues el Rangel de entonces estaba aún lejos del historiador y maestro que llegó a ser más tarde), aquel comerciante del interior, estaba bien para conversar un rato allá en la pequeña ciudad, pero en la capital resultaba importuno y no era conveniente tratarlo ni tenerlo tan cerca aquí donde el poeta ilustre solía recibir el homenaje y las distinciones de personajes importantes. El hecho fue que Peza recibió con extrema frialdad el afectuoso saludo que se le dirigía y con un seco: “Buenos días, Nicolás”, se alejó sin siquiera estrechar la mano que se le había tendido.

Eso era mucho más de lo que Rangel podía tolerar, él que era tan susceptible y orgulloso: jamás volvió a intentar acercarse a Juan de Dios, pero la ocasión de su venganza sólo se presentó tres o cuatro años más tarde, muy poco antes de la muerte de Peza, probablemente en 1909 o en los comienzos de 1910.

Don Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, tuvo la idea de publicar, con motivo de la próxima celebración del primer centenario de la Independencia, una gran Antología de las letras mexicanas. Encargó la tarea a Pedro Henríquez Ureña, a Luis G. Urbina y a Nicolás Rangel; como oficina para esa labor se destinó un salón que era más bien antesala del secretario particular del ministro, función que desempeñaba el citado

Luis G. Urbina, quien así podía ocuparse de ambos trabajos y a todos convenía el sitio por la proximidad de los archivos de bibliotecas donde estaban las fuentes de la investigación a realizar.

En ese salón estaba Rangel trabajando, una mañana, cuando entró Juan de Dios Peza, ya por entonces muy viejo y cegatón, que iba apoyándose en el brazo de uno de sus hijos y se dirigió a Rangel, seguramente sin reconocerlo y creyéndolo un empleado o ayudante del Secretario Particular: “Buenos días, ¿está Luisito?, quisiera hablarle”. Rangel miró a Peza sin saludar y sin contestarle, alargó el brazo, oprimió el botón de un timbre y cuando acudió el ujier le dijo, sin dejar de escribir las notas en que se ocupaba: “Pancho, ahí preguntan por el señor secretario”.

Entró Peza al despacho de Urbina y de seguro le contó el agravio que le acababa de hacer Rangel con su proceder despectivo; puede suponerse que Juan de Dios estaría furioso y cargaría el tono de su queja, tanto más cuanto que estaba seguro de ser atendido pues sabía que Urbina le tenía profundo afecto y una perenne gratitud por el estímulo y la ayuda que Peza le había dado en sus primeros pasos de escritor, muchos años antes.

A poco rato salió el viejo poeta y volvió a cruzar el salón donde trabajaba Rangel, ya no le dirigió ni una mirada, antes era perceptible que trataba de apresurar sus torpes pasos con la ayuda del muchacho y de su propio bastón.

Casi tras él apareció Urbina, con aire de visible irritación y en tono de enojo increpó: “Nicolás, ¿qué le hiciste a Juan de Dios?”. Rangel se le quedó mirando

con sus ojos brillantes de alegre malicia y, sin responder, se inclinó a seguir escribiendo, dejando oír su risilla entrecortada, terriblemente sarcástica. Urbina, de pie frente a él se quedó viéndolo; ya estaba en antecedentes y comprendió que don Nicolás estaba feliz y regocijado por su venganza; no había nada que hacer, se fue retirando, diciéndole a Rangel, lentamente como único reproche: “Indio rencoroso”. Y mientras Urbina abría la puerta de su despacho Rangel le contestó, sin dejar su risilla burlona: “¡Ya estará, español magnánimo!”, ironizando sobre el evidente mestizaje de Luis Urbina, tan cargado de sangre india como el suyo propio, de lo cual, además, ambos se enorgullecieron siempre.

EL SEÑOR DE LA BUENA LLUVIA

Contaba don Nicolás Rangel que allá a fines del pasado siglo, cuando el que más tarde habría de ser ilustre obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, era aún cura en la Parroquia del Sagrario, en México, una mañana estaba quitándose los ornamentos de la misa cuando llegó a la sacristía un pequeño grupo de indios solicitando hablarle, los atendió inmediatamente y el que hacía cabeza del grupo le mostró un crucifijo de regular tamaño pidiendo que fuera bendecido.

Accedió el señor Valverde; al crucifijo que con su peana tendría poco más de medio metro lo pusieron sobre la mesa de la sacristía y mientras el cura hojeaba su libro, buscando las oraciones del ritual propias de la bendición de imágenes, los indios explicaban que ellos venían y eran vecinos de un pueblecito casi en los límites del Valle de México y que al crucifijo le rendían culto particularmente para que los protegiera con buenas lluvias en sus “siembritas”.

Seguía el señor Valverde repasando la hojas del libro cuando sintió como un leve mareo, pensó si estaría enfermo o sería efecto de que ya era un poco tarde y no había desayunado todavía. Un instante después volvió a sentir lo mismo, pero con el rabillo del ojo alcanzó a en-

trever que el crucifijo se había movido ligeramente. Pensó en un temblor de tierra, pero los candiles que pendían de la alta bóveda estaban quietos. Todo eso en unos cuantos segundos. El cura empezó a sospechar que la sensación de vahido le había sido causada por el inesperado moverse de lo que se sabe está inmóvil. Ya encontraba la buscada fórmula ritual cuando vio, muy claramente, que el crucifijo oscilaba un poquito; sorprendido, lo tomó y lo levantó creyendo estaría mal colocado en la mesa, pero al levantarlo sintió que algo se movía en la peana de la cruz, agitó con fuerza la imagen y confirmó que algo rodaba o se movía dentro de la base que, sin duda, estaría hueca.

—¿Qué tiene aquí dentro?—preguntó rápidamente a los indios.

—Nada, señor— contestó uno; los demás callaban y todos miraban con sus ojos y rostros inmóviles.

El señor Valverde levantó el crucifijo más arriba y vio que por debajo, en la base de la peana, había una puertecilla con una pequeña cerradura.

—¿Que es esto? ¿qué hay aquí? A ver, abre esto— le dijo al jefe del grupo.

—No se qué es; no tengo la llave—. Contestó muy despacio y siguió impasible, como los demás, pero a pesar de sus rígidas máscaras el señor Valverde, gran concedor de almas, se dio cuenta que aquellos indios estaban turbados y temerosos.

Repitió la orden, insistió luchando contra las tajantes negativas y con su firmeza, el peso de su autoridad y su habilidad sagaz, logró al cabo de un rato que el indio, reticente, sacara una llavecita y abriera la peque-

ña puerta. Sacudió de nuevo el señor Valverde el crucifijo y, con pasmo y horror vio que de la peana cayó sobre la mesa un sapo... un sapo del tamaño de un puño, que se quedó allí mirando con sus saltados globos, seguramente deslumbrado después del largo encierro, muy orondo junto al Cristo pálido clavado en su cruz.

El señor Valverde tuvo allí a los indios media mañana, alternando las recriminaciones con las explicaciones, las más duras reprensiones con los consejos y catequesis. Al sapo mando matarlo, al crucifijo hubo de bendecirlo con quién sabe cuántas oraciones y creo que más tarde organizó unas misiones especiales en toda la región, allá por un lado del Ajusco, donde había devotos que imploraban la lluvia a aquel Cristo que tenía en su peana un sapo, símbolo vivo del viejo y no derrotado Tláloc.

En verdad, bien podría decirse —aunque de seguro que no lo habría aceptado don Emeterio Valverde y Téllez— que tal imagen era, dos veces, “Señor de la Buena Lluvia”.

POR DOS MUY BUENAS RAZONES

Recuerdo haber conocido, siendo yo muy niño, a don Homobono González mostrando ante mis ojos asombrados una serie de capullos de gusanos de seda que sacaba y metía de una caja, maniobrando con su único brazo útil y dando explicaciones sobre las clases de la seda y de los gusanos que la producen, y de modo semejante volvía a verlo en algunas otras ocasiones años más tarde hasta poco antes de su fallecimiento. Fue un apóstol de la sericultura, que conocía a fondo, en la que veía, con fundamento y mucha razón, una fuente estimabilísima del posible mejoramiento económico para los campesinos y gente de los pueblos en el Bajío y en todos los lugares cuyo clima permite el cultivo de la morera. La misma idea tuvo el Padre Hidalgo y otros muchos también, y todos podrían decir, con acierto, que sólo el descuido y la negligencia han privado a nuestra tierra de esa fuente de riqueza.

Pero, allá por los ochentas del siglo pasado las ocupaciones y preocupaciones de don Homobono González eran otras, vivía en Silao y allí alternaba con otras tareas la de escribir y publicar un periodiquito de brava oposición (pues la manquedad no le restaba acometimiento), que continuamente censuraba los actos del

Gobierno: a veces los del Federal y otras los del Estado y siempre los de la administración municipal cuyas torpezas eran más ostensibles e inmediatas para el periodista y para sus lectores.

Como es de suponer, aquella labor no producía miel sobre hojuelas sino multas, admoniciones y acaso hasta algunas visitas al alcaide de la cárcel local.

No había, en aquel tiempo, presidentes municipales sino jefes políticos y el que lo era de Silao ya estaba harto de ese tábano que era la hoja periódica de Homobono González por lo que resolvió buscar un apoyo superior que le facilitase imponer sanciones más duras al pertinaz censor, enviando informes exagerados y pidiendo la ayuda del gobernador del Estado.

Gobernaba a Guanajuato el general don Manuel González, hombre enérgico y partidario de acciones directas y rápidas y hombre, también, de lealtad íntegra y de fidelidad sin resquicios a la amistad declarada, de lo cual acababa de dar la prueba mejor al devolver la presidencia a Porfirio Díaz en 1884, lealtad y fidelidad que como sus rasgos más característicos han querido ser perpetuados en el epitafio de su sepulcro: “Tuvo un brazo no más, pero de bronce; una mano no más, pero de amigo”.

El general González habló largamente con su tocayo el joven y atrevido periodista don Homobono; éste era hábil, de ingenio despierto y de valor cívico, cualidades muy propias para llegar a entenderse con el gobernador; el periodista probó la veracidad de los hechos que censuraba y los desgobiernos del alcalde que lo había acusado y, en fin, salió de la entrevista con sólo algunas

suaves advertencias de manejarse con más tiento pero, en el fondo, con la simpatía y el aprecio del gobernador.

No pasó mucho tiempo sin que alguna nueva alcaldada, en Silao, fuese denunciada y comentada por don Homobono en su periódico. El jefe político, creyendo hacer méritos y congraciarse con su superior llegó a Guanajuato, se apersonó en Palacio y llevó el chisme al gobernador, cargando las tintas y sugiriendo el castigo; el general no hizo comentario de aquello, después de oírlo trató de otros asuntos de Silao y luego dio por terminada la audiencia. Con poco tino el jefe político insistió en pedir autorización para castigar con dureza a don Homobono, pero el gobernador, con el gesto que hacían más importantes las luengas barbas y con el tono duro de viejo soldado replicó: “En eso de Homobono váyase con cuidado...”, y ante el asombro que se transformaba en miedo del jefe político, agregó reticente: “...con cuidado, porque es manco y es González!”.

EL CONCIERTO

Faltaba casi una hora para la que los anuncios fijaban como principio del concierto pero el pianista no quiso esperar más y se encaminó a la Sala de Conciertos. Cuando llegó, el pórtico estaba casi solo: la taquillera charlaba con una vieja decrepita y repintada que arrastraba un perrillo anémico, dos hombres enfundados en gruesos abrigos y con las manos en los bolsillos leían el programa fijo en la pared, una señora, desde la puerta, miraba a la calle con aire intranquilo como esperando o acaso temiendo algo y una chica escuálida, de edad indefinible, a través de sus lentes verdosos contemplaban el retrato del pianista, que lucía adecuadamente a mitad del vestíbulo.

El pianista pasó sin ser reconocido por los escasos moradores de aquel desierto, cruzó los pasillos y entró en su camerino. En verdad éste no era sino una pequeña salita, con un par de divanes viejos, un tocador de espejo lleno de manchas y un lavabo minúsculo en un rincón, contiguo al escenario y separado apenas por una doble cortina de peluche rojo oscuro.

El pianista se quitó el sobretodo y demás adminículos contra el frío y se acostó, en un diván, quieto y rígido como una momia egipcia. Su ayudante, que era

su manager, secretario, valet de chambre y todo cuanto se ofreciese, colgó las ropas y de un maletín fue extrayendo los objetos más diversos: un cepillo de ropa, otro para lustrar calzado, una gorda carpeta llena de papeles con música impresa y manuscrita, objetos de tocador, una toalla, tres o cuatro frascos y cajitas con varias medicinas o tónicos, un estuche de vasos plegadizos, una botella de algo así como un extraño jerez quinado y un frasco de media pinta de whisky; con estos últimos ingredientes preparó una mezcla en un vaso pequeño y, comprobando por el reloj que faltaba menos de media hora para el comienzo de la función, tocó suavemente en un brazo al pianista y le ofreció el estimulante licor ya preparado, bebiólo a pequeños sorbos el pianista y ya volvía a acostarse cuando entró un viejo calvo, miope y de andar lento, trayendo en una mano una petaquilla y en la otra el sombrero de color indefinible; se dirigió al artista diciendo:

—Ya está afinado el piano, señor, buenas noches.

—Buenas noches, maestro— contestó el pianista, sentándose frente al espejo para peinarse y completar su maquillaje mientras el ayudante cepillaba lentamente los faldones del frac.

Sonó el timbre de las llamadas reglamentarias, de la sala venía un sordo murmullo, algunas toses, ruido de sillas, risas apagadas y demás gratos sonidos que indican la presencia del público. A la última llamada, el pianista estaba presto a salir, pero, conteniéndose, esperó aún cinco largos minutos para dejar que se acomodaran los que llegaron en los últimos momentos; por fin, tras mucho observar el reloj, hizo un gesto al ayudante,

éste entreabrió las cortinas y el pianista se presentó bajo las luces del foro, haciendo extremosas caravanas y agitando ambas manos para agradecer la ovación que se le tributaba.

Tras el consagrado ritual de ajustar el banquillo, frotarse largamente las manos y dar tres acordes seguidos de un prolongado silencio, el pianista inició su concierto.

¿Que prurito cronológico o qué proselitismo historicista rige la imaginación de los que formulan los programas de los conciertos? ¡Quién sabe! Pero es un hecho indiscutible que tales programas se hacen principiando con obras que proceden de épocas más o menos remotas, según la especialidad del concertista, hasta las de tiempos más o menos actuales, según las preferencias del mismo, pero siempre en orden cronológico, como las dinastías reales o las genealogías bíblicas.

Ya había tocado un par de sonatinas de Scarlatti cuando, a mitad de la tercera, se escuchó una extaña y destemplada resonancia. El pianista nada demostró y siguió tocando, pero al final la resonancia o vibración se escuchó más claramente.

A Scarlatti siguió Mozart; por un rato el piano pareció recobrar sus sonidos habituales, pero súbitamente, al tocar esas repetidas notas altas, acentuadas con *ff* del “Rondó alla Turca,” surgieron de nuevo resonancias, notas extrañas a las teclas oprimidas por el pianista y, sobre todo, unas vibraciones metálicas sumamente desagradables. El público empezó a dar muestras de extrañeza y de protesta, el pianista seguía tocando maquinalmente mientras en su cabeza se atropellaban ideas

absurdas, temores, esfuerzos por recobrar la serenidad e impulsos desatentados y frenéticos de salir huyendo, tirarse de cabeza al foso de la orquesta o quedarse petrificado por el pánico; la melodía mozartina se había convertido en la parodia de sí misma, era como si un burlesco demonio estuviese dentro del piano brincando sobre las cuerdas al mismo ritmo de los martinetes; segundo a segundo, el aire se enrarecía cargado de tensiones, un momento más y el tumulto estallaría o el pianista se lanzaría sobre el público aullando enloquecido. Sonó un último acorde totalmente discordante; el pianista saltó del banquillo, su cara fina y pálida de costumbre estaba demacrada, sudorosa y gris, hizo una reverencia y desapareció tras la cortina de peluche.

En el intermedio, el público salió a los pasillos y al pequeño foyer descargando su tensión de todas maneras: unos insultaban al pianista, otros reían, otros permanecían aún mudos de estupor, los más adictos al artista querían convencerse a sí mismos de que no habían oído lo que habían oído. Nunca se vio un grupo de melómanos tan súbitamente convertidos en una multitud tan furiosa, tan delirante, tan excitada.

Mientras tanto, el pianista en su camerino estaba echado de bruces en un diván, desmayado y casi muerto. El ayudante lo volvió en sí inventando mil recursos y luego le obligó a apurar una dosis muy respetable de whisky. El efecto fue rápido y magnífico pues nada como el vino es tan grato y propicio al espíritu, que aun las almas de otros mundos gustan de él, como consta por aquellas sombras que acudieron presurosas y parlotando cuando Aquiles derramó libaciones en la pira

durante los funerales de Patroclo; el licor iluminó la trastornada mente del pianista con dos o tres ideas que habían de salvarlo en tan comprometido trance: llamó al mozo y le ordenó que cambiara un poco la posición del piano e indicó al ayudante que, con la apariencia de ayudar y vigilar la maniobra, se acercase al negro instrumento y revisase sus cuerdas. Así se hizo y pocos minutos después el eficiente ayudante mostraba al pianista el cuerpo del duende o demonio que se había complacido en desfigurar la música del concierto: un pequeño desarmador de acero que el afinador dejó, por olvido o por lo que fuese, sobre las cuerdas correspondientes a las notas altas. El pianista ordenó dar las llamadas para la segunda parte, compuso su deshecho maquillaje, el cuello, la corbata, los faldones del frac y salió al escenario.

Sólo unos cuantos espectadores se habían marchado durante el intermedio, prorrumpiendo injurias contra el pianista; los demás estaban allí, mirándole fijamente, esperando la segunda parte de ese desconcertante concierto para saturarse de ira y linchar al pianista que todavía una hora antes admiraban con fanatismo.

Ante las miradas feroces, los rostros contraídos y los puños crispados, el pianista de elegante figura y aire decadente, con su voz suave y persuasiva dijo, en pocas frases que la ejecución precedente había sido una versión de Mozart pero en función de la sensibilidad desequilibrada y violenta de nuestra época, es decir, un ensayo de interpretación personal y contemporánea con que quiso, sin aviso previo para no formar prejuicios en el público, aumentar el programa, pero que en

seguida ejecutaría las mismas piezas según la versión y estilo que pudiera llamarse clásico o sea la que los respectivos autores idearon en sus propias épocas.

Sin dar tiempo a que el público reaccionara por hecho tan desusado el pianista recomenzó su concierto y vivaces y cristalinas melodías de Mozart, alegres y sutiles, sonrientes y finas como sú refinado cortesano siglo XVIII, fluyeron impecables, puras, precisas y frescas en una ejecución perfecta en claridad, ritmo, acentos y matices.

El público escuchaba subyugado y devoto y, cuando tras el último acorde, el pianista levantó las manos del teclado y lentamente se puso de pie para saludar, la ovación estalló estremeciendo el ámbito de la sala.

Siguió la parte final del programa con románticos y modernos y luego los “encores”; dos, tres, cuatro, hasta que todos se sintieron ahogados, ahítos de música y exhaustos de tanto aplaudir. Fue, sin duda, una memorable noche, una noche gloriosa para el pianista de tan larga y merecida fama.

Pero lo más curioso fue que primero el público y más tarde los críticos se dividieron en discusiones enconadísimas y que se prolongaron semanas enteras, y todavía hay eruditos que las reviven de cuando en cuando: unos opinaban que la interpretación clásica seguía siendo no sólo la más legítima sino también la más artística, mientras que otros muchos (y parece que formaron mayoría) aseguraron que la versión denominada contemporánea y personal del pianista era muy superior por su originalidad, fuerza expresiva y extraordinaria

técnica, pues logró tocar muchas más notas, producir muchos más sonidos que los escritos por los autores.

Y nadie supo, salvo el pianista y su ayudante que la original, expresiva y rica versión moderna no se debió al eminente pianista sino a un humilde desarmador abandonado por un afinador tal vez pérfido, acaso simplemente olvidadizo.

LA DESCORAZONANTE REALIDAD

Alfonso Reyes, esencialmente polifacético por su extrema agilidad mental unida a su desmesurado saber, a su increíble memoria y a su fresca curiosidad intelectual, es un autor que suele desconcertar a sus lectores porque con igual facilidad en forma inesperada lo mismo ofrece un precioso hallazgo procedente de la realidad más objetiva, así del cuadro de la historia o de la filología o de la zoología o de cualquiera, como salta a lo más imaginario o subjetivo, y no siempre es posible fijar el campo al que pertenece algunas de sus narraciones, de sus ensayos o de sus charlas. Hace algún tiempo nos dio un fino y dibujado relato acerca de las drogas heroicas*, en páginas ciertamente bellas pero sin duda de origen imaginativo aunque el autor finja deber su cuento a “finos poetas”, que supongo igualmente ficticios.

En cambio yo, que soy hombre de casi nula inventiva puedo ofrecer un relato sobre idéntico tema, que por mis propias deficiencias nadie podrá suponerlo producto de imaginación, de la que evidentemente carezco;

* Alfonso Reyes, “Breve visita a los infiernos”, en *Ancorajes* Ed. Tezontle, México, 1951.

es el relato de lo acontecido a otro fino poeta, pero éste sí de carne y hueso, de existencia real, que tiene domicilio conocido, su nombre en la guía de teléfonos y está al corriente del pago del impuesto sobre la renta; solamente que prefiero callar su nombre, prescindiendo de honrar con él estas líneas, pues confieso que no tengo su previo consentimiento para divulgarlo en relación con estas veraces páginas que espero no le parezcan indiscretas.

Hace ya un cuarto de siglo bien corrido que el poeta N... era un estudiante de medicina, conocía teóricamente algunos de los efectos de ciertas drogas pero jamás había experimentado ninguna de ellas en sí mismo.

Cierta vez en aquel entonces, N... corría una juerga con varios amigos y a lo largo de la noche se divirtieron recorriendo diversos cabarets hasta que, ya muy tarde, el grupo se fue disgregando poco a poco hasta quedar reducido a unos cuantos compañeros, con muchas copas y poco dinero, ambulando por las sórdidas calles de un arrabal capitalino, en las últimas horas de la madrugada. Nada había ya que hacer y todos estaban cansados pero como ocurre siempre en esas juergas de estudiantes, ninguno se decidía a confesar que la única cosa posible y pertinente era irse a dormir a sus respectivos domicilios. De repente, alguien dijo: “¿Vamos a fumar marihuana?, yo traigo un cigarro”; todos aceptaron y sentados en el umbral de una puerta chuparon el humo acre, en la ronda del cigarro, silenciosamente, esperando los resultados de aquello que era una nueva experiencia para casi todos. Y cuenta N... que, al me-

nos para él, lo que esperaba como efecto alucinante se redujo a que todo lo veía pequeño y distante, a la luz pálida del incipiente amanecer, y como al través de unos anteojos de teatro invertidos, de modo que la esquina de la calleja se prolongaba en lejanía, semejante visión aumentaba su propio cansancio y lo único que pensaba era ¡ay, qué lejos está la esquina! y ¡hasta allá voy a tener que caminar para encontrar un coche y poder irme a dormir!

Tenía yo escrito el apunte de este relato cuando, en una de las gratas pero escasas horas en que es posible leer sólo por gusto y no por obligaciones profesionales, hojeando a Baudelaire tropecé con el pasaje en el que, detalladamente, refiere que una noche después de haber ingerido cierta dosis de haschisch, asistió a una representación teatral y allí, además de otras sensaciones de un frío interior y una envolvente obscuridad, tuvo esta otra, análoga a la descrita en la anécdota que refiero: “...Quant à la scène.. elle seule était lumineuse, infiniment petite et située loin, très loin, comme au bout d’un immense stéréoscope... Les comédiens me semblaient excessivement petits et cernés d’un contour précis et soigné... Lorsque je pus enfin sortir de ce caveau de ténèbres glacées, et que la fantasmagorie intérieure se dissipant je fus rendu a moi-même, j’éprouvai une lassitude plus grande que ne m’en a jamais causé un travail tendu et forcé.” (Charles Baudelaire, “Les Paradis Artificiels”, *Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, vol. I, p. 292.)

Ruego al lector que no mire la referencia precedente como cita libresca, ya que obedece al deseo de propor-

cionar un testimonio más, para robustecer la confianza que debe tenerse en la absoluta veracidad de este relato. Cerremos el paréntesis y volvamos a las experiencias de nuestro amigo.

Algún tiempo después fue la segunda experiencia: del hospital en que hacían sus prácticas lograron escamotear un poco de cocaína y con todo cuidado para no desperdiciar ni una partícula del polvo ni un destello de la fruición que esperaban, N... y sus compañeros, lentamente dedicaron largo rato a absorber por la nariz los cristalillos de la droga, probablemente hasta en cantidad mayor que las dosis empleadas por los “habitués” pero... ¡oh, desilusión!, dice el hoy médico, “lo único que conseguimos experimentar fue que podíamos arrancarnos los vellos de las fosas nasales sin dolor!”

Sin duda era humillante, como lo es todo fracaso, el haber conseguido tan despreciables resultados, por lo mismo, era preciso insistir.

Con artimañas y audacia N... y un amigo obtuvieron dos buenas ampolletas de morfina y, para asegurarse un mayor disfrute, determinaron buscar el momento oportuno para inyectárselas e ir, inmediatamente después, a ver un espectáculo de revista que por entonces atraía mucho público, pensando gozar así doblemente pues de seguro el espectáculo se volvería maravilloso por los efectos eufóricos y excitantes que de la droga esperaban. Como lo pensaron, lo hicieron: mutuamente N... y R... se aplicaron uno al otro las dosis de morfina y se encaminaron al Teatro Politeama, ocupado por la compañía de Toña la Negra, entonces en su máximo

apogeo; había gran demanda de localidades y los dos amigos, como todo el mundo, hubieron de tomar sitio en larga cola que avanzaba muy despacio, hasta llegar a la taquilla y comprar sus boletos, pero la función anterior no había terminado aún y era preciso esperar un rato. Arrimados a una de las columnas del vestíbulo conversaban o callaban, recargados en el poste junto a un gran cartel que casi los ocultaba y los protegía de la aglomeración: el calor y el ronroneo de la multitud empezó a producirles sopor, su propia conversación fue apagándose y sin darse cuenta quedaron adormilados, apoyándose en la columna; despertaron a medias cuando se abrieron las puertas de la sala, empezó a salir el público de la función anterior y a entrar el que había estado aguardando, entonces ellos también hicieron intento de avanzar, pero con sólo aquel esfuerzo se percataron de que tenían tanto sueño que prescindieron de toda diversión y casi inconscientes regresaron a la pensión en que ambos vivían. De todos los efectos de la morfina solamente habían experimentado el que no esperaban: el de hipnótico.

He dudado mucho antes de transcribir este relato por el temor de que alguno de esos seres, cuyas frustraciones psíquicas o vitales los han empujado a formar en las ligas de decencia y demás grupos moralistas, que algunos de esos, digo, quisiera utilizar ese triste ejemplo que he referido, en alguna de sus odiosas campañas; espero que eso no ocurra, yo simplemente he querido transcribir lo que aconteció a mi amigo N... considerando que no deja de ser caso curioso.

Todo ello sucedió como queda dicho. Nada he cam-

biado ni añadido y mi solo comentario es que me parece muy desalentadora la consecuencia de que ni recurriendo a las drogas puede, a veces, conseguirse la evasión de esta dura y penosa realidad.

UNA AURORA BOREAL

Entre los sucesos extraordinarios que con mayor fuerza quedaron grabados en la memoria de los viejos que yo alcancé a tratar en mi pueblo, creo que el más vivo recuerdo fue el que les dejó el inesperado y sin duda magnífico espectáculo de una aurora boreal. De seguro que ya no vive, ahora, ninguno de los que la contemplaron, pero yo oí muchas veces, siempre en boca de quienes andaban por sus ochenta años decir: “¡Uh, eso sucedió allá cuando la aurora boreal!” o “¡Allá. . . cuando la aurora boreal!”, y frases por el estilo, que denotaban el largo tiempo transcurrido desde aquel acontecimiento pero, también, que lo consideraban tan destacado que naturalmente lo tomaban como punto de referencia concreta y primordial.

Semejantes alusiones incitaban mi curiosidad, pero a mis preguntas aquellas personas contaban que había sido cosa impresionantísima porque “el cielo estaba lleno de como llamaradas”, que “había luces rojas y anaranjadas que recorrían el cielo” y otras alusiones del mismo jaez que a mí no me satisfacían y me sentía como defraudado; creo que lo que pasaba es que esos buenos ancianos ya no recordaban bien lo que miraron o no lo sabían expresar, probablemente eran ambas cosas a la vez.

El rarísimo caso ocurrió pasada la media noche, según decían ellos. ¿Cómo, pues, fue que la gente se percató de aquellos celestes fenómenos? Porque hace cien años en mi pueblo, y en todos los pueblos, el alumbrado público era nulo y el doméstico muy deficiente, las calles quedaban desiertas al anochecer y los pobladores se metían en cama temprano, apenas después del rezo por las ánimas a las ocho de la noche o, cuando más, al sonar el toque “de queda” a las nueve. Pero aquella memorable noche las campanas de varios templos —norma y guía de la vida colectiva— despertaron al vecindario tocando claramente “a rogación”. ¿Quién dio la primera señal?, ¿acaso algún sacristán o campanero desvelado? Parece más probable, aunque de cierto no lo sé, que las primeras campanadas fueron en San Agustín, donde algún fraile (ya fuera por verdadera observancia de las reglas ascéticas y litúrgicas, ya por la natural falta de sueño propia de la avanzada edad), estaría rezando sus maitines en el coro y al ver la luz rojiza que entrando por las ventanas haría arder y chisporrotear en destellos los inmensos retablos dorados, seguramente pavorido y excitado avisaría al campanero y a toda la comunidad. El hecho fue que, al llamado de las campanas, los durmientes de todo el pueblo despertaron alarmados, pensando muchos que se trataría de un gran incendio, “una quemazón” como se dice popularmente, pues llamar “a rogación” a tales horas no podía anunciar otra cosa; pero el temor llegó a espanto cuando, al asomarse a ventanas o patios, vieron aquel cielo encendido y no porque fuese reflejo de algo terrestre sino con llamas que estaban allí mismo, íg-

neas, móviles, brillantes, inusitadas. ¿Qué era eso?, ¿sería que, contra todas las nociones tradicionales, el fuego infernal había subido desde sus profundos abismos y se había apoderado de las bienaventuradas esferas celestiales?, ¿eran las llamaradas apocalípticas que comenzaban ya a consumir el mundo y sonaría luego, de un momento a otro, la trompeta pavorosa del juicio final?, ¿qué iba a suceder, qué les sucedería a ellos, pobres criaturas de ese rincón del mundo, si la inmensidad de los cielos ardía allá arriba? Cierto que la temperatura era tibia y normal, sería porque el fuego estaba aún muy alto, pero las cosas de arriba suelen caer, ¿empezarían, de repente, a descender hasta el suelo esas llamas que brillaban rojas, incandescentes, luminosas?

La versión más pintoresca de las que llegué a oír era, sin duda, la de Faustinita, como pintoresca era siempre su charla sembrada de exageraciones que afirmaba con toda seriedad, de las más extrañas comparaciones y de vocablos que resultaban chuscos por el modo equivocado con que solía acomodarlos, y todo, además, subrayado por el movimiento de las viejas pero ágiles manos que iban y venían como si trenzaran o tejieran el hilo de aquellos relatos, de las palabras que salían precipitadas y silbantes por defectos de la dentadura postiza.

Presentes están, en mí, las figuras de quienes charlaban mientras cosían o tejían, tarde por tarde, mientras nosotros los más chicos abandonábamos los juegos por escuchar la plática, cuando ésta nos interesaba, como era las más veces porque en esa casa (hondamente arraigada en mis recuerdos de infancia y el cariño de toda

mi vida) he visto florecer, como ya sólo en muy pocas, el arte de la conversación.

Por allí solía llegar Faustinita, al filo de las ocho. Su pequeña figura, vestida de negro, parecía encorvarse aun más por el negro chal que la cubría desde la cabeza. A veces sólo estaba un momento, pero a veces tomaba parte en la plática y contaba sucesos extraños: su padre había tenido encerrado un sapo enorme cuyos ojos eran tan grandes “como platos”, el relato de lo que había visto en un viaje a México estaba lleno de raros sucesos y digresiones. Pero nosotros conocíamos bien el repertorio y, cuando parecía oportuno, alguien planteaba la cuestión: “Faustinita, y ¿cómo fue aquello de la aurora boreal?”

Los ojos le brillaban en la cara llena de arrugas y no era menester repetir la instancia: “¡Uh, Lolita. . . tú verás. . . era yo muy muchacha y una noche, que estaba yo muy dormida, de repente mi padre nos despertó y nos levantó. . . y ¡vieras no más!, el cielo estaba todo colorado. . . pero no era colorado parejo sino como llamaradas que se movían. . . parecía como botellones de fuego que subían y bajaban. . .” Y las viejas manos de Faustinita, huesudas y de venas nudosas, saliendo de entre los pliegues del negro chal, se movían arriba y abajo, como si modelaran en el aire aquellos “botellones de fuego” que sus ojos vieron danzar en el cielo, tantos años atrás.

Basándome en las edades y alusiones de quienes fueron testigos, he llegado a la conclusión de que aquella aurora fue la que algunas Efemérides citan, men-

cionando que ocurrió en la madrugada del día 2 de septiembre de 1859.

He recordado todo esto por lo mucho que ahora se habla de rayos cósmicos, manchas solares, tormentas magnéticas y toda clase de meteoros, por el Año Geofísico que se celebra con observaciones y estudios importantísimos en todo el mundo.

Y derivando hacia un aspecto más efectivo, me atrevo a proponer que, así como los sabios de la Unión Soviética han contribuido con la pasmosa maravilla de haber puesto nuevos cuerpos a girar en el concierto de los astros, y que los sabios norteamericanos afirman que ellos también harán cosas extraordinarias, yo sugiero que solicitemos a Guillermo Haro o “a quien corresponda”, que tomen las providencias adecuadas y consigan “organizar” una buena y lucida aurora boreal, pues considero que sería magnífico ver aquellos “botellones de fuego que subían y bajaban”, como tan extraña y pintorescamente decía Faustinita.

“ . . ES RUTINARIO PERO NADIE LO SABE”

Al cansancio que ya experimentaba se sumó un poco de angustia al recordar lo que le advirtió el empleado, en la estación de gasolina, media hora antes: “Puede que si se apura, consiga hacer la bajada con luz, don Enrique, pero quién sabe, ya ve que ora las tardes ya son muy cortitas”. Al darle vuelta en la cabeza, las palabras aquellas le parecían cada vez más ominosas.

A ratos, los tramos rectos de la carretera en terreno plano eran un descanso, guiar allí el automóvil no era ningún esfuerzo. El cansancio provenía de la fatiga aumentada por el intenso trabajo de los días anteriores pero también, como antecedente inmediato, de la tensión nerviosa que siempre le producía el manejar su coche en el camino de México a Puebla, tan abundante en curvas, subidas y bajadas.

Mil veces había hecho ese recorrido y otros semejantes por carreteras en lugares montañosos; pero él sabía bien y ahora se lo repetía con reproche que, a pesar de todo, para conducir en caminos accidentados necesitaba de un gran esfuerzo nervioso que, naturalmente, le ocasionaba una gran fatiga más o menos pronto.

Ya empezaba a sentir esa fatiga y eso le alarmaba, porque lo peor del camino estaba aún por recorrer: el

descenso por aquellas terribles cumbres de Acultzingo, que son el paso de los casi dos mil metros de altitud de la meseta, en los valles de Puebla y Tehuacán, a la mitad de esa altura en que están Orizaba y Córdoba.

Todo eso lo sabía él, Enrique Aguirre, muy bien. ¿Cómo, pues, se le ocurrió hacer ese viaje estando, además, cansado de antemano? Pues por eso mismo, porque quería, necesitaba descansar por lo menos un par de días y pensaba que parte del descanso sería huir del frío otoñal, ya casi invierno que se había enseñoreado de México en las últimas semanas. Aun allí mismo, en ese momento de esa tarde clara, mientras quedaba atrás la silueta almenada del viejo convento de Tepeaca, el viento era fresco y se adivinaba que por la noche enfriaría mucho más.

Con la idea de la proximidad de la noche la incipiente ansiedad creció tan bruscamente como sube el mercurio del termómetro al acercársele una flama. El empleado de la gasolinera se lo había advertido, en esa forma indirecta tan habitual en nuestra conversación: “Si se apura, puede que alcance a bajar con luz”. Pero no podía apresurarse más y en todo caso sería inútil, porque le era preciso entrar en Tehuacán y detenerse, eso sí, sólo un minuto, por motivo de sus negocios con un comerciante en el centro de la población. Mientras tanto el sol seguiría cayendo y se ocultaría antes de que él pudiera iniciar la bajada de Acultzingo.

Así ocurrió. Arriba aún quedaba, al poniente, una pálida luz debilitándose por instantes, pero traspuesta la ceja de la montaña hacia abajo la obscuridad era completa y, peor aún, del fondo del valle subía una

densa niebla. No era eso raro sino caso frecuente, pues los vientos húmedos del mar que llegan a la costa y parte baja de Veracruz se ven detenidos por la gran barrera montañosa y al contacto de las capas frías, propias del altiplano, la humedad se condensa en espesas neblinas si no alcanza a resolverse en lluvia. Sí, todo era muy natural pero nada tranquilizador.

El descenso tenía que hacerlo despacio. Sería locura no hacerlo así, ni querer ganar tiempo tenía ya objeto. Por su mismo nervioso temor, Aguirre inició la peligrosa bajada extremando las precauciones y la moderada velocidad.

La niebla era cada vez más densa; los faros del coche formaban halos blanquecinos y no alumbraban sino un cortísimo trecho; los ojos del que lo guiaban iban de un lado a otro del camino, en las continuas vueltas de la carretera, tratando de ver el filo del asfalto en la cuneta del lado de la montaña y las señales del lado opuesto, al borde del abismo. Al cruzarse con otros coches tenía que redoblar la atención, pues con la niebla era imposible saber si unos faros estarían lejos o cerca; a veces, aunque apenas se vieran como una difusa claridad, estaban a unos cuantos metros de distancia.

Ahora Enrique, absorto en los problemas del momento, ya no se acordaba ni podía darse cuenta de su fatiga, pero la aguda tensión nerviosa trabajaba sordamente en su interior.

Cruzaron dos enormes camiones que subían con gran lentitud y llevaban muchas luces de diversos colores, borrosas y opalinas entre la niebla. Un instante después, inesperadamente, al voltear esa curva, entre-

vió una masa blanquecina, grande y alta: un camión sin luces, creyó imaginar con indignación en una fracción de segundo, pero al instante alcanzó a percibir, entre la neblina, la forma de un gran elefante absolutamente blanco que pasó caminando lentamente.

La sorpresa fue tan grande que reaccionó desconcertadamente echándose a un lado del camino y frenando con brusquedad al mismo tiempo; el coche se paró quedando peligrosamente inclinado, con sus ruedas del lado derecho en la cuneta, casi apoyado en las rocas.

Aguirre saltó del coche con los ojos desorbitados y tembloroso, quién sabe si más que por el susto de la volcadura inminente por miedo de la extraña aparición que ya se había perdido en las sombras.

Un momento después, a pocos metros surgió otro enorme elefante blanco que pasó muy cerca y luego otro más y los dos, como el primero, con graves y silenciosos pasos se borraron en la obscuridad.

Enrique Aguirre se apoyaba en el coche porque sentía todo el cuerpo desfallecido y un trasudor frío le recorría desde la frente y la cabeza hasta la espina dorsal. Quería y no podía dudar de lo que había visto: tres elefantes, tres elefantes blancos, pero blancos como estatuas de yeso, que dieron unos cuantos pasos, sin el menor ruido, entre dos sombras de tinieblas; tres elefantes que eran como fantasmas de elefantes, espectros de elefantes.

Al percatarse de este giro de su pensamiento, Aguirre sintió pavor: ¿cómo podía pensar siquiera en elefantes y, mucho peor, en elefantes fantasmas?, eso era puro

desvarío; pero los había visto y si hubiera dado cinco o seis pasos los habría podido tocar con la mano; sin embargo, tenía que ser imposible, era inexplicable, o sólo había una explicación que lo asustó aún más: estoy tan fatigado y nervioso —se dijo— que ya tengo alucinaciones y he estado a punto de volcarme; ya no podré seguir manejando, pero tampoco puedo quedarme aquí, en el frío húmedo de la niebla, además estoy parado en una curva, dentro de más o menos tiempo vendrá otro coche y si no alcanza a ver la luz roja de atrás puede chocar y empujarme y si no caigo en la cuneta rodaré cuesta abajo.

Dábanle vueltas las ideas, fragmentaria y sucesivamente, en un lapso indefinido porque el tiempo psicológico es impreciso e inmensurable. En realidad, habrían transcurrido unos cuantos minutos cuando los faros y luego los foquillos de colores de otro gran camión que subía, enseguida otro igual y —¡otra vez!— detrás apareció un nuevo elefante blanco y luego otro más, finalmente una camioneta pintada de colores alegres, como los camiones que la precedían y con letreros en los que Aguirre alcanzó a leer algo como “circo”.

¡Un circo!. . . Enrique recobró la lucidez: gritó, hizo ademanes y la camioneta se paró, sus ocupantes advirtieron el coche medio caído y varios de ellos acudieron en su auxilio. Con la ayuda de gente experta y jalando la camioneta fue muy fácil poner de nuevo el coche en la carretera.

Mientras ayudantes y mozos hacían la maniobra, el que parecía su jefe, un norteamericano cincuentón corpulento y rojizo, que sonreía con las comisuras de la

boca y de los ojos, explicó: Sí, los elefantes eran del circo, ¡un gran circo!, iban a México. . . no, claro que los elefantes no eran blancos. . . existen elefantes blancos pero no así, y esos que pasaron eran simplemente de color de elefante; lo que ocurría es que, cuando en las carreteras hay subidas muy pronunciadas los elefantes no pueden ser transportados en sus camiones, claro, por su gran peso, entonces los tramos más difíciles los hacen caminando, lo cual es lento pero sin problema. . . el único riesgo serían los coches, que podrían ocasionar un accidente, por eso, cuando esos viajes se hacen de noche, previamente se pinta a los elefantes totalmente de blanco para que sean claramente visibles a la luz de los faros. . . esa es una práctica rutinaria cuando el circo viaja en países montañosos, pero, claro, excepto en el circo, nadie lo sabe.

Horas más tarde, ya en su cama del hotel, en Córdoba, Aguirre hacía esfuerzos por dormir para reparar el cansancio y la tensión del viaje. Por asociación de ideas, vagamente recordaba aquellos diplomas y cordones de don Juan Balme que lo acreditaban como miembro de la Orden del Elefante Blanco. . . Luego comenzó a adormilarse, con sueños confusos de caminos y bosques por donde él iba caminando con torpeza y angustia: cuando, de repente, de un oscuro bosque empezaron a salir, en tropel, unos inmensos elefantes blancos, entonces la angustia se convirtió en terror y el miedo lo hizo despertar.

Todo nuevo intento por dormirse fue en vano, porque de algún rincón del sueño volvían a surgir los elefantes cada vez más espectrales, cada vez más pavo-

rosos, en el desvelo de toda la inacabable noche. . . y de cuando en cuando recordaba, con una indignación ya rencorosa, la explicación que tranquilamente dejó caer el hombre aquel del circo: pintar de blanco a los elefantes, cuando van a caminar de noche, es rutinario, pero nadie lo sabe. . . ¡Claro! ¿quién diablos podría saberlo?

DE HISTORIA MÍNIMA

Don Valentín Casillas fue uno de los personajes más conocidos en mi pueblo y lo fue por muchísimo tiempo pues vivió allí, en Salamanca, algo más de cien años. Muy difícil me sería describirlo, porque no sería bastante decir que era un viejecito menudo, calvo, con una actividad constante y titubeante, como la de esas pequeñas hormigas que marchan apresuradas y sin motivo aparente se detienen, van de un lado a otro, regresan, trotan nuevamente, sin dejar de mover sus antenas; don Valentín era también así, sólo que en vez de antenas movía rápidamente los labios casi sin separarlos y de su boca desdentada, en un tono agudo, brotaban las palabras atropelladas y tartamudeantes, como en precipitados y súbitos chorritos, en forma casi ininteligible a menos que ya uno tuviese hábito suficiente para entender sus entrecortadas y tropezantes frases. Difícil, sin duda, tal retrato, para los limitados recursos de mi pluma, sin embargo acaso alguna vez intente yo un boceto de don Valentín y de su pintoresca tienda “El Diamante”, si me resuelvo a poner mano en unas estampas de mi pueblo que, de vez en cuando, acaricio el proyecto de escribir.

Ahora no se trata, propiamente, de don Valentín, sino de algo que él me refirió y de lo que me acuerdo muy bien, pues se lo oí dos o tres veces por esa costumbre, frecuente en los viejos, de repetirse en lo que cuentan, no sé si porque olvidan que ya lo han dicho antes al mismo oyente o por el gusto de dar vueltas a los recuerdos que son su vida.

Pues bien, contábame don Valentín que el año “del cólera grande” (que fue el de 1833, cuando la epidemia de *cholera morbus* se extendió por casi todo el país, avanzando de Sur a Norte), había en Celaya un individuo que, al saber de la terrible enfermedad y sus estragos, entró en grandísima inquietud, muy pronto vuelta miedo y congoja que iban aumentando a medida que llegaban a Celaya las noticias del rápido avance del mal y del creciente número de sus víctimas.

Los relatos de lo que acontecía en México eran pavorosos: que los cementerios eran ya insuficientes, que se llevaba a los cadáveres hacinados en carretones y los incineraban, que algunos muertos quedaban por muchos días abandonados porque en calles enteras no había un vecino sano, que algunos enfermos caían como heridos por un rayo y de otros no se sabía si estaban ya muertos o sólo inconscientes y a riesgo de ser enterrados vivos, en fin, todos los horrores de la peste, unos reales y otros aumentados y ornamentados al correr de boca en boca; todo eso tenía al aterrorado celayense en la tensión extrema de quien se siente en capilla y quiere, a toda costa, evitar la muerte.

Cuando aquel hombre supo, de buena fuente, que ya se daban casos del cólera en Querétaro, su temor llegó

al paroxismo y decidió, sin mayor reflexión, huir de la epidemia como se huye de un incendio o de una inundación. No era hombre desocupado y el súbito abandono de sus obligaciones y negocios era para él cosa muy grave, pero él pensó —y en esto sí llevaba razón— que más grave le sería sufrir el contagio del cólera que a nadie perdonaba, mejor dicho del que nadie tenía probabilidad que le perdonase, pues quedar indemne de la epidemia era una remota lotería o un verdadero milagro, como lo dirían mejor aquellas gentes más piadosas que las de hoy.

Pensó huir y no lo pensó dos veces. Al anocheecer de un día le dijeron lo del cólera en Querétaro y al amanecer del siguiente dio en su casa unas breves disposiciones, montó a caballo, mandó a su mozo de estribo a hacer lo mismo llevando un liviano equipaje y ambos emprendieron el rumbo de Salamanca, en dirección opuesta a la que traía el temido morbo.

Seis o siete horas de camino solían hacerse a paso regular de mediana cabalgadura. Era por los mediados del año y el sol picaba fuerte, como es normal en el Bajío durante el largo verano. Pasaban ya frente al barrio de Nativitas que era, entonces, más bien un pueblo en los alrededores de Salamanca. Llegaban los viajeros a la entrada de esta población cuando oyeron las campanadas del toque del medio día.

Para rezar, como era costumbre, para descansar un poco y entrar en la villa con más sosiego, amo y criado bajaron de los caballos poniéndose a la sombra, reducidísima por la hora, de los granjenos que formaban la cerca de un solar lindero con la calle.

No hizo el señor más que descabalgarse y la cabeza le dio vueltas, un intenso malestar se apoderó de él, sudaba no del calor del camino sino con un trasudor de enfermo, sentía desvanecimientos, no pudo volver a montar; el criado quería correr por auxilios pero no se atrevía a dejarlo solo, sin duda esperaban que aquel trastorno pasara o disminuyera pero sucedió todo lo contrario: el pobre señor se agravaba por momentos, entró en agonía y allí murió, recostado al pie de los granjenos y nopales de una cerca en el polvo del camino que acababa de recorrer huyendo de la muerte.

Así fue, al decir de don Valentín, el primer caso de cólera morbo que se dio en Salamanca.

Algunas semanas después la epidemia cundía en Salamanca y en Celaya. En esta ciudad murió, entonces, Francisco Eduardo Tresguerras, el 3 de agosto de aquel año de 1833. Hace poco tuvo lugar la celebración del segundo centenario de su natalicio y al recordar la vida del ilustre arquitecto, me vino a la memoria aquel suceso que me contaba don Valentín Casillas, hará cosa de treinta años, cuando él ya andaba casi con un siglo auestas.

RELATO DE LAS ISLAS MISTROCKS

*It was many and many a year ago
In a Kingdom by the sea...*

E. A. Poe.

I

Al salir de casa, la mañana estaba neblinosa y fría, en la esquina encontré a un vecino y en espera del autobús hablamos del tiempo. Una luz blanquecina iluminaba suave y uniforme, lo cual a mí me complace, pero mi vecino tiene gustos diferentes y no tardó en expresar su molestia por la falta de un sol brillante; entre sus quejas por el frío, la humedad, las nubes, llegó a decir casi con vehemencia: “Y ya ve usted, todo se mira como en sueños y ni siquiera damos sombra”. Al oír eso yo me quedé mudo y sobrecogido por los recuerdos que tales palabras evocaron, pero mi interlocutor no se percató de mi sorpresa porque vi acercarse su autobús y, despidiéndose con un ademán, corrió a treparse al vehículo.

Me quedé parado un buen rato; después yo también abordé otro autobús y me entregué a la rutina de los quehaceres cotidianos. Pero los recuerdos evocados siguen dándome vueltas en la cabeza, tan precisos y obstinados que he resuelto verterlos por la tinta de la pluma en estas páginas, más para liberarme de ellos que para otra cosa.

II

Han pasado muchos años, pero recuerdo muy bien diversas ocasiones en que charlé con Harry Stevenson, y especialmente aquel curioso relato que tanto me dio en qué pensar. No he olvidado su cuerpo macizo y un poco pesado, su cara rubicunda surcada por multitud de arruguillas delgadas como cicatrices excepto una, honda y ancha, entre las cejas, que subía apuntando al mechón de pelo blanco que caía hacia la frente cuando el viento no lo hacía flamear.

Creo que no veré más al viejo Stevenson, seguramente habrá muerto ya; nunca supe su edad, pero no puedo engañarme en suponerlo mayor que yo, y en cuanto a mí... Mejor volvamos a lo que iba, pues a nadie le importa punto de más o de menos en la edad de la gente que no trata ni conoce.

Tampoco tendría mayor interés en referir mis primeros encuentros con el capitán de un buen barco de carga, que eso era Harry Stevenson; baste decir que nos conocimos y trabamos cierta amistad en puertos del Golfo de México en donde yo residí años atrás; luego él cambió de rutas en sus viajes, por órdenes de la

Compañía naviera para la que trabajaba, y no volvió a aparecer por aquellas costas tropicales de Barlovento y de Sotavento; más tarde yo también me alejé de allí. En fin, corrieron los años y sólo la casualidad hizo que volviéramos a encontrarnos, en sitio absolutamente diferente del trópico mexicano.

III

Aquella era, también una tarde neblinosa y fría, ya en los finales de un otoño particularmente desapacible. Yo había regresado a Camden, después de muchos años de no ir allí; sentía un gran deseo de volver a mirar sus más característicos rincones y, a pesar del tiempo de perros, me di a caminar por las viejas calles que aún tenían sus banquetas de ladrillos, luego por los muelles y por las callejas próximas al río Delaware, finalmente llegué a Pyne Poynt Park (cuyo nombre es ya de por sí una evocación) y me detuve allí, mirando la casa de Joseph Cooper que la ciudad guarda como reliquia porque su dueño, hace un par de siglos, fue algo así como el fundador o el primer colono de Camden; a la luz opalina de la tarde, abrigados por la lluvia, aquellos muros de piedra y ladrillo, indudablemente feos, tenían cierto atractivo en los matices de su austero color, sin perder su aire vulgar y pobretón. En tales meditaciones y cuando ya el frío y la humedad empezaban a molestarme seriamente, casi topé con mi amigo el capitán Stevenson.

Le reconocí al instante; el paso de los años le había marcado más profundas las arruguillas de la piel, los cabellos blancos eran seguramente más escasos si bien, en conjunto, no había cambiado gran cosa. Tal vez en mí las diferencias eran más notorias: él dudó un instante cuando le saludé, pero inmediatamente me contestó con un fuerte apretón de manos y una afable sonrisa.

—¿Qué hace? —me dijo—. Venga, vamos a un sitio tibio y tranquilo; conozco uno en que hay verdadera ginebra holandesa o cerveza obscura, si usted la prefiere. Venga, estaremos a gusto.

Me condujo a una taberna, muy cerca de un muelle; sobre la puerta el viento mecía una muestra de fierro con figuras, como en las viejas tabernas del tiempo de Dickens; el interior era reducido sin ser estrecho, revestidos los muros de maderas oscuras; cruzamos entre unas cuantas mesas y subimos a una estancia que estaba sin clientes y el capitán eligió asiento junto a la ventana que llenaba toda la fachada. Efectivamente había allí ginebra seca, poco aromática, muy reconfortante después del frío húmedo y pegajoso que envolvía las calles. A través de los vidrios y de la tenue neblina del río, en la tarde gris, difusamente se alcanzaban a ver las siluetas de algunos edificios y hasta dos o tres de las cúpulas de cobre, verdes por la pátina de los años y del clima húmedo, tan características de Filadelfia.

Después de los primeros minutos, en que cambiamos unos cuantos cumplidos por el mutuo encuentro y vagos informes sobre nuestras actividades presentes, los silencios comenzaron a alargarse mientras saboreábamos la ginebra de nuestros vasos.

Mirando la luz de la tarde, que moría lentamente como ocurre en esas latitudes, los anuncios de colores que empezaban a encenderse y los focos que no eran sino bolas amarillentas en medio de la niebla cada vez más densa que subía del río, yo aludí al sol del trópico que había alumbrado nuestras charlas anteriores y luego, por contraste, seguí hablando del cielo plomizo y el tiempo nublado y lluvioso, frío y gris, que nos saturaba de humedad y nos envolvía en penumbra. Stevenson, callado, bebía lentamente, y yo dije algo así como: “hace mucho que ni siquiera veo mi sombra”, y añadí: “estoy como si hubiera perdido mi sombra, como Peter Schlehmil...”

Cuando dije eso, recuerdo que Stevenson, que me oía un poco distraídamente mirando hacia el brumoso horizonte, volvió el rostro y contemplándome mientras apoyaba su vaso en la mesa, me preguntó: “¿Quién es Peter Schlehmil?”.

Entonces yo le relaté la historia que escribió Adalbert von Chamisso: de cómo allá por el 1800 y en una pequeña ciudad de Alemania, acaso capital de uno de los minúsculos principados o ducados que la integraban en aquella época, en medio de una fiesta burguesa en el parque de una distinguida mansión, un caballero entrado en años, excesivamente delgado, que vestía un levitón francés de paño gris, empezó a sacar de sus bolsillos las cosas más inesperadas e imposibles: desde un trozo de tafetán hasta caballos vivos, ensillados, piafantes y listos para ser montados, con lo cual el sencillo Peter Schlehmil que estaba a su lado quedó hecho un bobo y casi enajenado, y natural resultó que cuando ese

diablo flaco de levita gris le propuso comprarle su sombra, el humilde y servicial Peter accedió, y no fue sino después y demasiado tarde que logró percatarse del trato tan malo que había hecho y comenzó a sufrir las consecuencias de su infeliz codicia.

Hablé mucho, ayudado por buenos tarros que fueron alinéandose al borde de la mesa; hablé durante la comida, tomada allí mismo: uno de esos succulentos “charcoal steaks” que son idóneos para compensar un tiempo como el que reinaba allá afuera. Hablé largamente porque Stevenson me pedía detalles que yo podía satisfacer unas veces sí y otras no; parece que le interesó particularmente la operación, que me hizo repetir con cuanto detalle recordaba, de desprender la sombra tendida sobre la hierba, enrollarla y guardarla en la prodigiosa faltriquera del gran levitón que llevaba el diablo y, luego, yo me extendí en ciertas explicaciones porque quise demostrar a Stevenson que en la obra de von Chamisso yo creía percibir tres partes distintas que corresponderían a otras tantas fuentes y motivaciones. Pero la verdad es que el viejo capitán no se interesaba por tales disquisiciones críticas; desde el fin de la comida no volvió a preguntarme nada; sin más que alguno que otro monosílabo bebió una última ginebra, envuelto en el humo que llenaba el local y que él seguía aumentando con la espiral constante y suave que salía de su pipa corta y negruzca. Cuando se aperció de la hora pareció dudar entre referirme algo o marcharnos enseguida; hicimos esto último, pero al bajar

la pequeña escalera me pidió, con seriedad e insistencia, volver a reunirnos allí el día siguiente.

Así lo hicimos. Desafiando un tiempo horrible, húmedo, con fuerte ventisca y una temperatura que, todo junto, era anuncio indudable de una espesa nevada, llegué al bar que parecía una vieja hostería inglesa o escandinava, como de seguro lo eran sus dueños y también mi amigo, pues cuando él entró, casi detrás de mí, pude oír que la gruesa y rubia cajera le saludó amablemente llamándole Stefensen.

Como quiera que fuese —Stevenson o Stefensen—, después de devorar el magnífico “charcoal steak”, pedimos vasos de aquella seca y fuerte ginebra con soda y yo traté de reanudar la conversación de la víspera preguntándole qué le había parecido la historia de Peter Schlehnil, pero el viejo capitán alzó un poco su mano derecha para callarme y con su voz sorda y haciendo frecuentes pausas me dijo:

—El relato que usted me contó me interesó tanto que casi me hizo pasar la noche en vela. Por eso le voy a referir a usted —ahora el turno de hablar es mío— un suceso que no he leído ni nadie sabe, sino que me ocurrió a mí mismo, pero hace tantos años que ya me parece como si lo hubiera oído contar, aunque estoy seguro de haberlo visto. Hizo una pausa, tomó un trago y luego continuó:

—Apenas estaba yo aprendiendo mi oficio, navegando en un barco velero, no tenía entonces ni veinte años de edad. Claro que ya entonces había barcos de vapor, pero pocos y sólo en las grandes líneas, para los pasajeros que iban a los puertos principales: la carga era

llevada comúnmente por barcos de vela, que eran muy buenos, sobre todo para aprender bien a ser marinero de veras. Bueno; en esa ocasión llevábamos el derrotero muy al norte porque dejamos carga en Islandia y luego deberíamos llegar al Canadá para bajar después por la costa hasta Charleston. Yo estaba muy contento y curioso porque ése iba a ser mi primer viaje a América; no sabía ni qué imaginar del Nuevo Mundo. Pero de repente las cosas comenzaron a caminar mal: calmas, vientos que obligan a desandar o cambiar la ruta, nieblas persistentes que hacen peligrosa la navegación, etc., etc.; llegó un momento en que el capitán no estaba seguro del rumbo y esperaba con ansia poder fijar su posición, pero el sol era invisible. Súbitamente, entre la niebla, percibimos unas islas en medio de las cuales navegamos; una muy grande estaba frente a nosotros. El capitán buscó donde fondear y por fin encontramos un buen puerto, aunque pequeño; bajamos a tierra, era casi una aldea de pescadores, cerca de la cual, tierra adentro, había una población de cierta importancia; estuvimos allí cuatro o cinco días. Nada de eso tiene interés, pero la víspera de partir encontramos a un viejo marino conocido de mi capitán; no recuerdo si el viejo era noruego o islandés ni supe por qué se había quedado a vivir en la isla; mi capitán lo invitó a beber un trago en el barco y, yo presente, le oí contar esto, que es lo que quiero repetir a usted:

Aquellas islas, que son cuatro o cinco, de las cuales sólo dos grandes, quedan en una zona que por causa de vientos y corrientes marinas está perpetuamente envuelta en niebla; por eso los barcos no se acercan ni las

tocan, excepto unos cuantos barquitos que hacían travesía a Islandia de cuando en cuando, según oí decir. No recuerdo el nombre que sus habitantes dan a las islas; las llamaremos por el nombre con que las designan los pocos marinos que las conocen o hablan de ellas; son las Islas Mistrocks.

La gente que las puebla es poca, pero vive bien; lo único muy deprimente es lo gris y oscuro del paisaje, si paisaje se puede llamar a lo que se ve hasta un cuarto de milla en los días más claros y a andar casi a tanteos entre la neblina la mayor parte del tiempo. Naturalmente, en la neblina y en la luz difusa que es allí el día, nadie proyecta sombra; en las Islas Mistrocks puede decirse que nadie tiene sombra. Pero alguna vez, quién sabe cuál sería la primera, en alguno de los barcos que hacen el comercio de las Islas, solía llegar un raro individuo que vendía sombras.

—¡Eh!... ¿Que vendía sombras?

Aunque desde que empezó su narración yo estaba preparado para oír cosas extrañas, al saber que alguien, un forastero, solía arribar a las Islas Mistrocks llevando sombras consigo, un tumulto de ideas se me vino a la cabeza; al momento comprendí que no debía interrumpir a mi amigo, recordé que cuando él rompía con su habitual sistema de conversar con monosílabos y medias frases y se decidía a hablar largo, no le gustaba que le cortaran ese hilo que desenrollaba lentamente y debía oírsele hasta el fin; pero la verdad es que no pude reprimir la reacción de sorpresa que aquello me produjo. Pedí excusas a Stevenson rogándole continuara su relato; la arruga del entrecejo se le había ahonda-

do y hubo un minuto largo en que él luchaba entre el disgusto por la interrupción y su propósito de contarme aquello, y yo me reprochaba silenciosamente mi estúpida conducta y moría de ansiedad temiendo que Stevenson se negara a continuar. Por fin, con evidente esfuerzo que se traducía en brucas chupadas a su pipa, Stevenson prosiguió, diciendo:

—Mi capitán preguntó a su amigo, el marinero aquél, cómo podía ser eso de traer sombras, por qué decía que era un tipo raro, cómo era y otras cuestiones semejantes, que alarmaban y aturdían al pobre viejo, quien de seguro no se había planteado a sí mismo tantos problemas; trató de explicarse: él nunca había visto el momento de aquellas extrañas compraventas, no sabía cómo traía ni cómo entregaba las sombras que vendía; en realidad tampoco había visto al vendedor de sombras, pues parece que éste se recataba mucho, pero sí le constaba que en los últimos ocho o diez años (que eran los que él tenía viviendo allí), aquel individuo había estado por lo menos un par de veces en la isla mayor, porque además de los vagos rumores que habían corrido en cada una de tales ocasiones, poco después él, personalmente, había podido comprobar que andaban con su sombra personas que antes no la tenían; él había tratado de averiguar algo, mas parece que los tratos para la adquisición de una sombra eran siempre bastante reservados pero y, sobre todo, las escasas personas que habían comprado y usaban una sombra, pertenecían todas ellas a una esfera superior a la del viejo marinero y por lo tanto inaccesibles para él, más aún si se consideraba su condición de extranjero, de

modo que lógicamente su posición era muy poco favorable para averiguar detalles de negocios que se consideraban asuntos íntimos y muy personales.

—Tanto el capitán como el segundo de a bordo, el piloto y yo —siguió Stevenson—, que éramos los que escuchábamos el cuento aquél, cuando el viejo lo terminó estábamos todos llenos de curiosidad, que en mi caso se mezclaba con el asombro, en otros con la duda y en alguno tal vez con el deseo de desmentir y poner en evidencia al narrador. Como éste lo advirtiera, hizo una proposición: quedaban aún como unas dos horas de luz diurna, difusa en la perenne niebla, pero no hacía frío y había gente en las calles; nos dijo que fuéramos a la ciudad y, fijándonos bien, veríamos cómo algunas personas tenían sombra aunque la mayor parte carecía de ella. Así lo hicimos inmediatamente; bajamos a tierra y emprendimos apresuradamente una excursión a la ciudad, tratando de no perder un minuto. Cuando llegamos a las calles céntricas adoptamos la actitud de pasear, lenta y despreocupadamente, lo cual además, convenía a nuestra calidad de visitantes, cosa que estaba a la vista por nuestros trajes de marineros diferentes a los usuales allí. Recorriamos despacio los sitios principales; los escasos transeúntes surgían y se diluían en la niebla gris, no proyectaban sombra. ¡Cómo iban a proyectarla en aquel ambiente de luz blanquecina, difusa, que tenuemente venía de todos lados! Naturalmente, tampoco nosotros dábamos sombra. De repente, advertí que el viejo marinero, que iba delante de mí acompañando al capitán, daba a éste un leve codazo; todos nos percatamos inmediatamente del avi-

so y miramos siguiendo la dirección que discretamente apuntó el marinero; en ese momento cruzaba la calle, desde la acera de nuestro lado a la de enfrente, un hombre joven bien trajeado, que llevaba una cartera o algo así en la mano; en verdad no lo podría describir porque a lo único que prestamos atención fue a su sombra, una sombra oscura, bien perceptible y alargada (pues ya era el atardecer), que lo seguía por el adoquinado y luego se mantuvo junto al elegante señor mientras éste aguardó por unos instantes a que le abrieran la puerta de una casa en la que desapareció. Ciertamente era una sombra normal y ordinaria, como la de cualquiera persona, lo único extraordinario era que estuviese allí, en aquel ambiente de niebla donde nadie podía tener sombra. Todavía alcanzamos a percibir dos sombras más, aunque no pasaron tan cerca ni fueron tan visibles como la primera: una de ellas la llevaba una dama a quien apenas pudimos ver fugazmente al voltear una esquina; otra acompañaba a un grueso caballero, desafortunadamente, cuando íbamos a cruzar la calle para ver de cerca su sombra, hubimos de detenernos para dejar el paso a un carromato y, cuando proseguimos, ya el gordo señor empujaba la puerta de un comercio, pero pudimos ver su sombra que le seguía unida a sus pies como debe ser.

Cuando Stevenson terminó su relato me di cuenta de que mi atención había sido tan grande que había dejado apagar mi pipa. Aquellas vagas ideas que se agolparon en mi mente, al saber del vendedor de sombras, continuaban dándome vueltas y yo no podía encontrar la punta del ovillo, pero me obsedía la necesidad de

hallar el nexo entre la historia de Peter Sin Sombra, que escribió von Chamisso y lo que acababa de oír sobre las Islas Mistrocks por boca de Stevenson. En cuanto a éste, no sé qué decir... él estaba silencioso, fumando y mirando la noche brumosa a través de la vidriera, con el ceño tan hundido como debe haber mirado otras noches brumosas desde el puente de mando de su barco; pero seguramente también pensaba en ese misterio del que había incidental y fugazmente participado, o acaso simplemente seguía repasando los recuerdos de su vida de marino que yo ignoraba. Ninguno de los dos podía conversar ya; cambiábamos cabos de frases en medio de prolongados silencios. Por fin nos levantamos, yo le di mi dirección a Stevenson y él me dijo en dónde estaba atracado su barco; quedamos en buscarnos uno de los más próximos días, en cuanto nuestras ocupaciones nos dejaron una tarde libre.

Pasaron ocho o diez días; una leve enfermedad y diversos asuntos me impidieron ir a los muelles; por su parte, Stevenson no procuró verme o no pudo hacerlo. Cuando fui a buscar su barco, ya no estaba allí; preguntando a estibadores y empleados logré saber que había zarpado tres días antes.

IV

No he vuelto a ver a Stevenson. Como dije, han pasado tantos años que estoy seguro de no volver a verle más.

Ahora que me decidí a escribir todo esto me puse a revolver papeles viejos y, como lo esperaba, encontré

un pequeño cuaderno con un resumen y diversas notas de aquellos relatos, apuntes que yo había hecho precisamente durante la enfermedad que me impidió procurar volver a ver a Stevenson. De esas notas extraigo las reflexiones que voy a transcribir, tal como las anoté entonces, divididas en párrafos concisos y sin el desenvolvimiento que habrían menester; he querido dejarlos así, como epílogo, casi colofón, y con ellas poner punto final a este manojito de recuerdos.

1. La adquisición de una sombra (la de Peter Schlehmil, en la historia de A. von Chamisso) y la venta de algunas sombras (en el relato del viejo marinero transmitido por Stevenson), sin duda están ligadas por un mismo nexo aunque aparezcan distantes en el espacio (Alemania y las Islas Mistrocks) y un poco en el tiempo (no puedo precisar, pero considerando que lo segundo aconteció siendo Stevenson casi adolescente, cabría suponer que si lo de Peter fue hacia la primera década del siglo XIX y unos cincuenta años después las ventas de sombras eran ya tradición en las Mistrocks, las primeras de esas ventas pudieron coincidir con aquella adquisición que, además, no sería la única).

2. La causa que movió al diablo para quitarle su sombra a Peter Schlehmil, fue el apoderarse de su alma; eso es propio de los actos diabólicos y, además, lo confirma textualmente el libro; el medio de que se valió el diablo fue la codicia y la ambición.

3. Respecto a los habitantes de las Islas Mistrocks la situación no es tan clara: en efecto, no sabemos, ni Stevenson lo supo, qué daban o con qué compraban esas sombras, pero no sería por dinero, pues el diablo

no lo necesita; él es su amo y señor, y la prueba es que él dio a Peter una bolsa inagotable. Entonces, los habitantes de las Mistrocks comprarían sombras a cambio de sus almas (claro que no por escrituras ni letras de cambio, eso sería rebajar al diablo al nivel de un notario o, más aún, al de un banquero). La cuestión debe de haber sido así: en un lugar donde todos carecían de sombra, tenerla era distinguirse de los demás; por otra parte llevar una sombra era tan excepcional como arrastrar la cola de un manto (que no cualquiera viste) o, más aún, ser acompañado de una especie de guardia que a veces irá detrás como un lacayo y a veces delante como un heraldo, y de todas maneras subraya y hace más notable la presencia de la persona; es decir, el diablo se apoderaba de las almas de algunos isleños dándoles sombras y sembrando así en ellos la codicia, la ambición y la soberbia.

4. ¿Por qué buscaba el diablo almas en las Islas Mistrocks? Desde luego las busca en todas partes, pero lo de las Mistrocks me lo explicaría así: en aquel tiempo, la vida en esos islotes no sería fácil, y quienes lograban una posición sobresaliente serían gente de recia voluntad y firme ambición; de seguro muchos de ellos acabarían por emigrar, y en aquella época se emigraba al Nuevo Mundo, no muy distante y que durante años estuvo recibiendo, en los Estados Unidos, gran número de inmigrantes nórdicos.

El diablo sabía muy bien que algunos de esos futuros emigrantes de las Mistrocks triunfarían en su nueva tierra, y por eso le era tan urgente emponzoñarlos con la codicia, la ambición y la soberbia y todo su cortejo

de pasiones negativas subordinadas. El diablo necesitaba hombres previamente envenenados para que fuesen sus financieros y negociantes, que hacen perdurar su reino en este mundo.

ET IN TERRA PAX

A pesar de que ocurrió esta breve conversación durante una plática privada no creo que sea impertinente divulgarla, pues su contenido es una aspiración universal y, por desgracia, todavía actual.

Había terminado, poco tiempo antes, la segunda guerra mundial y ya se hablaba, como se sigue haciendo, de la inminencia de una tercera conflagración. Yo estaba, por entonces encargado de la gerencia de la Orquesta Sinfónica de México, A.C. y por motivos profesionales me visitó el maestro Imre Hartman, gran cellista que desde hace años alcanzó justa celebridad formando parte del Cuarteto Lener así como por sus actuaciones individuales, siempre magníficas.

Entre la plática del negocio se desarrolló otra más particular y, en ella, el maestro Hartman me refirió las dificultades con que tropezaban para hacer llegar cierta ayuda a algunos parientes cercanos que aun tenía en su patria; pero más dolorosamente preocupado estaba por esos rumores internacionales que insistían en una próxima guerra, fatal y espantosa.

El ilustre músico estaba nervioso y deprimido. En frases breves, como pequeñas explosiones de una ten-

sión ya incontenible, me hablaba de lo que había sufrido por la agitación de los tiempos y sucesos en que le había tocado vivir: Fuí soldado y sufrí peleando en la guerra europea del 14 —me dijo—; luego, peor, pasé por los días del comunismo de Bela Kun... después, la reacción del terror blanco, que fue tan cruel como el rojo... ¡qué días horribles!... hace poco, ya ve usted, esta segunda guerra que acaba de pasar, y aunque ya estaba yo aquí en México, he sufrido por lo que han tenido que pasar mis familiares allá en Europa... y ahora... ¡se habla de una tercera guerra!. ¡ya no puedo, no!

Yo tuve la inoportuna debilidad de querer remontarme a un plano teórico e impersonal, haciendo algunas consideraciones acerca de que este siglo, probablemente, será visto en el futuro como uno de los más importantes de la historia humana por su carácter de época crucial, por las hondísimas transformaciones sociales, científicas, artísticas, ocurridas en nuestro tiempo, por la intensidad de las agitaciones que lo han conmovido, etcétera, etcétera.

El maestro Hartman, sin cambiar su aspecto de gran fatiga, pero con violencia, exasperado, me interrumpió: Pero, ¡no! A mí no me importa ni deseo vivir una época *tan histórica*. ¡Yo lo que quiero es paz!

Aquella exclamación del maestro Hartman, en esa conversación probablemente de él mismo olvidada, es la de todos, es la ansiosa imprecación de grandes y humildes, de nombres ilustres y pueblo anónimo: ¡paz!

Como voto unánime debe resonar el cántico de los ángeles en la noche de Belén: ...*et in terra pax hominibus bonae voluntatis... et in terra pax... ¡pax!*

EL «PROTECTOR DE MEXICO»

LA sorpresa me asaltó en el primer minuto, cuando no tenía de la ciudad de San Francisco más idea que la visión confusa de lo entrevisto, al correr del taxi, desde el lejano aeropuerto hasta que el coche se detuvo. La sorpresa me asaltó al ver en un sobrio letrero, casi junto a la puerta del hotel, un nombre para mí totalmente extraño seguido de dos títulos, el segundo de ellos: “Protector de México”, ¿A quién se refería?, ¿de qué se trataba? Las letras negras en fondo blanco solamente decían, en inglés, “Norton I Emperador de los Estados Unidos y Protector de México”.

En plena “fiebre del oro”, cuando los hombres más diversos invadían la región; cuando los rostros distintos, procedentes de todos los lugares del mundo, aparecían y desaparecían; cuando los marinos abandonaban sus barcos y corrían a las montañas, cuando los soldados desertaban y los hombres abandonaban los hogares recién construidos, cuando todos se iban a buscar el oro en las arenas de los ríos y en las vetas de las rocas... y algunos lo encontraban y regresaban a gastarlo en juergas inacabables o procuraban multiplicarlo en negocios fantásticos, que a veces lograban realizar. Al San Francisco hirviente de vida y de pasiones, en el que

ondeaba la bandera californiana del Oso Dorado, llegó en 1849 Joshua Norton, apenas con treinta años de edad pero ya con algunos miles de dólares ganados, según decía, traficando en Africa, en Sudamérica, quién sabe dónde y quién sabe cómo.

En cuatro o cinco años más hizo negocios fabulosos, pero ¿qué no era fabuloso en el San Francisco de esos días? Norton alardeaba mucho de que estaba formando un “imperio” mercantil y parece que socios y amigos comenzaban a llamarle “emperador” en las horas alegres, entre los comentarios de las altas y bajas del oro o de los encantos de Lola Montes cuando bailaba su “danza de la araña”

Una especulación fallida dejó a Norton en la pobreza, pero como esas cosas sucedían a tantos y tan frecuentemente, nadie paró en ello mientes y el traficante quebrado pudo haber caído en el más completo olvido, como otros muchos, en el torbellino de aventuras y fortunas de esa época.

Pero años después, en 1859, un señor muy serio, con un atuendo medio militar y un poco raro, entregó en la redacción del *San Francisco Bulletin* un escrito cuyo autor se proclamaba a sí mismo Emperador de los Estados Unidos y convocaba a representantes de toda la Unión para modificar las leyes, en beneficio del país; firmaba *Norton I.* Poco más tarde se declaró Protector de México, como un puro acto de gracia y generosidad, y ambos títulos figuraron siempre al pie de sus proclamas. Así empezó —dice Curt Gentry, en su sabroso libro guía de San Francisco— un reinado nunca oficialmente reconocido por el Estado de California, pero, cosa

más importante, aceptado por sus súbditos con ánimo de diversión y cordialmente.

De tanto en tanto el *Bulletin* insertaba en sus páginas proclamaciones y decretos de Norton. Algunas veces contenían ideas descabelladas, mas en ocasiones proponían cosas que la gente tomaba a broma, pero que cincuenta o sesenta años después han llegado a ser grandes realizaciones: así, todo el mundo vio cuando Norton propuso hacer un puente de Oakland a San Francisco y más risa causó el proyecto de conectar, de igual modo. San Francisco y Sausalito. Hoy día el Bay Bridge, mejor conocido por puente de Oakland (con sus dos tramos: de San Francisco a la Isla Yerbabuena y de ésta a Oakland) y el gigantesco puente de Golden Gate, son orgullo de la ciudad.

Otras ideas de Norton, menos ambiciosas, fueron muy bien acogidas, como mejorar los pavimentos y el alumbrado de gas de las calles. Seguramente una de sus mejores proclamaciones fue aquélla en la que declaró que la Navidad debe ser fiesta para todos los niños y ordenó que se pusiera un gran árbol de Navidad, con sus velas y adornos, en Union Square —esa plaza hoy sobrepoblada de palomas comelonas y confianzudas—: así se hizo, por cuenta de la ciudad, y desde entonces se sigue haciendo lo mismo todos los años.

Con muy buen humor la gente aceptaba y quería a su divertido Emperador: en muchos restaurants le servían gratis y él les dispensaba su patrocinio; iba a Sacramento a presentar mociones y proyectos ante la Legislatura del Estado y el ferrocarril Sud Pacífico le regalaba el pasaje hasta con derecho al carro-comedor; en los estre-

nos teatrales los empresarios solían enviarle tres localidades de palco, que ocupaban Norton y sus dos amigos inseparables: Bummer y Lazarus, dos perros callejeros que él había rescatado del maltrato y del hambre y que lograron tanta popularidad como su dueño; cuando el Emperador y sus amigos aparecían en el palco el público se ponía de pie y los aplaudía. *Norton the First* saludaba con gran dignidad y los tres ocupaban sus sitios, los acompañantes sin duda dormían durante el espectáculo pero naturalmente nadie les tomaba eso a mal.

Puesto que los ciudadanos aceptaban tal imperio era lógico que las autoridades hicieran lo mismo. (Es claro que la lógica política cambia con las latitudes, porque aquí... pero eso es otra cosa.) En efecto, muchas veces Norton, ataviado con sus grandes charreteras, su sombrero emplumado y su gran sable, pasó revista a la guarnición del fuerte de Presidio. También tomaba parte en reuniones políticas, y se cuenta que alguna vez disolvió un mitin feminista diciendo que las mujeres debían irse a limpiar sus casas y cuidar sus niños y dejar a los hombres hacer las leyes; en otra ocasión apaciguó un violento mitin anti-racista, cuando los “pogroms” contra los chinos eran frecuentes y terribles.

Un día el *Bulletin* se burló del raído traje de Norton, aludiendo a que el mal estado del trasero de sus pantalones implicaba un grave riesgo para el imperio. Norton se enojó —tenía el genio vivo y la reacción pronta—: desde luego transfirió a otro periódico, el *San*

Francisco Examiner, el derecho a publicar las proclamas imperiales y, además, declaró que el *Bulletin* hacía causa común con los traidores que atacaban “nuestro Imperio de los Estados Unidos y Protectorado de México” por lo cual “nosotros, Norton I por la gracia de Dios”, le imponía una multa de dos mil dólares que sería aplicada a favor del “real guardarropa”. Los demás periódicos corearon y prosiguieron la guasa y acabaron por aprovecharla para decir que los funcionarios de la ciudad tenían la culpa de aquello; entonces el Alcalde, con lo que aquí denominaríamos el Ayuntamiento, hizo una pequeña colecta y declaró que el Emperador Norton recibiría cada año la suma de treinta dólares para nuevos uniformes “como regalo de sus súbditos, el agradecido pueblo de San Francisco”.

Todo eso solamente fue posible en una ciudad como aquélla, con tal sentido del humor y de la broma, probablemente por su alegría, su vitalidad y su riqueza de aquellos años.

Norton murió repentinamente, se desplomó en la calle California, en el corazón de su ciudad, en el invierno de 1880. Su entierro fue el más grande y concurrido que allá se había visto. Bien puede decirse que San Francisco no ha olvidado a su Emperador, pues cuando en 1934 se cambió el viejo cementerio, el Alcalde de la ciudad tributó un homenaje a su memoria, la tropa hizo tres salvas en su honor y se puso en la tumba nueva lápida con esta inscripción: Norton I Emperor of the United States and Protector of Mexico. *Joshua A. Norton 1819-1880.*

Muchos escritores, algunos tan ilustres como Robert Louis Stevenson y Mark Twain trataron en diversas ocasiones de aquel curioso personaje. En San Francisco todavía su recuerdo se hace con sonrisas que demuestran diversión y simpatía.

Espero que con iguales sentimientos hayan leído mis amigos este relato al que no quiero poner punto final sin dejar planteadas algunas cuestiones, por si hubiere alguien que las resuelva: ¿por qué el título de *Protector of México*?, ¿habría estado Norton aquí en México en los años de su aventurera juventud?, ¿habrá cartas o referencias suyas en algunos de nuestros archivos? Digo esto porque el Emperador Norton solía escribir al Presidente Lincoln, a la Reina Victoria, al Zar de Rusia, ¿por qué no habría escrito alguna vez a Juárez o a Lerdo de Tejada? Lincoln le contestaba siempre siguiéndole la corriente; Juárez no habría hecho otro tanto, él tomaba muy en serio a los emperadores y mucho más a sí mismo, pero creo que don Sebastián sí tendría humor para contestar al Protector de México. Pero yo sé muy poco de nuestra historia del siglo pasado, de modo que habré de quedarme con mis preguntas si no es que alguno de mis amigos historiadores me da más informes acerca de aquel pintoresco personaje que, entre todos los “protectores” y “amigos” que dizque han querido ayudar a México (desde los que invocaban las bulas alejandrinas hasta los que enarbolan la alianza para el progreso), creo que del único de quien no tenemos “nada que sentir” es de *Norton the First*, quien tras de su aire de dignidad

pomposa y su carácter fácilmente irritable, parece haber sido un hombre generoso, noble, imaginativo y, gran cualidad, amigo de los perros.

EN UNA FECHA MEMORABLE

Los remolinos que súbitamente llenaban el aire de polvo y de basuras hacían rechinar las puertas y golpear las ventanas mal cerradas, también súbitamente desaparecían y volvía el silencio pesado y opresivo, como fundido por el sol que llenaba las calles, reverberando en las paredes y en las piedras. Así, también, llegaban y desaparecían, invisibles pero vivas, ondas de sobresalto y ansiedad, en medio de largas pausas en que el miedo se extendía y entraba por las rendijas, paralizando a los vecinos tenazmente encerrados en sus casas.

Era un día como nunca, sin antecedentes ni memoria en la vida del pueblo y todo allí andaba desconcertado y anormal.

La víspera había sido de agitación y barullo. Por todas partes soldados, oficiales que daban órdenes a gritos o que pasaban galopando, como fulgores de rojo y de azul, de espadas centelleantes y charreteras doradas, entre el polvo y el olor a caballos; hasta cañones había, que rodaban desigualmente en los pésimos empedrados de las calles. Y en el interior de las casas, el desorden: porque aquella inesperada concentración de tropas acabó con todos los comestibles de la plaza, con el pan de todas las panaderías y hasta con el agua pota-

ble que los aguadores traían en burros, cada uno cargado con cuatro cántaros, colorados y rezumantes. Al clarear el alba, más gritos, clarines, tambores, y los soldados se fueron por el rumbo de Celaya, pero luego se supo que no habían pasado de Arroyofeo, donde tomaron posiciones de combate.

Ansiosa curiosidad y toda suerte de emociones llenaban el pueblo cuando se comenzaron a oír, roncós y lejanos, los estampidos de los cañones y débilmente los disparos de la fusilería. Y otra vez ruidos de caballos y de carros, que traían heridos y más heridos, que pronto llenaron el hospital improvisado en los enormes claustros del convento de San Agustín.

En las calles solitarias el sol caía a plomo, cada vez más caliente y cegador. A través de las puertas y ventanas, cerradas con llaves y trancas, se escapaban sápidos olores de las cocinas en que se preparaba la comida de vigilia, porque ese día, el 10 de marzo de 1858, era miércoles de cuaresma y el calendario eclesiástico que regía la vida del pueblo prohibía comer carne. Superflua prohibición esa vez, porque la carne en venta se la habían acabado, desde la víspera, los chinacos del “ejército de la coalición”. Pero afortunadamente los vecinos habían podido conseguir bagres, carpas y ranas del pródigo río Lerma.

Bajo el sol de plomo de la cuaresma, grandes pausas de silencio, rotas bruscamente por galopes violentos o lentos trotes de cansadas cabalgaduras, espoleadas por jinetes llenos de polvo, de sudor, a veces de sangre. Por la Calle Real y por calles paralelas pasaban corriendo, de cuando en cuando, grupos de jinetes en huída,

perseguidos de cerca por otros, agresivos y feroces, con las lanzas tendidas o los sables remolineantes, a veces había insultos o gritos de heridos.

Por la estrecha puerta de una casa asomó un muchacho, más bien un hombre joven: tendría veinticinco años, flaco, de estatura mediana, con ropas modestas; se paró en la banqueta mirando a todos lados, no con temor sino más bien con mucha curiosidad, seguramente excitado por la tensión de aquel día extraordinario. Por la esquina pasaron unos pocos soldados y todo quedó en silencio. Acababa de sonar, en algunas torres, el toque ritual de las tres de la tarde y aún quedaban vibraciones de las campanadas en el aire denso.

En la esquina de la Calle Real, a media cuadra, apareció una mula con un trote disparejo, de cansancio e indecisión; dio vuelta, avanzó un poco y se quedó parada casi frente a la puerta donde el muchacho estaba mirándola; el animal se quedó allí, muy fatigado, perdido. Nadie había en toda la calle (sólo tras los vidrios de alguna ventana entreabierta alguien veía la escena y luego contó el suceso). El muchacho miraba la mula, que llevaba unas pequeñas cajas a cada lado del lomo, fuertemente sujetas a la recia cincha. Rápidamente el muchacho abrió de par en par su puerta, dio unos cuantos pasos, agarró a la mula por la cabezada y la jaló; la mula obedeció y entró en la casa, la puerta se cerró tras ella. Poco rato después el joven volvió a asomarse cautelosamente; la calle seguía desierta, abrió otra vez la puerta y sacó la bestia, le dio un golpe en las ancas y la mula echó a trotar rumbo a la esquina, con

agilidad, ya libre de la carga de aquellas pesadas cajas, apenas conservaba un sudadero mal sostenido por la cincha floja, dio vuelta hacia la plaza, sin duda seguiría a otro grupo de jinetes que pasó un rato después.

Si alguien comentó el suceso nadie le dio importancia. Sólo años más tarde, cuando aquel muchacho hizo mejoras en su tienda y en poco tiempo hizo de su comercio el principal o uno de los principales del pueblo, entonces corrieron rumores de que tales mejoras y aumentos no se debían a los ahorros del joven comerciante, ahora próspero, sino que las lenguas sueltas y ociosas dijeron que aquella mula era del “detall” de los chinacos, que aquellas cajas traían dinero, fondos para el pago de las tropas de Parrodi que fueron derrotadas por las de Osorio y las caballerías de Miramón.

Ni yo ni nadie sabe qué hubo en ello de cierto. Todo eso ocurrió hace más de un siglo. En todo caso, ¿hubo algo de malo? Muchos de los soldados de Parrodi quedaron muertos en los campos de Arroyofeo o enterrados en el cementerio de Salamanca, pero los liberales acabaron por ganar la guerra al cabo de tres años. La tienda prosperó y trabajando en ella el muchacho se hizo hombre, fundó un hogar y tuvo numerosa familia. Hoy todos están muertos también y la tienda cerró sus puertas hace años.

Yo sólo he querido, en estos trazos también fugaces, contar un pequeño suceso que dicen ocurrió en mi pueblo natal y en una fecha memorable: en Salamanca, el día que se libró la primera batalla de la guerra de Reforma.

En el que fue campo de batalla hoy se levantan fábricas y lo cruzan canales, y cuando muy de tarde en tarde pasan soldados ya no llevan lanzas ni sables ni uniformes vistosos, ya no hay mulas con cajitas muy pesadas que se puedan extraviar en una esquina... sólo el aire sigue siendo caliente, denso y luminoso a las tres de la tarde de un miércoles de cuaresma.

DE SALAMANCA

Salamanca es una de las ciudades que me fue más grato visitar en España. Por muchos motivos deseaba conocerla: por el alto renombre de su antigua Universidad, que tanto influyó en la formación cultural de los reinos españoles, así de aquel como de este lado del océano; por sus edificios, los mejores del fino y elegante estilo plateresco; por la memoria de los claros varones que allí vivieron y enseñaron, como fray Francisco de Vitoria y fray Luis de León, entre muchos; por tantas causas, entre las cuales no era la menor, para mí, el ser aquella noble y lejana Salamanca de España epónima del pueblo mexicano en que nací.

En España, como en otros países de Europa, al obtener alojamiento en cualquier hotel o pensión es preciso mostrar el pasaporte y depositarlo en la administración, hasta que la policía toma nota y hace el registro correspondiente. Así lo hicimos, mi mujer y yo, al llegar a Salamanca, una tarde del otoño pasado, y luego nos dirigimos a cenar en el restaurante del propio hotel. No habíamos acabado de hacerlo cuando se acercó a mí uno de los empleados. Llegó sonriendo y me dijo que al anotar los datos de mi pasaporte se percató, en primer lugar, que mi nombre era casi igual al suyo, pues se

llamaba José Rojas García, pero lo que le sorprendió muchísimo fue que yo, su homónimo, hubiera nacido en otra Salamanca, en el mexicano Estado de Guanajuato, cuya existencia ignoraba él, que era salmantino español; no pudo resistir el deseo de conocerme, por lo cual venía a devolverme personalmente los pasaportes y a contarme todo aquello. Era un muchacho simpático y cordial ese mi tocayo y “paisano”.

Hermosa y noble ciudad es la Salamanca del Tormes, con sus dos catedrales, la nueva y la vieja (ésta ya sin liturgia); sus palacios, tales el de los Condes de Monterrey, el de la Salina, la “Casa de las Conchas”; sus iglesias y claustros, desde los que ostentan las ampulósidades barrocas de los Churriguera, los platerescos, el gótico de San Esteban, hasta aquella iglesita de San Marcos, que fue de los Caballeros Templarios, de planta circular, donde la sola piedra, lisa y desnuda, es su esencia y su ornamentación; el puente romano con su toro antiquísimo, hoy medio roto; pero sobre todo, su Plaza Mayor, más hermosa que la de Madrid y que la parisina de los Vosgos y que cualquiera otra de sus similares, en cuanto a la unidad y armonía de su conjunto arquitectónico.

Entre todos aquellos muros y fachadas de piedras doradas (sin hipérbole ni metáfora), una de las más notables y finas es la portada, justamente célebre, de la prócer Universidad salmantina, en cuyo centro un medallón contiene los retratos de don Fernando y doña Isabel con una doble dedicatoria, en griego, de los Reyes a la Universidad y de la Universidad a los Reyes.

Todo el imafronte está preciosamente labrado y entre las mil figuras y símbolos que lo decoran hay una calavera con una pequeña rana encima. ¿Es un jeroglifo o un simple capricho del arquitecto o del tallista? Quién sabe, pero sobre esa figurilla se ha creado una curiosa leyenda.

La versión que me dio un estudiante salmantino, que nos sirvió de guía en la Casa de las Conchas, es la siguiente: un mal estudiante era y es llamado “un calavera”; en los viejos tiempos (como en verdad lo cuentan y repiten los cronistas), cuando un estudiante era reprobado en su examen, en vez de salir por la puerta principal lo hacía, vergonzosamente, por la llamada “puerta de los carros”, donde ya lo esperaban sus compañeros para arrojarle verduras podridas y otras porquerías; y si lograban atraparlo, pues naturalmente el “calavera” huía corriendo, lo llevaban a zambullirlo en la cercana orilla del Tormes, de donde el infeliz salía empapado, pataleando y saltando como una rana.

Ya los reprobados no pasan la puerta de los carros ni son arrojados al Tormes, pero la tradición hace que el estudiante, antes de presentarse ante su jurado, examinador, vaya a mirar la ranita que está posada en el cráneo de piedra, pues se supone que verla trae buena suerte y por muy “calavera” que se haya sido durante el año de estudios se podrá salir del ahogo del examen como lo hace la rana de las aguas del río.

Dicen que Unamuno, tantos años rector y profesor de Salamanca, al comentar la vieja tradición, decía que ella pudo tener origen en bromas estudiantiles pero que lo malo de creerla era que de toda aquella maravillosa fachada muchos veían solamente la rana.

En nuestros días la leyenda se ha extendido y van a buscar la ranita no solamente los estudiantes en apuros de examen sino, por ejemplo, parejas de enamorados anhelosos de que su amor sea feliz, y en general se considera que trae buena suerte ver aquella piedra que, por otra parte, no es fácil distinguir a primera ojeada entre la riquísima ornamentación que cubre la gran fachada plateresca.

Yo, salmantino de Salamanca de la Nueva España, que al visitar la Salamanca de la España vieja he mirado la ranita en la calavera, espero que me sea propicia y deseo que de ese feliz augurio participen mis amigos todos.

DE UNA CHARLA
CON
DON ALFONSO REYES

Una tarde, como otras, fui a visitar a don Alfonso Reyes. Luego de tratar aquello que iba yo a consultarle la conversación siguió rodando, guiada por la ágil y brillante charla de don Alfonso.

No sé ya cómo surgió el tema de Maximiliano y cambiamos algunas opiniones sobre el todavía discutido punto de quién inspiró la traición de Miguel López, que entregó Querétaro a las fuerzas liberales, haciendo de ese lugar la tumba de nuestro segundo Imperio.

En torno a eso recordé, y se lo conté a don Alfonso, que algunos días antes, atareado en arreglar un poco el permanente desorden de mis libros, tropecé con *El fuego* de D'Annunzio y tuve el antojo de releerlo.

Un pasaje de la novela, que había totalmente olvidado, me llamó la atención por la fugaz referencia a quien fue centro de uno de los momentos más complejos y dramáticos de nuestra historia.

Los personajes de la novela, Stelio y la Foscarina, recorren lugares próximos a Venecia, entre ellos la Villa de los Pissani, el guía les muestra las estancias y habla de los huéspedes ilustres que por allí pasaron: María Luisa de Parma, Napoleón y otros, y allí dice:

“—Ahora se pasa a la habitación de Maximiliano de Austria— continuó la voz tediosa...

“Atravesaron la estancia entre reflejos. El sol daba en un canapé carmesí, producía el iris en un esbelto lampadario con gotas de cristal, pendiente de la bóveda, encendía las aristas rosas perpendiculares en la pared.

“Stelio se detuvo en el umbral, volvióse atrás, evocó aquella sangre resplandeciente, la figura pensativa del joven Archiduque, de los ojos cerúleos, la hermosa flor de Hapsburgo, caída en tierra bárbara una mañana de estío...”

Al terminar mi breve relato hubo un silencio. Don Alfonso sonreía levemente y de pronto, con un chispazo en sus ojos tan vivos, exclamó:

—¡Eso viene de Carducci! Seguro que D’Annunzio lo tomó de Carducci, porque éste tiene un poema donde cuenta que los dioses indios esperan a Maximiliano para destruirlo y uno de ellos, probablemente Huitzilopochtli, dice este verso: *Io te voleva, fiore d’Asburgo*.

—No lo sabía, pero seguramente tiene usted razón—, le dije.

Esto acontecía una tarde de noviembre de 1955 (exactamente el día 10, según el apunte que hice pocos días después). Desde quince años antes, por mi frecuente trato con don Alfonso, yo tenía clara idea de los temas que simultánea y sucesivamente lo ocupaban y por eso, con curiosidad y admiración, le pregunté:

—Don Alfonso, ¿cuántos años hará que no ha releído usted a Carducci?

Y él, adivinando mi intención antes que yo la expresara, y riendo francamente, dijo:

—¿Qué culpa tengo yo de tener una memoria de colodión, que lo que miro se me queda grabado?

Más tarde comprobé lo que, por otra parte, ya sabía de seguro: que, como siempre, Reyes estaba en lo seguro. El texto original de D'Annunzio dice: "...il bel fiore d'Asburgo caduto su la terra barbarica in un mattino d'estate." Y en las *Odi Barbare* de Carducci, en el poema *Miramar*, el feroz dios azteca Huitzilopochtli, para vengarse de su lejana derrota por los súbditos de Carlos V, hace su víctima al nieto, lo llama y lo condena:

Quant'è che aspetto!...
vieni, devota vittima, o nepote
di Carlo quinto.

Io te voleva, io colgo te, rinato
fiore d'Asburgo;
. . . . o puro, o forte, o bello
Massimiliano.

"Memoria de colodión" decía con sorna don Alfonso. Memoria privilegiada, ciertamente. Pero es bien sabido que en el funcionamiento de la capacidad retentiva entra, en gran parte, la atención. Reyes leía con máxima atención aunque con rapidez extraordinaria: hojeando un libro recién llegado, pasaba las páginas de modo que parecía no haber podido leer sino algunas cuantas y salteadas líneas pero de repente, levantando la vista, hacía algún comentario que demostraba lo mucho que se había enterado del contenido, en aquellos minutos que uno creería apenas bastantes para un menos que superficial ojeo. Yo fui testigo de ello varias

veces, y acaso en alguna ocasión habrá oportunidad de recordarlo.

El concentrar poderosamente la atención, la indudable buena memoria, el poder de rápida asimilación —como si la captación intelectual la hiciera por todos los poros de la piel—, todo ello es parte de la clave que puede explicar la extraordinaria riqueza de temas, puntos y materias que fluían constantemente de la pluma, y de los labios, de Alfonso Reyes.

Pero no se trata, ahora, de formular juicios sobre su obra y su manera creadora. Mi propósito ha sido, solamente, compartir con los amigos, que verán estas líneas, el recuerdo de una tarde de charla con don Alfonso, en el ambiente de esa “Capilla Alfonsina” que fue no diré que su biblioteca ni su estudio, sino su taller y su casa.

II N'AVAIT LA BARBE COMME ÇA

Durante su temporada de 1946 la Orquesta Sinfónica de México, A. C., invitó al ilustre compositor francés Darius Milhaud, quien vino y dirigió cuatro o cinco de sus propias obras en un par de conciertos. Yo tuve la ocasión de conocerle y tratarle porque, en ese tiempo, era yo gerente de aquella Orquesta, que fundó y dirigió el Maestro Carlos Chávez.

Milhaud y su esposa se alojaron en un hotel del Paseo de la Reforma, hoy ahogado entre otros edificios de mayor altura, pero que hace veinte años tenía, en la azotea, una agradable terraza desde donde podía contemplarse parte de la ciudad, por encima de los grandes fresnos que bordean el Paseo; hacia el poniente, cerraba la perspectiva el Castillo de Chapultepec.

Una tarde, mirando todo eso, yo resumía en unas cuantas frases la historia del Castillo; así recayó la conversación en el Emperador Maximiliano, que hizo de Chapultepec su residencia y ordenó al ingeniero Bolland trazar el Paseo, que quiso se llamara de la Emperatriz.

Milhaud, recostado en una larga silla y con sus pobres pies enfermos reposando en otra, miraba y escuchaba. Luego, dejando a un lado su vaso de naranjada, incorporando un poco su pesado corpachón y sonrien-

do con los labios y con los ojos, asociando sus recuerdos a mis anteriores palabras, me contó esta breve anécdota.

Algunos años antes (creo que fue en 1930) estrenó, en París, su ópera: *Maximilien*. Una noche, al terminar la función, estando Milhaud en su camerino del teatro, entre las personas que entraban a felicitarle o a hablar con él se presentó un caballero, ya muy anciano, que visiblemente vinculaba su aspecto a épocas ya históricas, llevando en su ajado rostro un bigote de púas horizontales y un hilillo de barba que le partía el mentón, como fue moda en la época de Napoleón III.

El viejecito dijo a Milhaud que había visto la ópera y que, al terminar, había juzgado necesario hablar dos palabras con el autor, disculpándose por la molestia que le causaba.

—Es un honor para mí. ¿En qué puedo servirle? Tengo mucho gusto en escucharle— respondió Milhaud, con su cordialidad habitual y su cortesía, acaso refinada por el trato diplomático, cultivado cuando fue secretario, con Paul Claudel, en la representación de Francia en Río de Janeiro. —¿Le gustó a usted la ópera?

—Sí, sí. . . —respondió, evasivamente, el anciano. —Pero, sabe usted. . ., yo quería hacer una observación. ¿Sabe usted?, yo conocí muy bien todo aquello. Yo estuve allá. Fui oficial del *Corps Expeditionnaire du Mexique* y conocí personalmente a muchos personajes del Imperio y. . . yo quería decir a usted que. . . *que le Général Miramon, il n'avait la barbe comme ça!*

Darius Milhaud reía con su franca y alegre risa de meridional. No le había molestado que el viejo militar hiciera caso omiso de la música ni de la obra toda, y

que pareciera haberse fijado, solamente, en aquel detalle de la equivocada caracterización de un actor. Reía porque el incidente le parecía divertido, un tanto cómico.

Así era. Pero podríamos cambiar de punto de vista.

El anciano militar, muy anciano, seguramente más que octogenario, había acudido al Teatro de la Opera atraído por el título de la obra que, para él, era la síntesis de un vasto y vital acervo de recuerdos: ¡Maximiliano! Ese nombre... era aquella larga y penosa guerra en un país lejano y exótico, y era él un oficial del ejército francés, en plena juventud; era la evocación de aquella lucha donde cayeron no pocos compañeros y amigos, donde él vio tantas cosas y tantas personas que nunca, antes, pudo imaginar; aquella fue, en fin una etapa, acaso la más intensa, de su propia vida que los años, ¡tantos años!, conservaban intacta: paisajes, pueblos, combates, desfiles, noches de vivac, noches de fiesta y uniformes de gala. . . tantos, tantos recuerdos, algunos borrosos, otros brillantados en incidentes y detalles.

Por eso, cuando en el gran escenario de la Opera vio aparecer las figuras del segundo Imperio Mexicano, se desentendió de la acción, basada en el libreto de Werfel, y de la música creada por Milhaud. De la escena sólo le importaban algunos fragmentos y detalles que eran como puntos de apoyo, como llamadas para revivir los recuerdos del drama auténtico que él había presenciado de cerca, más de sesenta años antes. Y cuando uno de los actores, el que representaba al general Miguel Miramón apareció, la forma y el tamaño de sus barbas chocaron profundamente al apasionado espectador, por-

que desajustaban el recuerdo nítido y vivo que él tenía del general mexicano; le molestó íntimamente aquel lamentable error, le indignó que no se hubiera puesto cuidado en caracterizar, adecuada y fielmente, a tan histórico personaje y juzgó que era su deber tomarse las molestias —no despreciables a su edad—, de retrasar su salida del teatro. buscando los camerinos y encontrar al autor (que, por otra parte, nada tenía que ver con cuestioncillas de utilería y maquillaje) y hacerle ver, con el peso de su declaración de testigo —sin duda único entre los cientos de espectadores—, que la verdad histórica había sido alterada.

Y el anciano militar, ya tranquilizada su conciencia y apaciguada su indignación, se iría por las calles de París rumbo a su casa. Y esa noche, más que otras, desvelaríase con sus recuerdos y volvería a revivir aquellos años del *Corps Expeditionnaire du Mexique*, los campos y las ciudades de México, las gentes amigas y enemigas, las aventuras juveniles y guerreras, los compañeros y los jefes, franceses y mexicanos. . . y en su recuerdo aparecería, una y otra vez, el personaje principal del espectáculo que provocara sus evocaciones: la figura alta, erguida, el rostro aureolado por la gran barba y los finos cabellos rubios, el emperador que cayó una mañana, abatido por balas que fueron impulsadas más por la política que por la justicia, hace cien años.

México, 1967.

II

OTRAS ANÉCDOTAS Y SUCEDIDOS

UNA LEVE DIFERENCIA DE FORMA

Müllerried en el cañón de Tomellín

Fue en 1939, apenas unas pocas semanas antes de que estallara la segunda guerra mundial, cuando se reunió en México el Congreso de Americanistas; yo asistí a él inscrito en la sección de historia, por la buena voluntad de cordiales amigos empeñados en hacerme figurar como historiador por el estudio sobre nuestro teatro del siglo XVI que había publicado hacía cuatro años.

De ese Congreso guardo varios jugosos recuerdos pero ahora voy a limitarme a un suceso curioso que me tocó presenciar.

En ese mismo tiempo estaban aún frescos los éxitos obtenidos por Alfonso Caso en sus trabajos arqueológicos en Monte Albán; así el Congreso tuvo especial importancia y brilló en las muy concurridas secciones de arqueología y antropología y, por lo mismo, el propio Caso arregló una visita a Oaxaca, inmediatamente después de la clausura del Congreso.

Al regreso de ese viaje salimos por la mañana de Oaxaca, en el carro especial unido al tren ordinario que entonces todavía era de vía angosta, caminaba con gran lentitud y se caracterizaba, sobre todo, por la extremada irregularidad de su horario, pues las descomposturas de la vía o del equipo eran constantes.

Salimos de Oaxaca, como antes dije, por la mañana, con la tibieza propia de un espléndido día de agosto, pero horas más tarde el calor empezó a arreciar a medida que bajábamos del tibio valle de Oaxaca. Cuando entramos al cañón de Tomellín, cuatro o cinco amigos, entre los que recuerdo a Salvador Toscano y Alfonso Ortega salimos del interior del carro a la plataforma de entrada tanto en busca de aire como para ver mejor el estupendo paisaje de esa región.

En el estrecho sitio utilizable estábamos conversando, admirando el río que corría abajo, al fondo del precipicio, por un lado y el murallón inmenso de rocas que al otro lado, apenas dejaba libre el espacio indispensable para los rieles, cuando súbitamente el tren se detuvo: no había ahí estación ni motivo aparente de parada y lógicamente era de suponer que el tren reanudaría la marcha de un momento a otro. Pero tan inesperado y violento como el cesar de la marcha fue abrirse la puerta del carro y salir por ella, atropellándonos para abrirse paso, un señor que no conocíamos que, apenas murmurando una palabra de excusa, se lanzó por la escalerilla del carro, quedando con la nariz pegada a las rocas y con igual rapidez empuñó un martillo y la emprendió a golpes contra las piedras.

La lentitud de esta narración no puede dar idea de la verdad del hecho; todo ocurrió en un instante: el tren se para, la puerta se abre y el desconocido señor nos empuja, se arroja casi del tren y se desata martilleando un gigantesco muro de rocas. Todos nos quedamos mirándolo con un asombro enorme, apenas comenzábamos a mirarnos unos a otros como para interrogar-

nos mutuamente en busca de una explicación, pero antes de que pudiéramos pronunciar una palabra, el señor aquel recogió los fragmentos de la roca golpeada y subió los tres escalones con un aire de calma e indiferencia como si viniera de un grato paseo.

En ese momento el tren arrancó, tan sin aviso previo como fue su parada, que había durado muy escasos minutos.

El señor del martillo se quedó un momento en la plataforma donde nos apretujábamos; ya iba a penetrar al carro cuando lo detuvimos y con suave cortesía y mayor cautela (pues como luego nos confesamos todos pensamos en un caso de locura repentina y agresiva que, para nuestra fortuna se había desahogado dando martillazos a las piedras y no a nosotros), empezamos a hacerle amables preguntas.

Averiguamos que aquel extraño personaje se llamaba Federico Müllerried, era de profesión geólogo; que desde largo rato había venido observando por la ventanilla las rocas del grandioso tajo en ese cañón de Tomellín, que las tales rocas eran ejemplar espléndido por su remota antigüedad y su contextura, rocas arqueozoicas dijo él y, naturalmente, “se le hacía agua la boca” por obtener un trozo para analizarlas. Como el tren iba despacio las podía ver con gran precisión y como lentamente pasaban a un metro de su nariz y se iban quedando definitivamente atrás su deseo de poseerlas fue creciendo hasta el paroxismo, entonces se detuvo el tren y el excitado geólogo, sin preguntar nada y a riesgo de que el tren lo dejara allí, entre las rocas deseadas y el despeñadero hacia el río, sin

decir nada ni saber nada, se lanzó a conquistar el objeto de su pasión ¡a martillazos!

Como se ve, el hecho en el fondo es vulgar y cotidiano; es lo mismo que el suceso ordinario, tan conocido y visto por todos, de alguien que, deseando con vehemencia una mujer largamente soñada pero inaccesible, de repente la tiene a su alcance y, sin ver ni preguntar nada (y nadie se extraña de ello), se lanza a conquistarla con un precioso ramo de flores. La única diferencia es que aquí, en nuestro caso, el señor empuñaba un martillo, con lo cual el procedimiento de conquista se volvía un poco más rudo. Pero, en fin, eso no era más que un detalle de forma.

México, 9 de diciembre de 1939.

DE PAVOS REALES

El día 16 o 17 de agosto, que salió Margarita rumbo a Oaxaca, la acompañé al aeropuerto. A las 6 de la mañana, cuando ya nos habíamos despedido y salía ella para tomar el avión yo me quedé en la pequeña terraza o explanada para visitantes. El tiempo estaba limpio, el cielo purísimo en el amanecer luminoso y el aire tan limpio (había llovido algo la noche anterior) que los volcanes parecían tan próximos como el Peñón Viejo. En ese momento, ante mí cruzaron, apenas separados por la baranda, no menos de diez o doce pavos reales, una manada que no sé si acababa de bajar de un avión o iba a subir en otro. El hecho me sorprendió mucho pues no cabe duda que es insólito tropezar en un aeropuerto con una manada de pavos reales. (Recordé cuando al regresar de Puerto Vallarta a Guadalajara, en septiembre de 1952, desde Mascota o Talpa, no recuerdo bien, a Guadalajara, volamos en compañía de más de 50 gallos de pelea que iban en sus jaulas haciendo alboroto, en la parte trasera del avión.)

Hace unos diez días referí a mamá el encuentro con los pavos reales y comentamos la notoria rareza o escasez de pavos; ya no se ven en parte alguna y yo recuerdo que todavía hace 30 o 40 años era frecuente que los hubiera en muchas casas, y en casi todas las salas solían

ponerse, en altos floreros, manojos de plumas de cola de pavo real, así como hoy se ponen yerbas secas, ramas y otros materiales decorativos.

Sería cuestión de averiguar a qué se debe la casi extinción de pavos reales en las casas mexicanas.

Siguiendo el mismo tema, recordaba mamá que en su infancia (es decir a fines del siglo pasado) y seguramente desde antes (y luego hasta que toda aquella casa empezó a decaer y acabarse), siempre había una pareja de pavos reales aunque nunca se lograron crías. Pero lo más curioso y digno de recordarse es que existía la creencia de que los pavos machos eran tan fatuos y vanidosos y tan susceptibles en el orgullo de su belleza que se aseguraba que si se veían a sí mismos feos, cuando perdían su plumaje, se sentían humillados y morían de tristeza. Y por eso cada año, cuando llegaba la época de que pelecharan o cambiaran su plumaje, inmediatamente mi abuela ordenaba que se les pusiera en las patas unos moños de listones rojos, para que viéndose adornados con vivos colores no entristecieran. Y así andaban los pavos una temporada, por toda la casa, con sus moños colorados en las feas extremidades, hasta que tenían plumaje nuevo y podían volver a contemplar el iridiscente abanico de su espléndida cola.

10. de octubre de 1957.

DOS ANÉCDOTAS DE CASTILLO NÁJERA

Gilberto Owen me refirió una anécdota del doctor Castillo Nájera, la que a su vez a él se la había referido el doctor Santos, eminente diplomático y político colombiano.

Cierta vez, allá por 193. . . , en uno de los repetidos incidentes que han ocasionado situaciones diplomáticas tirantes y hasta violentas entre Colombia y Perú, como amigable componedor intervino México. Después de las habituales instancias y notas, las relaciones entre aquellos países volvieron a la normalidad mas para ello fue menester la firma de un documento en que se concertaba el arreglo y se especificaba la forma de liquidar los que habían sido motivos de la ruptura. A la firma de tal acuerdo asistió el doctor Castillo Nájera en representación de México; en la solemne ceremonia firmó el representante peruano, firmó el doctor Santos por Colombia, creo que también lo hizo Castillo Nájera por la participación de México en el arreglo y al terminar de estampar las firmas, Castillo Nájera finalizó la ceremonia diciendo a los delegados de Colombia y Perú: “Bueno, y ahora, como dicen en mi tierra: le cae muy negra al primero que se raje”.

Platicando con don Alfonso Reyes le conté lo anterior, de lo que rio grandemente y en seguida me refirió esta otra anécdota:

En el gobierno de Lázaro Cárdenas, como delegado de México a la Conferencia de Buenos Aires fue designado don Francisco Castillo Nájera, quien se presentó con su aire feroz debido, en gran parte, al grisáceo mechón caído sobre la frente y las acentuadas comisuras de la boca por los labios siempre contraídos sujetando la boquilla con el eterno cigarrillo, además de sus bastas facciones de norteño.

Al iniciarse la Conferencia en los corrillos de murmuraciones de diplomáticos, alguno de aquellos relamidos, acicalados y condecorados señores se expresó molesto y un tanto alarmado de que México hubiese enviado tal Embajador con facha de terrorista, pero otro colega lo tranquilizó diciendo: “Oh, no se alarme usted; el embajador Castillo Nájera es en realidad persona muy tratable, lo que ocurre es que él se despeina así por instrucciones de su Gobierno”.

México, marzo de 1959.

LECTURA E IMAGINACIÓN

A don Luis González Obregón oí contar varias veces (y creo que antes lo había relatado y ha de estar por allí en algunas de sus páginas) que allá en los años de su juventud, sería por 1885 o 90, los vendedores de libros viejos solían colocar sus puestos en la acera frente al Seminario, al costado oriente de la Catedral. Acudían allí los compradores de toda índole y había entre ellos, entonces como ahora y siempre, bibliómanos de los más variados tipos, y uno de los más excéntricos —que no es poco decir tratándose de semejante fauna— era un viejo señor que cada ocho días compraba, exclusivamente obras truncas casi elegidas al azar y se marchaba con su pequeño montón de novelas a las que faltaban el primer volumen o el último, y don Luis pudo averiguar que ese rarísimo proceder se debía a que aquel encarnizado lector encontraba así un especial deleite, pues luego de devorar el comienzo entretenía sus ocios, que deben haber sido muchos y largos, en imaginar el final desconocido del libro, o bien leía el último tomo para imaginar el comienzo de la novela. Era pues, un caso especial de lector imaginativo que gustaba de usar la obra ajena como un trampolín para lanzarse, audaz y gozoso, a nadar en las aguas de su propia creación imaginativa.

Si algún ejemplo concreto hay de esos escritores que no escriben a los que alguna vez aludió Remy de Gourmont, era sin duda aquel viejecito.

Y si hubiera escrito lo que imaginaba, qué curioso e interesante resultaría el cotejar sus ficciones con las de los propios autores a quienes de tal manera completaba las novelas que le servían de base o arranque para su personal ficción.

El sistema, por absurdo que a primera vista parezca, sería interesante aplicarlo si tuviéramos los largos ocios de que aquel novelista frustrado disponía, y aun podría recomendarse, en medida prudente y con el rigor de una bien llevada disciplina, a los estudiosos de letras y a los autores deseosos de ejercitarse en la composición literaria, pues, por ejemplo, leído el comienzo de un relato hasta donde quedan presentados los personajes y planteado el conflicto, buen ejercicio sería el de resolverlo en función de los caracteres o de la situación dada o, al contrario, conocido el desenlace y final de una trama, construir los personajes en su fase inicial y el nudo que provocó aquel final.

Ejercicios semejantes he visto hacer en una buena cátedra de composición teatral en una Universidad de Pennsylvania —en corta escala, como lo permitía el tiempo adecuado del curso—, y el procedimiento era magnífico para enseñar a los alumnos a plantear y resolver situaciones y a seguir rigurosamente el desenvolvimiento, “el crecimiento” dice algún tratadista de dramaturgia, de los personajes contruidos, bien contruidos.

Otra moderna aplicación de tal sistema es ya frecuente encontrarla en algunos cuentos y novelas del género policial, en los cuales, llegado a cierto punto el relato, el autor lo interrumpe, resume los elementos fundamentales de problemas y pide al lector que lo resuelva por sí mismo; estimulando así el juego de que el lector se sienta él mismo el detective que resuelve el caso. Por lo común, y previendo que muchos lectores no tendrán la curiosidad o la habilidad para proseguir el juego, líneas adelante el autor prosigue su tarea y desentraña el problema en cuestión; pero, de todos modos, allí quedó ofrecida al lector la posibilidad de colaborar con el autor; en el mismo sentido, en el fondo, que por su propia iniciativa lo hacía aquel imaginativo lector que cada ocho días compraba su lote de novelas trucas que era como adquirir las provisiones que durante una semana iban a servir para alimentar su hambrienta o sedienta imaginación, que era seguramente, una parte importantísima de sí mismo.

Por mi parte, yo que soy un más que mediano devorador de libros y que tengo tan limitada capacidad imaginativa, confieso que siento gran envidia y no poca tristeza por no poder hacer lo que el viejo que conoció don Luis González Obregón. Quién pudiera, como él no preocuparse de leer de cabo a cabo tantos libros que leo muchas veces por necesidades más o menos urgentes de mis trabajos, sino comprar un buen lote de tomos dispersos y cada día o cada noche, en la paz y sosiego de una ciudad tranquila, leer una ración de páginas y luego echar a andar las ruedecillas interiores que, como silenciosas y eficaces rucas, fuesen hilando

los hilos de colores de muchas vidas, las madejas de muchas situaciones, en un suave gozo de pequeña y sosegada creación.

México, 25 de septiembre de 1961.

UN PASAPORTE NANSEN

El caso debe haber ocurrido hacia 1948 aproximadamente. Fue así:

Un norteamericano, digamos Mr. Smith, estaba en el restaurante de un céntrico hotel de Cuernavaca. En otra mesa había cuatro o cinco norteamericanos, residentes en la misma ciudad, todos ellos periodistas o escritores que habían salido de Estados Unidos huyendo del macarthismo. En otra mesa un matrimonio de gringos turistas.

Entró una pareja de norteamericanos negros, ocuparon otra mesa e inmediatamente la pareja de gringos blancos turistas dijeron a los negros que se salieran; como los negros no hicieron caso, el gringo se levantó y con visible ira fue a exigir del gerente del restaurante que expulsara de ahí a los negros.

El gerente se negó, el gringo se irritó más y el gerente acabó por decirle secamente que en México no existe discriminación, que los negros tenían derecho a ser atendidos en ese restaurante y que si ellos, la pareja de turistas, no querían estar en el mismo local que los negros, podían salirse de allí.

Los escritores que estaban en la otra mesa, al darse cuenta de lo que ocurría, y mientras la pareja de turistas recogía furiosa sus sombreros y lo que llevaban y

salían dando un portazo, los escritores norteamericanos desde su mesa gritaron dos o tres veces: “Viva México”, “Down the United States”, “Viva México”.

Sin duda el turista gringo, que salió lívido de ira, hizo averiguación de quiénes eran los que estaban en el restaurante, pues días más tarde Mr. Smith fue llamado a la oficina de su Embajada donde le notificaron que su pasaporte había sido cancelado, y aunque él aseguró que no había gritado ni dicho nada, sino que sólo fue testigo de aquella escena, la Embajada dijo tener órdenes y lo dejó sin pasaporte.

Entonces Mr. Smith recurrió a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Refirió el caso a don Lorenzo Hernández y éste le consiguió una audiencia con el ministro don Jaime Torres Bodet.

El Secretario de Relaciones indicó el procedimiento para poder ayudarlo: hizo que Mr. Smith solicitara por escrito de la Embajada de Estados Unidos la reposición de su pasaporte como ciudadano de aquel país, la Embajada contestó negándose porque, según ella, Mr. Smith había perdido su ciudadanía por haber insultado a los Estados Unidos. Ya con esa respuesta por escrito, que fue presentada a la Secretaría de Relaciones, ésta resolvió que se trataba de un individuo que había quedado apátrida y que era el caso de expedirle, como en efecto se hizo, un pasaporte Nansen.

4 de mayo de 1966.

RECUERDO DE GARIBAY

El jueves pasado, 19 de octubre de 1967, murió el Padre Garibay (Don Angel Ma. Garibay K.).

Hace ya tiempo que no lo veía; desde antes de que su enfermedad final lo recluyera en su casa. Yo lo traté realmente poco, nos encontrábamos unas cuantas veces al año, pero durante veinte años.

Porque hace treinta años, o poco menos, que lo conocí. De tal ocasión guardo un clarísimo recuerdo por la gran impresión que me hizo. En realidad, yo recuerdo y recordaré siempre al Padre Garibay por aquella primera reunión y plática.

Debe de haber sido en 1939, pero puedo acercarme con seguridad a la fecha consultando las de dos de sus primeras publicaciones, editadas "bajo el signo de Ábside". Me refiero a su traducción de la *Orestiada* y a la de poemas líricos aztecas.

La aparición de ambas traducciones nos produjo, a muchos, más que admiración. Nos dejó boquiabiertos, estupefactos. ¡Un señor que traduce, y en magnífico lenguaje, a Esquilo y que también conoce y traduce poemas del náhuatl, hasta entonces desconocidos, es, sin duda, algo admirable, excepcional!

¿Cuánto tiempo hacía que, en México, no se daba un humanista así? Probablemente había que remontarse

muy atrás, a los humanistas del XVII o a los del XVI más bien, y acaso ni en esos siglos se encontraría su igual.

Y como los humanistas de nuestro siglo XVI, como Sahagún, como Alonso de la Veracruz, éste de nuestros días era un clérigo y vivía en un pueblo, no lejano, pero sí aislado: Garibay era, entonces, cura párroco de Otumba.

Un día, en la reunión del mate, el Padre Gabriel Méndez Plancarte propuso ir a visitar a Garibay; él debe haberle escrito previamente o algo así. El hecho es que, fijada la fecha, quedamos de acuerdo en ir a Otumba los dos Padres Méndez Plancarte (Gabriel y Alfonso), Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo y yo.

Entonces no había carretera a Otumba, ni autobuses para más allá de Teotihuacán, y éstos malísimos. Había que ir en tren, en el Ferrocarril Mexicano, el de Veracruz, que salía de Buenavista a las siete de la mañana, y podíamos regresar en el tren contrario y llegar aquí doce horas después.

Así lo hicimos. Como yo nunca he acostumbrado levantarme temprano, llegué el último a Buenavista y sin desayunar. Breves se me hicieron las dos horas que empleaba el tren en llegar a Otumba. El hecho es que a las nueve de la mañana, más o menos, llegamos y, sin interrumpir la conversación nos encaminamos, a pie, de la estación al curato.

Yo había ido acumulando jugos gástricos en el viaje y tenía una hambre feroz, apenas psicológicamente apaciguada con la idea de que la invitación del señor cura Garibay incluyera, para mí, no sólo el almuerzo sino desde el desayuno.

Llegamos al curato, acudió un sirviente a la puerta y nos informó que el señor cura estaba ausente: había ido a decir misa a un lugarejo cercano y todavía no regresaba. Mis esperanzas de desayunar se esfumaron, pero en verdad tampoco era como para sentirlo mucho. ¡La compañía de los amigos y la conversación eran tan gratas. . .!

El curato de Otumba ocupaba el edificio que fue convento franciscano, fundado en el siglo XVI. Como todos los edificios similares tiene al frente, junto a la iglesia, un portal de varios arcos a la entrada y luego los claustros bajo y alto, que han sufrido modificaciones; pero en el portal antedicho, la “portería” como se llamaba cuando era convento, están intactos, desde el siglo XVI sus bien proporcionados arcos de medio punto sobre las sencillas columnas cilíndricas, todo ello característico de los conventos de la primera hora de la evangelización.

Allí, en ese portal, nos pusimos a caminar de un lado a otro, los cinco amigos viajeros. Todavía me parece escuchar la voz serena y pareja de Gabriel Méndez Plancarte, anotando guturalmente las erres, como también lo hacía Antonio Gómez Robledo (por su hablar nervioso y rápido); el hablar entrecortado de Alfonso Méndez Plancarte y las ocasionales intervenciones de la voz grave y lenta de Yáñez “el silencioso” como lo llamó el Padre Gabriel.

Lo grato de la compañía y de la charla apaciguaba pero no calmaba mi estómago en ayunas, y yo, sin perder ni dejar de participar en la gratísima plática, miraba y remiraba hacia la polvorienta y desierta plaza

del pueblo, frente a nosotros, esperando la llegada del señor Garibay.

Muchas veces recorrimos, con lento paso y rápidas frases, la portería del exconvento. Cuando menos lo esperábamos, la puerta que da al interior del claustro se abrió y apareció en ella una figura que a mí me sorprendió mucho: allí estaba un individuo extraño y con visibles atavíos de montar: polainas de cuero que le ceñían la parte baja del pantalón, una especie de cazadora totalmente abotonada, al cuello un pañuelo de seda probablemente anudado por delante pero que se perdía oculto por la gran barba negra que era lo más destacado en un rostro que aquella negra pelambre hacía pálido y semioculto por los gruesos anteojos y ese sombrero negro de anchas alas.

El personaje, para mí inesperado, quedó un instante en el vano del zaguán, mirándonos, seguramente para saber a quiénes conocía y a quiénes no, en nuestro grupo.

En ese instante yo pensé: ¡Don Segundo Sombra!, y estuve a punto de decirlo en voz alta, pero lo impidió la suave exclamación del Padre Gabriel: —¡Ya llegó el señor cura Garibay! Y todos nos acercamos, se hicieron las presentaciones de los que no lo conocíamos y luego pasamos al interior de la casa.

Para mi fortuna, nuestro huésped me invitó a desayunar. Mientras yo lo hacía él cambió su indumentaria ecuestre por una sotana muy usada y cubrió su cabeza con una cachucha gris.

Así, de sotana y cachucha, pasamos a su despacho o estudio y empezó la ronda del mate, que estuvimos

bebiendo toda la mañana, mientras la conversación rodaba y saltaba, siempre interesante y gratísima.

Yo estaba realmente deslumbrado, ¡aquél hombre lo sabía todo! Con su voz un poco grave, de habla un poco lenta y clara dicción, seguramente por la larga práctica de hacerse oír y entender de las masas en la predicación sagrada; con su extraño aspecto: la austera sotana gastada de cura pobre, empuñando la bombilla del mate al nivel de las largas, pobladas, negrísimas barbas; los ojos oscuros, vivísimos, brillando tras de las redondas gafas de aro de carey y patillas de oro; y por encima la incongruente cachucha gris, formaba un conjunto extraño, disparatado, y atractivo; sobre todo por la palabra que, entre sorbo y sorbo de mate, salía de la pelambre negra, fluía inagotable llevando la atención y pensamiento por todos los rumbos de las ideas y de las cosas.

Al cabo de casi treinta años me es absolutamente imposible recordar las muchas cosas interesantes que se dijeron en aquella extraordinaria mañana.

Pero sí recuerdo un momento de ella. Seguramente tratábamos de las recientes traducciones publicadas por Garibay que tanto y tan justamente nos habían admirado: tragedias griegas y poemas aztecas. Averiguamos que el Padre Garibay leía y traducía creo que diez o doce idiomas (acaso más) entre lenguas vivas y muertas. Y entonces yo me atreví a preguntar:

—Perdone, Padre, pero ¿cómo hace usted para mantenerse “en línea”, es decir en práctica de tantos idiomas? Porque, claro que es admirable haberlos aprendido, pero más me intriga cómo hace para no olvidarlos:

pues sé que usted ni da clase ni tiene con quién hablarlos, pues está totalmente dedicado a su ministerio en este pueblo y tiene que atender a los otros más pequeños de alrededor. ¿Cómo hace para no olvidar tantas cosas?

—Es muy fácil —contestó con gran sencillez el Padre Garibay—. Mire —siguió, mostrándome una libreta de pastas de cartón que le servía de agenda para ciertas cosas. —Mire, aquí tengo apuntado; por ejemplo: “Abril: alemán; mayo: francés... etc”. Y todo ese mes, una hora al día leo o releo obras en el idioma que toca según el mes; autores clásicos y no clásicos, y pongo aquí en mi escritorio esos libros y el diccionario y la gramática de esa lengua, para consultarlos si tropiezo en la lectura. Así es como “no me empolvo”.

Hacia el medio día Garibay nos llevó a visitar a unos parientes del Padre Gonzalo Carrasco, S. J., fallecido años antes y que fue, como se sabe, pintor antes de entrar en la Compañía y en ella a veces volvió a pintar, tanto obras de caballete como murales en la Sagrada Familia de México, y otras de Puebla y otros lugares. En la casa que visitamos conservaban dibujos, bocetos y algún óleo del padre Carrasco; todo lo cual nos permitieron ver.

Comimos una sabrosa y sencilla comida casera mexicana. Fuimos y charlamos otro rato y luego, ya camino de la estación, Garibay nos llevó a una pequeña loma donde, según nos dijo, fue la célebre batalla de Otumba, en el primer año de la Conquista.

A media tarde tomamos el tren de regreso y al anoche-
cer llegamos a la estación de Buenavista.
Así conocí al Padre Garibay.

México, octubre-diciembre de 1967.

PEDRO GARFIAS

El 9 de agosto de 1967 murió, en Monterrey, Pedro Garfias.

Lo conocí en Guanajuato. En los dos años que viví allá (1953-1954) charlé con él mucho, tardes largas y noches enteras. En esa época todavía Pedro andaba recorriendo el país, dando algunos recitales y vendiendo personalmente sus libros; de eso vivía y de la ayuda de generosos amigos. Llegaba Pedro a Guanajuato y lo alojaban, durante semanas y meses, Luis Rius y Horacio López Suárez, españoles ambos, exalumnos míos que luego me acompañaron, ya en calidad de profesores, a establecer la Escuela de Filosofía y Letras en la Universidad de Guanajuato.

Allí, en las casas de esos jóvenes colegas y amigos —en Pocitos 77 y luego en la calle de Alonso—, traté a Pedro Garfias, amén de las tantas y tantas veces en el café de Salvador Lanuza, o en el Carmelo, o en el de Valadés, o en la propia Universidad.

Pedro Garfias era esencialmente un hombre bueno, leal y cordial; yo sentí hacia él un aprecio franco desde que empecé a tratarlo, creo que a él le ocurrió lo mismo conmigo y muy pronto nos tratamos con verdadera amistad. Cuando supo que yo había nacido en Salamanca, de Guanajuato, me dijo “ah, entonces somos

paisanos”; muchas veces, siguiendo esa pequeña y amistosa broma me decía “somos paisanos”; porque él había nacido en Salamanca, la del Tormes, aunque se crió y formó en Andalucía y era, en realidad, completamente andaluz.

Tan andaluz que, con frecuencia, en nuestras largas pláticas, los mexicanos teníamos, a veces, no poca dificultad en entenderle bien. Cierta noche en que me explicaba muchas cosas acerca del cante jondo y del cante flamenco, me decía: “Pero ya mucho de lo ritmo má auténtico ejtán perdío, o appena quedan en alguno lugare aijlado... por ejemplo, el ‘martinete’ y la ‘debra’...” Yo nunca había oído ese nombre y le interrumpí:

—¿Cómo dijo, Pedro, la debra?

—No, la debra —me contestó.

—Por eso —repetí—, ¿la debra?

—¡No! Debra, con ele.

Así pues “la debra” era “debla”.

Lo curioso era que, cuando Pedro Garfias recitaba versos, suyos o ajenos, su dicción era perfecta —claro que con la pronunciación castellana de la zeta y de la ce—, y nunca incurría en las aspiraciones, supresiones y alteraciones fonéticas andaluzas tan inevitables y constantes en su charla ordinaria.

En alguna de las ocasiones en que estaba en Guanaajuato, Luis y Horacio me dijeron que don Pedro estaba ya sin un solo centavo y que si yo no podría encontrar alguna manera de proporcionarle cualquier ingreso a su exhausto peculio, por ejemplo pagarle una conferencia o algo así. Discurrimos que diera cuatro o cinco pláticas sobre el modernismo en Hispanoamérica y en

España, tema que Garfias conocía muy bien y que podría, en cada una de ellas citar poemas de los poetas tratados, pues sabía muchos y todavía entonces conservaba su gran memoria. Yo traté el asunto con el licenciado Antonio Torres Gómez, rector de la Universidad, quien aceptó el proyecto. Pero el trámite burocrático, siempre lento, demoraba la aprobación de los modestos honorarios y yo no quería que las pláticas se anunciaran hasta que estuviera arreglado el pago de las mismas. Cierta día me refirió Luis Rius que la noche anterior le había preguntado don Pedro, como él le llamaba siempre, qué sucedía con lo de sus conferencias. Luis le dijo, como era verdad, que precisamente esa tarde yo le había informado que el asunto estaba casi resuelto y que en la semana próxima podría comenzar las pláticas o conferencias. Pero esa noche el pobre de Pedro Garfias, en los humos del alcohol ya no oía la explicación de Luis, y al oír mi nombre proseguía inquiriendo: —Pero ¿qué pasa con el lijenciao Rojas? ¿es que el lijenciao Rojas no me quiere?

No, Pedro. Yo le quise y le estimé y le sigo queriendo en el recuerdo.

Por aquellos días (1953-1954) solíamos reunirnos, diariamente, en el café y farmacia de Salvador Lanuza, un grupo de amigos: Armando Olivares, entonces Juez de Distrito; don José Guadalupe Herrera, dueño de la librería “El Gallo Pitagórico”; Eugenio Trueba, abogado y más tarde rector de la Universidad y algunos más; allí solía llegar a veces Pedro Garfias. En una de esas ocasiones la charla se deslizó hacia la novela policial o policiaca y don Lupe Herrera, uno de cuyos

temas recurrentes era el de las técnicas literarias, con su modo un tanto dómine exponía los que, a su juicio, eran los mejores ejemplos de novela policial. Estaba allí Pedro Garfias y, luego de oír varias opiniones, primero con mesura y luego con progresiva soltura hasta llegar a la brillantez fue precisando las condiciones y modalidades de la novela policial; naturalmente había objeciones y a veces transitorias polémicas (como es normal en pláticas de café). El tema no pudo ser agotado ese día, prosiguió en otras, digamos, sesiones. En algún momento, recordando el permanente estado de penuria en que vivía Pedro Garfias, Armando Olivares le dijo, pero don Pedro ¿y por qué no redacta usted todo esto que nos está diciendo? No menos de seis artículos daría lo que aquí ha expuesto, y yo estoy seguro que cualquier periódico se los pagaría a usted. Además, esos temas de técnica literaria nadie los sabe, añadió don Lupe Herrera, y deberían ser divulgados. Garfias callaba y luego, con displicencia, dijo: —Ya lo escribí y se publicó.

—¿Dónde?—preguntamos.—Hace muchos años—contestó—en una serie de artículos—y nos dijo el nombre—, que ahora no recuerdo, de un periódico madrileño de allá de mediados de los años veinte. Argüimos que eso equivalía a lo inédito, pues en México eran desconocidos esos artículos y sería imposible encontrar una colección de aquel periódico.

Pedro no se interesó por la cuestión, como siempre que de escribir y de hacer un esfuerzo permanente o continuado se trataba. La claridad y la coordinación de lo expuesto por Pedro Garfias eran muy superiores

a las ideas de los demás, lo que se explicaba por haber dedicado aquel estudio al tema, pero era notable lo recordase tan bien treinta años después y, además, había mostrado que sus lecturas, aunque desordenadas, lo mantenían actual pues opinaba sobre Simenon y otros autores de fecha reciente.

México, 26 y 27 de agosto de 1967.

OTELO

Advertencia.— Que el lector no prejuzgue. No se tratará, en estas páginas, que deseo sean breves, de un drama de celos, ni del estudio psicológico de un celoso, ni menos aún de un ensayo sobre la tragedia de Shakespeare. El personaje de este relato, no cuento, porque lo que se narra sucedió como lo digo, cualquiera que sea la posible o ninguna explicación, se llamó Oteló y ésta es la única coincidencia con el título y personaje de universal renombre.

Un día cualquiera, hace pocos años, concretamente en 1965, Florencia, la cocinera de los Casillas les platicó que en el barrio donde vivía estaba sucediendo algo extraño.

Florencia, pese a su nombre prócer, era una sirvienta ordinaria, es decir común y corriente, sin cultura ni conocimientos de nada que no fuera la experiencia de su dura vida y contaba los sucesos que veía o sabía de primera mano.

Y el suceso de que se trata era éste: allá en su barrio (oficialmente denominado con el pedante nombre de Colonia Guanajuato), que sería un centenar de casuchas, casi jacales, al otro lado del río, con paredes de adobe y entrecalles de polvo y lodo y una dizque placita, en verdad cien metros cuadrados de tierra suelta y briz-

na de yerba seca; allá en su barrio se comentaba, en esos días, que los niños que jugaban en ese prado baldío algunas tardes, ya muy al oscurecer veían acercarse y vagar por allí un perro grande y desconocido de todos, tan enorme y extraño que suspendían sus juegos y se iban, asustados, a sus casas y contaban lo que habían visto.

Por las señas, muy precisas, que daba Florencia era evidente que el perro en cuestión era un buen ejemplar de la raza San Bernardo, pero era igualmente evidente que un espléndido perro San Bernardo no existía en aquel barrio ni sus moradores habían conocido ninguno, porque creo que en toda Salamanca, en ese año de 1965 no había un perro así, aunque ciertamente años atrás hubo algunos (y yo conocí dos o tres), pero en casas de familias de cierta fortuna, en el centro de la población y jamás vagando por aquel nuevo barrio, formado con el súbito crecimiento de Salamanca y que hasta antes de 1950 habían sido terrenos de labor de dos ranchos: del Molinito al oriente y de Chávez o los Chávez al poniente, ambos en la ribera izquierda, o sur del río Lerma, frente a Salamanca que siempre ha ocupado la ribera derecha o norte del río.

Muchas ocasiones, a través de semanas y meses, Florencia volvía a contar que el perro “grandote, peludo y orejudo”, había sido visto, asustando a los niños sólo por su presencia pues nunca ladró ni atacó a nadie, simplemente se aparecía de súbito al caer la tarde, vagaba un poco por el terreno y se iba por cualquier calleja.

Tantas veces dijo la criada que el perro había vuelto, que las Casillas acabaron por recordar lo que de niñas

habían oído acerca del perro del licenciado don Jesús Puente.

Allá en el último cuarto del siglo pasado, el licenciado don Jesús Puente, persona de viejo abolengo salmantino y de importancia en la ciudad y en el Estado, era dueño del rancho del Molinito, que antes había sido propiedad del Convento de San Agustín, y una parte de sus terrenos, a mano derecha del camino de Salamanca al Valle de Santiago, lo reservó para cementerio particular, como hicieron varias familias a raíz de la secularización de los cementerios.

A fines del siglo el menor de sus hijos, Benjamín, empezó a agravarse de una enfermedad del corazón que padecía, y cuando en sus últimos días ya no podía dejar el lecho, su perro Otelo, un gran San Bernardo, lo acompañó día tras día echado cerca de la cama; cuando Benjamín murió, Otelo estuvo junto al ataúd y por la tarde, cuando lo llevaron a sepultar en el panteón familiar, en el Molinito, llamó a todos la atención que siguiendo inmediatamente a los portadores del ataúd (cuatro cargadores como era costumbre), iba el perro Otelo visiblemente triste.

El río se cruzaba, entonces, en canoa; había ya un puente pero era exclusivamente para el ferrocarril y está retirado de la ciudad; el puente para coches y peatones, llamado precisamente del Molinito es moderno, fue construido hacia 1936 durante la administración de Cárdenas.

Sepultaron a Benjamín Puente y volvieron los familiares a su casa (hoy Hotel del Bajío). Ya en la noche se percataron de que no estaba allí Otelo y supusieron,

con razón, que se había quedado en el Molinito, al otro lado del río. A esa hora no era posible hacer nada para traerlo.

Al día siguiente reapareció el perro; pero, al atardecer, volvió a seguir el camino del día anterior, más tarde regresó y luego, en los días siguientes, repetía su viaje: salía de la casa, llegaba a la orilla del río y saltaba a la canoa, estaba en el panteón largas horas y volvía al anochecer.

Esas idas y vueltas de Otelo las vio, muchas veces, mi tío Vicente Casillas, quien entonces tenía su despacho o negocio en un local de su propio domicilio, en la casa hoy número 107 de la calle de Tomasa Estévez, entonces llamada de Marte. La casa de la familia Puente, por lo tanto de Otelo, estaba en la cuadra siguiente de la misma calle; por eso el perro pasaba frente al despacho de mi tío en sus idas y vueltas.

El licenciado don Salvador Puente, hermano mayor de Benjamín, fue el primero en fijarse de lo que hacía Otelo; naturalmente le resultó conmovedor e inmediatamente habló con el hombre que manejaba la canoa, diciéndole que siempre que viera al perro en una u otra orilla lo pasara en la canoa y que él, Salvador, pagaría el costo del transporte, que por entonces serían como dos o cinco centavos por cada viaje.

Así pasó algún tiempo. Ahora es imposible saber cuánto. Pero de todo eso mi tío Vicente, con otras personas, estaban bien enteradas y lo comentaron muchas veces en sus casas.

La fecha de la muerte de Benjamín Puente no he tenido oportunidad de precisarla y ya todos sus hermanos

y muchos de sus sobrinos (algunos de ellos parientes lejanos míos) han desaparecido, pero aproximadamente debe de haber ocurrido en el año de 1900.

Pasaron más de sesenta años. Los ranchos del Molinito y de Chávez son “colonias” pobres de Salamanca. Del cementerio familiar de los Puente apenas quedan huellas: restos de muros que los pobladores del lugar no saben su origen ni objeto.

Y allí en ese lugar, los chiquillos han visto, de cuando en cuando, un gran perro desconocido que de repente aparece, al caer la tarde, vaga un poco y se va.

Todo eso ha sucedido. Absolutamente nada he inventado. He dado nombres exactos y fechas tan aproximadas como he podido. Nada supongo, ninguna explicación propongo. He narrado lo que he sabido.

31 de diciembre de 1972

CONFLICTOS DE TOPONIMIA

En la parte occidental del Bajío guanajuatense había un pueblo —hoy pequeña ciudad, no sé si para su bien o su desgracia—, denominado Apaseo, nombre con el que era bien conocido y que así lo registran documentos de mercedes de tierras y otros, por lo menos desde la segunda mitad del siglo XVI.

No muy lejos de allí, tampoco inmediato, digamos más bien próximo, había otro pueblo, muy chico, ignorado de todos —salvo, ¡claro! sus propios habitantes y vecinos más propincuos—. En la época a la que me refiero (más o menos en los años en que ya habían empezado a desgovernar el país los prohombres de la revolución), y a aquel pequeño pueblo le llamaban, también, Apaseo, añadiéndole “el alto”, no sólo para distinguirlo de otro, sino por estar situado en unas colinas que son el límite occidental del Bajío.

Ningún problema se había suscitado —¡y habían corrido alrededor de trescientos años de vecindad!— en torno a la coexistencia de esas dos pequeñas poblaciones. Pero lo aciago de este lamentable siglo XX parece que en todo ha trastrocado los usos y fundamentos del vivir tradicional.

Pues sucedió que, poco antes de mediar el siglo, la carretera denominada “central”, para comunicar la ciudad

capital de México y la fronteriza Ciudad Juárez, fue trazada de tal modo que, sin tocar propiamente ninguno de los dos pueblos, tan cerca pasaba que desde ella podían verse las torrecitas de las iglesias y hasta algunas casuchas de los alrededores de uno y otro, y en realidad más se acercaba al llamado Apaseo el alto que al otro, de modo que pronto hubo comunicación fácil y corta desde la importante carretera nacional hasta la plaza de dicho pueblo.

Con eso, Apaseo el alto empezó a crecer y, sobre todo, a ser conocido o al menos nombrado, ya no sólo regionalmente sino en ámbito más amplio que sus contornos abajeños. Además, por coincidencia o providencia, fue designado cura párroco de ese pueblo una persona de iniciativa, voluntad y coraje que decidió, proyectó y realizó la empresa de construir una nueva iglesia parroquial, con cierto aire renacentista y una pretenciosa y ostentosa cúpula neoclásica, visible y admirable desde la carretera, que fácilmente atraía la atención y la curiosidad del viajero.

Por todas esas circunstancias conjuntas, el pueblo de Apaseo el alto se iba sintiendo cada vez más importante, con un comercio y comunicaciones propias, por ello desligándose de su antigua cabecera municipal, que lo era el viejo pueblo de Apaseo, y, finalmente, empezó a germinarse un subversivo complejo de independencia municipal.

Comenzó a hablarse de eso en los corrillos habituales del pueblo y el asunto fue creciendo y conformándose, en un dos por tres, en mentes y bocas de los caciques y portavoces pueblerinos, con el apoyo— cosa no frecuen-

te— de todos los convecinos. Pronto llevaron el asunto al C. Gobernador del Estado quien los oyó, consideró el caso, encontró pertinente la solicitud y ningún argumento grave en contra de ella; luego llevaron la petición a la Cámara local y, en fin, corridos los trámites (de todo orden, inclusive los no muy legales pero muy habituales), fue declarada oficialmente la existencia de un nuevo Municipio, al que se denominó “Apaseo el Alto”.

Como se ve, el nombre no era nuevo. Por lo mismo, fuera de la Receptoría de Rentas Municipales del antiguo Apaseo, aquello no tenía por qué afectar a nadie. En cierto modo, era apenas una cuestión de gramática: un nombre propio, cuya segunda parte era más bien un adjetivo: “el alto”, que pasaba, en su primero y segundo término a ser un sustantivo compuesto de dos vocablos, ambos ya partes integrantes e indisolubles de un nombre propio, el cual, por serlo, debería, en lo sucesivo, ser escrito con mayúscula: “Apaseo el Alto”.

Ningún problema, propiamente tal, se había suscitado. Tal vez la explicación de esa tranquilidad, en contraste con la posterior agitación, se debió, simplemente, a que quienes más tarde se mostraron tan interesados y demasiado activos, al principio tardaron cierto tiempo en enterarse bien de lo ocurrido. Pues, ¿por qué habrían de enterarse más pronto? Sin duda que en Apaseo corrió algún rumor de lo que tramaban los del otro Apaseo, pero seguramente que no pasaron de comentarios por este estilo: “Me dijeron, ¿sabía usted? —dice, calmadamente don Atanasio, mirando fijamente sus fichas de dominó—, que dizque los “del alto”

andan con que quieren que el gobierno lo haga otro municipio”. “Bueno, pos que lo hagan”, respondió don Vicente, sin haberse enterado ni bien ni mal de lo que le decía su compadre, porque lo que en ese momento le interesaba era que le estaban “ahorcando una mula” y todo su juego estaba muy fallo. Y, en otro lugar, otro cualquiera de esos días: “¿Qué hay, licenciado?, hace días que no lo había visto, ¿qué estuvo enfermo?”. “No señor —contesta el viejo notario, resoplando un poco, empuñando, en rollo, los papeles que va a dejar en el Juzgado—, es que estuve en Guanajuato; por cierto, que allá me encontré a don Nacho Aguirre y otras personas “del alto”, creo que andaban en comitiva, haciendo no sé bien qué gestión”. “¡Ah! —dijo, medio distraído su interlocutor—, ¿don Nacho Aguirre en Guanajuato? Tal vez andaba allá por eso de que le quieren quitar las tierras que tiene por el rumbo de Caracheo”. Y no hubo más. Al menos no lo hubo por lo pronto. Pero después empezaron a aparecer los primeros signos de agitación, y luego vino la lucha vecinal.

Todo fue ocurriendo y desenvolviéndose de modo irremisible. Antes de esos sucesos, apenas en el pequeño ámbito que comprendía los dos Apaseos, solía nombrárseles y hablar de ellos, cuando el caso lo requería, pero una vez hecha la separación municipal fue menester hacer mención de uno y de otro, en un mismo documento o noticia o referencia, en asuntos de política y de administración estatal, en ciertas cuestiones jurídicas y jurisdiccionales, en fin en muchos asuntos y momentos de la vida cívica de la región. Y aconteció que, de tanto nombrarlos juntos, como tratando de

evitar confusiones y del modo más natural, puesto que al uno continuamente se le llamaba Apaseo el Alto, al otro, sin segunda intención malevolente, sino, repito, de modo natural y sin prestar atención, se le empezó a llamar “el bajo”.

Seguro estoy —por el buen conocimiento que tuve de los sucesos que estoy narrando—, que no hubo dolo en aquella denominación, ni deseo de herir a nadie; pero ocurrió que sí empezaron a sentirse lastimados y hasta ofendidos los habitantes del viejo Apaseo, y a recordar, unos con insistencia y otros ¡peor!, con reticencias que mal encubrían un naciente rencor, que su viejo Apaseo durante tres siglos había sido superior y cabeza, política y administrativamente de aquel otro, de nombre similar, que ahora, con la adición ya oficializada como nombre “el Alto”, provocaba comparaciones deprimentes que a muchos empezaban a escocer como alusiones humillantes.

Como suele ocurrir, la insistencia y la reincidencia en un tema que al principio es simplemente desagradable, acaba por volverlo seriamente molesto. Algunos vecinos, y de los importantes e influyentes en la opinión de otros, empezaron a procrear en sí mismos y en los demás, francos sentimientos de agravio. Rumiaban lo que consideraban una afrenta y, dando vueltas al magín, acabaron por encontrar una solución que, desde luego, pareció estupenda e inmediatamente hicieron todo lo posible por obtenerla: intrigaron, “movieron influencias” por medio de las amistades, las recomendaciones y probablemente los indispensables regalitos y otras formas de disimulado o evidente cohecho; final-

mente lograron que la H. Legislatura del Estado decretara que a aquella pequeña población, que más de treientos años había llevado su nombre con decoro y sencillez, sin necesitar adjetivos ni añadidos de ninguna especie, le fuera agregado un calificativo que quedaría incorporado al nombre propio; de modo que se votó, promulgó y publicó que Apaseo, de allí en adelante, llevaría el nombre de Apaseo el Grande.

Si nada más hubiera sido la publicación en el periódico oficial, nadie se habría enterado; pero los vecinos del recién bautizado Apaseo el Grande quisieron que se supiera por todos y de modo impresionante, para lo cual se decidió que el domingo siguiente, a la hora de mayor concurrencia en las calles por el ir y venir de misa y las compras en el mercado, copias en gran tamaño del susodicho decreto fueron fijadas en las esquinas principales, proclamadas en bando solemne, con acompañamiento de música, municipales, gendarmería y muchos cohetes.

Naturalmente eso se supo, el mismo día, en el otro Apaseo; fue comentado sin poner en ello ningún énfasis y pareció que el asunto no provocaría reacción alguna. Sin duda muchos pensaron, y tal vez hasta dijeron dos tres cosas más o menos como que, si sus vecinos habían puesto a su pueblo título de Grande (como si lo fuera de España y cubierto ante el Rey), ellos llevaban el nombre de Alto, que no parecía menos honorífico, desde cualquier punto de donde se le quisiera ver.

Pero... pero, a pocos días, no faltó alguien que, cierta noche, dijo-a sus contertulios: Si cuando a nuestro

Apaseo se le denominó el Alto, al otro le comenzaron a decir “el bajo”, pues... como que me late que ahora va a suceder que, como ahora allá ellos ya le pusieron “el Grande”, pues... no me extrañaría y hasta diría que estoy seguro, ¡y bien seguro!, que ahora al nuestro le van a empezar a decir “Apaseo el chico”.

La sola amenaza, o sombra de amenaza, o imaginación o suposición de posible amenaza, produjo esa sorda cólera que popularmente llamamos “un berrinche” en los más quisquillosos, orgullosos y susceptibles de los vecinos —que no eran pocos—, entre los que inmediatamente empezó a correr y tomar cuerpo aquella ominosa sospecha. Un sentimiento de indignación es fácilmente contagioso y pronto se volvió colectivo, pero los más audaces sentían que aquello no era bastante y no iba a remediar nada, por lo que empezaron a plantearse el problema de qué era necesario hacer para evitar la humillación que avizoraban. Corrieron tantos rumores, hubo opiniones tan disímiles y hasta contradictorias que, aun yo mismo —con las especiales condiciones que he tenido para poder afirmar lo que relato—, yo mismo no sé bien qué dar por seguro; debo confesar que mucho corría con el “me dijeron”, “por ahí andan diciendo”, y locuciones semejantes; finalmente “dicen que” un pequeño grupo, que se autodenominó comisión o comité, fue a hablar con el cura párroco y que éste, medio hundido en su gran sillón, detrás de su escritorio, luego de haber oído a los señores que ocupaban las sillas de su despacho, quedó un poco en silencio, entreceñando los ojos, luego alzó la cabeza y dijo suavemente: ¿y si a nuestro pueblo, antes de que le

empiecen a decir “el chico”, le pusiéramos “Apaseo el Magno”?

No pasaron tres días sin que en Apaseo el Grande se supiera, de cierto y seguro, que los del pueblo vecino ya habían designado primero una Junta de personas importantes y de allí una comisión de cuatro o cinco de los mismos, para iniciar rápidamente las gestiones a fin de lograr para su pueblo la nueva denominación de “el Magno”. Tal noticia, exagerada y distorsionada, acabó por ser vista como una nueva declaración bélica y provocó otra vez y más intensamente (por cuanto siempre es mayor la gravedad en una recaída que la del mal primero), una exaltación de los ánimos, seguida de convocatorias a juntas y consultas, para considerar y resolver lo que hubiera de hacerse en el agudo caso en que se encontraban.

Hubo algunos intentos de apaciguamiento; especialmente por parte de un canónigo queretano, que estaba de visita y descanso en la casa de un prominente vecino de Apaseo quien, confidencialmente y en demanda de consejo, informó a su huésped de lo que allí estaba aconteciendo. Su Reverencia aceptó hablar con los señores de esa localidad y les explicó que, en realidad, no tenían por qué sentirse ofendidos y ni siquiera molestos por eso de que al otro pueblo le llamaran Magno, puesto que ese adjetivo significa, en buen castellano, tanto como grande, sin más diferencia con este vocablo que el de conservar menos diferenciada la forma de su correspondiente en el original latino.

Pero los obstinados, enardecidos y vengativos vecinos no retrocedieron: en primer lugar, decían, aun

aceptando eso de que magno es igual que grande, aun así no era de aceptar que lo usaran los del otro Apaseo, porque era querer igualársele al auténtico Apaseo el Grande, y eso era inadmisibile; y en segundo lugar, ¡peor!, aunque Su Reverencia dijera lo que dijera de los latines, lo que les parecía indudable era que eso de “magno” sonaba como más importante que “grande” y quería ser mayor título y, ¡claro!, al punto al que ya estaban llegando las cosas, pues, realmente no era para dejarse, ¡qué caray!, que los del otro pueblo les echaran el caballo encima.

Y, efectivamente, las cosas habían llegado a tal punto, que por el enardecimiento de los ánimos y aprovechando las experiencias pasadas, calladamente y con gran celeridad, comisiones de uno y otro pueblo se movieron, intrigaron, hicieron compromisos y arreglos con funcionarios y políticos y, finalmente, ocurrió que un mismo día, en el mismo número del Periódico Oficial, salieron promulgados y publicados, para entrar en vigor en esa misma fecha, dos decretos: uno decía que la cabecera municipal denominada Apaseo el Alto cambiaría ese nombre por el de Apaseo el Magno, y en la página de enfrente se leía el otro decreto, que disponía, en muy similares términos, que el nombre de Apaseo el Grande quedaba sustituido, para en lo futuro, por el de Apaseo el Máximo.

Cuando los funcionarios titulares de los tres poderes soberanos del Estado se percataron de lo que había ocurrido, y que legalmente era hecho consumado y definitivo, todos se sintieron confusos y atemorizados. Bien se percataban de lo que podría suceder e iba a co-

menzar a suceder, todo ello malo y muy malo: desde un choque violento entre los dos pueblos, acaso con saldo de víctimas, alteración del orden y gravísimo escándalo, hasta, por otra parte, el ridículo de haber llegado a esa pugna de vocablos, lo que daría de reír a costa del decoro y de la dignidad, de los que el Estado de Guanajuato, centro y corazón de México, cuna de la Independencia, etc. etc., ha sido siempre tan celoso de guardar.

Por lo pronto, y para evitar lo más peligroso, el C. Gobernador Constitucional ordenó que las Fuerzas del Estado (Guanajuato tiene un pequeñísimo cuerpo armado propio, por un privilegio del tiempo de Juárez, que nadie se ha atrevido a derogar), salieran rápidamente y, con discreción y sin provocar alarma, se distribuyeran para patrullar los dos pueblos rivales y el camino entre ambos. En seguida, tras breve cambio de impresiones con sus más allegados, ordenó se formara una Junta Consultiva con representantes de diversos organismos: los Poderes del Estado, la Universidad, líderes de ciertos sectores, un par de eruditos locales y, en fin, una variada gama de los más diversos personajes.

Después de las cortesías de rigor: visita a la Alhóndiga, comida ofrecida por el C. Gobernador y asistencia a los Entremeses Cervantinos, la Junta empezó a trabajar y lo hizo a mañana y tarde; pero corría el tiempo y no se llegaba a encontrar ninguna buena solución, a pesar de los antecedentes, informes y dictámenes presentados por las respectivas comisiones. Por fin, la solución pudo ser encontrada, gracias a la providencial intervención de quien menos se hubiera esperado; la

sugirió un dizque Asesor, nombrado por algún ayuntamiento como miembro de la Unión de Trabajadores Especializados no Asalariados. Físicamente era un hombrecillo de edad incierta, aunque de seguro bastante avanzada, apariencia insignificante, modesto pero cuidadoso en el vestir, corbata bien anudada y zapatos brillantes, los modales medidos y la palabra fácil en tono de suave plática un poco monótona.

Era un viejo peluquero de Celaya que, en su lejana mocedad, había trabajado en peluquerías de muchos pueblos: en Salamanca trabajó con el maestro Domínguez, antes del saqueo de 1918; estuvo en Cortazar y en los dos Apaseos ahora en conflicto; en Querétaro, poco tiempo, como ayudante del peluquero que iba a domicilio a afeitar diariamente al señor Banegas, obispo e historiador, como es bien sabido; finalmente volvió a su natal Celaya, donde todavía seguía trabajando, ya su propia peluquería. En todos esos lugares había atendido, cuidadosamente, las tonsuras de viejos clérigos, había rizado los bigotes de importantes militares y políticos que usaban esos lujos capilares (“a la Kaiser”), o al estilo del presidente Obregón o del gobernador Colunga; tuvo por clientes a muchos abogados, profesores, personas sabedoras y conocedoras de tradiciones e historias locales. Con todos había conversado y, cosa rara en un peluquero, no sólo platicaba sino que sabía escuchar; a lo largo de los años había oído multitud de cosas y, por su feliz memoria, conservaba en ella una buena colección de nombres, datos y fechas.

Pues bien, cuando los señores miembros de la Junta estaban ya fastidiados de proposiciones y discusiones

que a nada conducían, una mañana la presidencia en turno concedió la palabra (que había negado otras veces) a aquel viejito, modesto y correcto, sentado en la quinta fila del salón de sesiones. El atildado señor empezó, con un tanto elaborado discurso, agradeciendo el honor de estar con respetables personas y el que se le concediera hablar allí; luego fue pasando del tono de discurso al de una fácil e interesante charla, refiriéndose al caso en que se encontraban, mal que ocurría, a su juicio, por afanes de renovación y de novedades “que no tenían para qué”; elogió con simpatía la simple llaneza de nuestros antepasados, que vivieron en pacífica tranquilidad sin andar buscando conflictos ni complicaciones, y además, llamando a las cosas por sus nombres, sin ponerles apelativos ni añadidos.

Habían transcurrido más de veinte minutos. Los oyentes estaban entretenidos, pero la Mesa empezaba a pensar que ya aquello se prolongaba demasiado, cuando el atildado peluquero soltó, en redondo, su proposición: que los pueblos en litigio volvieran a denominarse con sus nombres originales, los de hace un siglo, que él sabía muy bien que eran: que el ahora dicho Apaseo el Grande, y peor el Máximo, había sido siempre Apaseo “pelón” y sin añadidos, y que el otro Apaseo no se llamaba, ni se llamó hasta tiempos modernos, ni Apaseo el Alto, ni Magno, ni nada de eso, sino que era conocido en toda la región, en tiempos de nuestros abuelos, con el nombre de Paso Alto, por estar situado, como todo el mundo lo ve, en el camino de más arriba, de los dos que en esa parte comunican al Bajío con el colindante valle de Querétaro.

Después de aplausos, los de costumbre y cortesía, algunos concurrentes más inteligentes y despiertos empezaron a hacer preguntas y todos se convencieron que el viejo maestro peluquero sabía lo que decía. Algunos atisbaron que allí estaba la solución buscada, pero no había que irse a ciegas. Se pidió a los considerados expertos un dictamen; algunos profesores lograron encontrar viejos textos de geografía y hasta algunas escrituras de ventas e hipotecas y otros documentos, donde constaba que era verdad lo que el señor peluquero había dicho y explicado.

Fundándose en el acta final y recomendación de la Junta, el Congreso del Estado decretó: que en lo sucesivo, una de las poblaciones se llamaría Apaseo, y la otra Paso Alto.

En principio, el decreto no gustó a nadie, en ninguno de los dos Apaseos en pugna, pero no hubo protestas agresivas ni altisonantes. Para evitarlas, de la Capital del Estado hicieron llegar a los lugares álgidos, cientos de volantes y folletos explicando en síntesis el caso y justificando su solución, y también enviaron a dos o tres “jilgueros” que se hicieron oír en las plazas de los pueblos. (Por si alguien lo ignoraba, cabe advertir que, en la jerga política de los desgobiernos de la post-revolución, se denominó “jilgueros” a los oradores —generalmente estudiantes y jóvenes que así iniciaban carrera de políticos—, que se encargaban de los discursos en las campañas de diputados, gobernadores, etc., exponiendo en forma oropelesca y atractiva todas las mentiras de los manifiestos, programas y promesas de los candidatos a cuyo servicio hablaban.)

Probablemente todas esas circunstancias concurrieron: cierta dosis de convencimiento por los folletos y los “trinos” de los “jilgueros”, más porque todos querían verse libres de la vigilancia de las Fuerzas del Estado, y algo de cansancio y buen sentido de que las cosas habían ido demasiado lejos y lindando con lo ridículo; por todo eso los ánimos se aplacaron y, a poco, las alcaldías de ambos pueblos acudieron al Gobierno del Estado para pedir lo necesario a fin de reponer los sellos oficiales y el papel con los nombres definitivos de una y otra cabeceras municipales.

El finiquitado conflicto apenas tuvo un nonato epílogo: un entusiasta o emprendedor vecino de Celaya, activo abogado, buen criador de puercos y audaz hombre de toda clase de negocios, propuso que en el punto en que se juntaban los límites de los dos municipios querellantes con los del de Celaya, se levantara un monumento con una placa recordatoria y sustentando la efigie del señor peluquero que había dado la solución al problema. Pero la idea no tuvo buena acogida y, afortunadamente, el proyecto no prosperó.

México, abril de 1975.

DE SANTA CRUZ

I

El Bajío es y ha sido siempre de población casi totalmente criolla y mestiza; apenas quedan algunos pocos lugares en los que sí prepondera la población india aunque, naturalmente, eso ha cambiado mucho en los últimos años y seguirá transformándose con rapidez. Uno de esos núcleos de población y tradiciones indígenas era Santa Cruz, hoy oficialmente denominada Ciudad Juventino Rosas, por haber nacido allí el músico autor del célebre y, sin exageración, universalmente conocido vals *Sobre las olas*.

Cuando yo era niño, en mi casa de Salamanca la mayor parte de la ropa que usábamos se hacía allí mismo; de ello se encargaba mamá y, bajo su dirección y en la mayor parte, una costurera que iba por las mañanas todos los días. Durante algunos años esa costurera era Inesita Solís, mujer ya vieja, que de cuando en cuando nos contaba cosas y sucesos de su juventud o de su niñez; debe de haber sido buena narradora, puesto que aún recuerdo fragmentos de aquellas pláticas oídas hace sesenta años.

El padre de Inesita Solís fue músico y cantor de iglesia, sin duda competente en su oficio puesto que lo

solicitaban de lugares fuera de Salamanca. En aquella ocasión lo invitaron para que fuese a Santa Cruz, para la misa y otras ceremonias del día de la Santa Cruz, bajo cuya advocación y patrocinio está el pueblo de ese nombre. Acudió el señor Solís con su familia; sus hijos eran Inesita y otros dos niños, todos de muy corta edad.

Hubo la gran misa de tres padres, muy cantoreada y adornada, sermón, bendiciones, etc. y luego se fueron las personas importantes al gran comelitón, tal vez en el curato, tal vez en la casa del alcalde, que duraría horas, como solía ser en tales ocasiones.

Los niños anduvieron un poco por la plaza en feria y acabaron por volver a meterse en la iglesia, que estaba absolutamente desierta; corretearon y hurgaron por pasillos y rincones y encontraron que, detrás del altar mayor, que estaba rebosante de flores, velas y adornos, había una escalerita que conducía a la gran hornacina central del altar, donde estaba la cruz tutelar de la parroquia y del pueblo.

No sé qué clase de cruz tendrá ahora esa iglesia, muy probablemente será otra que la que vio Inesita. Ella contaba que era una cruz de madera, muy grande, tosca y vieja que, en el cruce de los brazos, por la parte posterior, tenía una disimulada puertecita. Nada mejor para intrigar y despertar la curiosidad de los niños que allí habían trepado: forcejearon un poco, jalaron y abrieron la puertecita y... casi se cayeron de la escalerilla, porque de aquella especie de caja que formaba el ahuecado centro de la cruz, salió atontado y enceguecido un tecolote que allí estaba encerrado.

Corrieron los niños, asustadísimos y con gran miedo de lo que podía pasarles, pero nadie los vio, se salieron de la iglesia y horas más tarde, emprendieron el regreso a Salamanca.

Años después contaron a su padre lo ocurrido y, ya persona mayor, Inesita había sabido que el tecolotito aquel, era considerado como según decían, “el alma de la Santa Cruz”.

Esas mescolanzas de culto católico y supersticiones indias creo que han desaparecido y supongo que la cruz de Santa Cruz no guardará ya un tecolote. Eso que me contó Inesita sucedió hace mucho tiempo: sacando cuentas, yo lo escuché hace unos sesenta años y ella lo vio siendo muy niña, de modo que ocurrió hace más de un siglo.

Un día me dijo mi padre: ven, vamos a ir a Santa Cruz. Sucedió que el licenciado Rafael Partida tenía que ir al Juzgado de aquella población, por algún asunto profesional y, por no ir solo, invitó a quien de sus amigos quisieran acompañarlo. En el amplio y fuerte automóvil del licenciado fuimos, con él, don Luis Vásquez y mi papá, y dos niños: Lalo Partida y yo; al menos eso recuerdo; debe de haber sido allá en los primeros años de los “veintes”, yo tendría unos once o doce años y Lalo algo menos.

Por los polvorientos caminos del Bajío, esquivando los baches y los huizaches, fuimos de Salamanca a Santa Cruz. Llegamos poco antes del medio día y mientras el licenciado atendía su negocio, los demás deambulamos un poco por la plaza, los portales y tres o cuatro calles del pueblo: recuerdo vagamente que me mostra-

ron una placa, de piedra o de mármol, en el maltrecho muro de una casa vieja, que decía haber nacido allí Juventino Rosas; recuerdo haber visitado la Parroquia y el aspecto general de un pueblo asoleado, tranquilo, como todos los pueblos chicos de mi tierra.

Cuando Rafael Partida se desocupó y se reunió a nosotros era ya un poco tarde y todos consideraron que no sería posible comer en nuestras casas; pues en aquel entonces, estoy seguro que los veinte o treinta kilómetros entre Santa Cruz y Salamanca, por el estado de los caminos, no se recorrería en menos de dos horas. El caso fue que decidieron que comiéramos, lo que se pudiera, en Santa Cruz, en donde claro que no había ni sombra de hotel (yo creo que no lo hay todavía), acaso existiría alguna fonda pero o no la buscaron o no les gustó.

Lo cierto es que fuimos a una tienda, creo que en el portal, frente a la plaza. Allí el dueño nos puso sillas y bancos frente al mostrador. En un “puesto” de la plaza compraron algunos chicharrones y carnitas que comimos como botana; luego, revisando la existencia de comestibles de la tienda, encontraron que había algo de latería española y francesa y vinos también europeos, de modo que se pudo organizar un espléndido almuerzo de sardinas españolas, mortadela, paté de hígado francés, aceitunas y no sé qué más, con magnífico Burdeos, bolillos recién salidos de la panadería y finalmente galletas dulces y caramelos que nos dieron como postre a los pequeños. Todo servido en el mostrador de zinc de aquella tienda pueblerina del Bajío, casi exactamente igual que podría haber sido servido sobre el zinc del mostrador de un bistrot de París.

Hoy eso parece increíble, pero yo lo viví, lo recuerdo y acepto que sea una leve muestra del “afrancesamiento” que en nuestro país llegó hasta un pueblo como aquel... pero ¡qué sabrosos aquellos pescados, aquel paté de *foie gras* y aquel vino francés, en una tienda de abarrotes del soleado, tranquilo y apartado Santa Cruz!

Mayo de 1980

EL DOCTOR ROJAS ASÚA

Gabriel Martínez Montes de Oca fue uno de los “secretarios” de don Carlos Balmori (Conchita Jurado).

Hace veinte años esa frase sería suficiente para la mayor parte de los lectores, pero el tiempo lo borra todo y es seguro que hoy ya muchos no la entenderían. Conviene pues, un breve antecedente: Conchita Jurado fue una profesora, ya vieja, con excepcionales dotes histriónicas, que allá por 1920 y en su casita por el rumbo de San Antonio Abad, se disfrazaba para representar el papel de un excéntrico y manirroto millonario brasileño, don Carlos Balmori, y en un ambiente hábilmente formado por varios ingeniosos bromistas, celebraba reuniones en que la ambición de dinero y de gloria sacaban a la luz las más íntimas calidades, buenas y malas, de los embromados, que lo fueron casi todas las personalidades de aquel tiempo: escritores, toreros, cantantes, actrices, políticos incipientes y maduros, etc., etc. En función las “balmoreadas” se acabaron cuando murio Conchita Jurado y sus amigos le hicieron un curioso sepulcro que recuerda aquellas noches en que el ingenio de la profesora floreció tras los anteojos y bajo el sarakoff del millonario Balmori. Pero algunos “ayudantes o secretarios” como se les decía, no se conformaron con ver desaparecer la posibilidad de esas tertulias, siempre

con alguna víctima de quien reírse, y por eso Gabriel Martínez Montes de Oca, años después, hacia 1936, intentó continuar, con las necesarias variantes, algo de aquellas veladas en su apartamento frente a la Glorieta de Colón, donde ahora se levanta el enorme edificio Latinoamericano.

A esas cenas de los jueves, en casa de Martínez Montes de Oca me había invitado varias veces pero por causas diversas, me había sido imposible asistir. Por fin, una noche que visitaba a Fernando Benítez en la redacción de *El Nacional* nos pusimos de acuerdo y en el coche de Antonio Vargas Mac Donald salimos todos, pero antes de acudir a la cena pasamos a recoger a los dos invitados principales de esa noche; Sara Hernández Catá y una rica amiga suya, cubana como ella, que pasaban en México una temporada. Tardaron ambas en terminar su arreglo y mientras tanto, Vargas, Benítez, Arnáiz y yo, conversábamos, comentando Vargas que los Martínez Montes de Oca ya habían tomado el pelo a bastantes gentes y sería justo urdir algo para que ellos fueran las víctimas de la próxima “balmoreada”. Luego, con Sara, la conversación rodó por muchos rumbos y se habló de la España desgarrada por la insurrección, de los políticos republicanos y en especial de Jiménez de Asúa.

Volvimos al coche, se anudaron los temas anteriores y Vargas me dijo: “Sí, hay que “vacilar” a Gabriel, ¿por qué no hipnotiza usted hoy a Sara?”

“Cómo no”, repliqué, “con tal que Sara se finja hipnotizada yo encantado en la broma, tanto más fácil porque los Martínez Montes de Oca no me conocen”.

Al llegar, abrió la puerta el propio Gabriel y Vargas presentó a Sara: “La hija del gran novelista cubano, etc.” y de mí dijo lo primero que se le ocurrió: “Les presento a un eminente doctor que nos visita, el Doctor Asúa, Rojas Asúa, es chileno, es doctor en ciencias ocultas y Sara Hernández Catá es su discípula. . .” Gabriel y su hermano Federico sonreían felices: ya había sujetos para la “balmoreada” de esa noche.

La tertulia estaba muy animada en el amplio salón: se hablaba mucho y se bebía otro tanto y de cuando en cuando Gabriel lucía alguna cosa rara: una cajita de música con un pajarito esmaltado que gorjeaba, un juego completo de instrumentos japoneses para el harakiri, una tacita de China en que ofrecía cualquier licor obscuro insistiendo en que se bebiera hasta la última gota porque, al terminar quedaba visible en el fondo un sexo femenino y el chiste era ver el efecto de tal sorpresa en quien bebía.

La comida era buena y el licor abundaba. A hora propicia y pidiéndome disculpas por lo elemental del juego mágico, casi a oscuras Gabriel mostró su “número” de fuerza que consistía en hacer bailar un esqueleto pequeño sobre la negra tapa del piano, todo dizque con pases magnéticos aunque en realidad lo hacía un criado oculto en la habitación siguiente, con finos hilos negros hábilmente manejados. En seguida nos suplicaron a Sara y a mí que hiciéramos alguna demostración de nuestros “ocultos” conocimientos; se bajaron las luces, tomamos un ángulo adecuado, yo fingí pases hipnóticos y Sara, con los ojos cerrados, empezó a mover los brazos a lo Berta Singerman y a prorrumpir en

torrentes de frases que hubieran hecho la delicia del más auténtico escritor surrealista. Todos estaban divertidísimos y los únicos que tomaban en serio aquella farsa eran la esposa de Gabriel y un centroamericano, empleado o no sé qué de Vargas Mac Donald, que toda la noche me fastidió pidiéndome explicaciones sobre la metempsicosis, la transmisión del pensamiento y toda especie de fenómenos que suponía caían bajo mi jurisdicción profesional de ocultismo.

Finalmente, Vargas dijo que también me interesaba yo mucho por el conocimiento de las viejas culturas mexicanas precolombinas y el motivo principal de mi estancia en México era estudiar la antropología prehispánica. Con esto, inmediatamente Gabriel y Federico empezaron a tramar la futura broma, advirtiéndome que en próxima reunión, dentro de una o dos semanas me podrían mostrar un códice indígena, hallado recientemente, desconocido aún de todos los especialistas, y que tendrían sumo placer en que yo fuese el primero en conocerlo y, seguramente, también en interpretarlo.

Por no sé qué motivo hubo de suspenderse la tertulia siguiente y una semana más tarde, cuando ya todo estaba preparado a la perfección, Federico llamó desde el miércoles a Vargas Mac Donald para que “no se le fuera a olvidar llevar el jueves al doctor Asúa”. Benítez trató de darme el recado llamándome a la pensión donde yo vivía, pero ahí le informaron que yo me había ido a Salamanca.

No había remedio, imposible llevarme a la reunión pero de algún modo debería justificarse mi ausencia, y ahí fue donde tuvo que aguzarse el ingenio y actuar la

audacia de Vargas Mac Donald. Cuando, la noche siguiente, llegaron a casa de Gabriel inmediatamente éste preguntó “¿Y el doctor chileno?”, y Vargas con perfecto aire de extrañeza irónica repuso: “Pero, ¿es que no leen ustedes los periódicos?” y sacando del bolsillo el ejemplar de *El Nacional* se mostró a señalar una pequeña noticia que aparecía nada menos que en una de las planas más importantes y que comentaba el viaje del doctor Rojas Asúa a Uxmal y Chichen Itzá.

Ante prueba tan fehaciente no pudieron menos que resignarse a lo inevitable, dejaron pendientes las bromas preparadas y hubieron de conformarse con otras menos elaboradas, a costa de una nueva visitante: una periodista argentina que había llevado no sé quién.

Una o dos semanas después yo regresé de Salamanca y aunque estaba sufriendo los restos de una laringitis que me tenía casi afónico no pude evitar que Benítez, cumpliendo órdenes terminantes de Vargas Mac Donald me arrastrase a la cena de Gabriel. Me acosaron a preguntas sobre Uxmal y Chichén Itzá (que sólo llegué a conocer siete u ocho años más tarde), pero mi evidente afonía, contraída según Vargas por el clima de Yucatán y el viaje en avión, me ayudó mucho a no caer en las cincuenta trampas que me tendían. Por fin, tras cuidadosas preliminares me mostraron una tira de papel con el precioso documento de que me habían hablado tanto. Realmente el trabajo de Federico Martínez Montes de Oca, que fue el autor material, había sido considerable: el papel tenía trazas de antigüedad seguramente gracias a un poco de té y en él había pintados a la acuarela, en cuadritos y con cierto carácter de

rasgos indígenas, una larga serie de aparentes jeroglíficos, figurillas en su mayor parte más o menos ridículas y algunas más o menos obscenas o escatológicas, es decir, hablando en mexicano, una buena serie de “puntadas” y “vaciladas”, todo lo cual me explicaban muy serios Gabriel y Federico, era un ejemplar rarísimo, de origen probablemente tarasco, salvo mi autorizada opinión, que por la recóndita tradición de sus poseedores originales se conocía con el nombre de “códice de los aires talajos”.

Yo tuve que hacer tantos esfuerzos para no reír que me vino un gran acceso de tos, y quedé casi imposibilitado para pronunciar dos palabras, con lo cual y con promesas de estudiar detalladamente el documento, en medio de los comentarios y algarabía de todo el mundo que a esas horas de la madrugada tenía entre estómago y cabeza muy buenas raciones de alcohol; con todo aquello se pasó un buen rato en que los Montes de Oca estaban gozosísimos del éxito de aquella “balmoreada”, y quedó la continuación, como en las viejas películas de episodios, para la función siguiente.

Pero nosotros hicimos nuestros planes para un final inesperado como “balmoreadores”. Presentándonos como de costumbre, pero yo sin la feroz laringitis que tan útil me fue, cuando la tertulia se animó volvieron a sacar el “códice de los aires talajos”, mas apenas se iniciaba la lluvia de preguntas con que pretendían acosarme cuando entró un estudiante, compañero mío y previamente aleccionado, que por primera vez asistía a aquella casa y fue llevado por Vargas MacDonald; se hacían las presentaciones y al llegar a mí me dijo efusivamente: “¡Quí-

hubole Garcidueñas, cómo te va!”; el asombro de Gabriel, que estaba a su lado tratando de presentarlo fue tremendo: “¿Cómo Garcidueñas? ¿Usted lo conoce? ¡Es el doctor chileno Rojas Asúa!”.

“¡No hombre, qué Asúa, es Rojas Garcidueñas!” Y dirigiéndose a mí: “Oye ¿por qué no fuiste hoy a la Facultad? Preguntaron por ti en clase de Internacional.”

El azoro de unos y las carcajadas de Vargas, de Sara, de Benítez, de Arnáiz, y de cuantos sí me conocían fue inolvidable. Todo se aclaró rápidamente y los Martínez Montes de Oca tuvieron que reconocer que los “balmoreados” habían sido ellos, en toda la línea y con sus propias armas. Federico estaba furioso: “Y yo que estuve quince días preparándome todo; ni a mis clientes recibía por estar pintando el código”.

UN HOMENAJE EN VIDA

Los que en este relato se cuentan son sucesos absolutamente ciertos y acontecidos y sólo en detalles circunstanciales podría haber alteraciones, como en el olvido de algunos nombres de personajes que en ellos intervinieron, ya sea porque fueron olvidados por quienes me relataron tal anécdota o por mí mismo, que la redacto ahora, a una distancia de más de quince años de cuando por primera vez me fue contada. Los principales actores de ella murieron hace tiempo, pero otros viven aún, algunos en México, otros podrían añadir o corregir detalles, pero ni es éste caso de singular investigación ni tiene qué ganar ni qué perder con toques o retoques que pudieran hacérsele; por todo, prefiero atenerme a mi memoria y con lo que ella me dé narrar este curioso suceso.

Fue hacia el año de 1923, aproximadamente, cuando un grupo de escritores, entre los que se contaba Rafael Heliodoro Valle, Nicolás Rangel, Rafael López, Francisco Monterde, José de J. Núñez y Domínguez y algunos más, formularon una petición, luego calzada por muchas más firmas, solicitando del Ayuntamiento de México que, por los muchos méritos que concurrían en el historiador don Luis González Obregón, se le rindiera un gran homenaje dando su nombre a una de las

calles de la capital; se alegaba, con justicia y razón, que la ciudad tenía notable deuda con el ilustre escritor quien, más que ningún otro por entonces, había dedicado esfuerzos por historiar y sacar a luz tradiciones, leyendas, curiosidades, nombres y hechos gloriosos de México, de los que están llenos sus libros de *Las calles de México*, *México viejo*, *La vida en México en 1810* y otros que sería prolijo citar.

El Ayuntamiento de la ciudad de México tenía una especie de Consejo consultivo cuyo nombre no recuerdo, con atribuciones tales que a él correspondía deliberar y opinar en casos como el que entonces se presentaba. Presidía dicho Consejo el novelista don Federico Gamboa que, por quién sabe qué malaventuradas circunstancias, tenía respecto a González Obregón enemistad profunda aunque siempre encubierta por los formalismos de la cortesía. Por aquel cargo hubo, pues, de conocer Gamboa la petición antedicha y, desde el primer momento, quiso desvirtuarla, ya que le era imposible denegarla llanamente por el mucho peso de las razones y firmas que la apoyaban; aceptada, desde luego por el Consejo, Gamboa no intentó oponerse pero la turnó al Cabildo proponiendo para el fin mencionado el Callejón de Coajomulco (hoy de José María Marroqui), que en esos años era una calleja empedrada y muerta. Supo don Luis del voto de Gamboa y, naturalmente, se irritó muchísimo pues en verdad aquello era una burla con mucha pérfida intención. Por fortuna el asunto se arregló porque don Nicolás Rangel propuso que la calle que se rebautizase fuere la primera de San Ildefonso, antes de la Encarnación, donde el propio

don Luis vivía. El Ayuntamiento aprobó esa idea y se fijó la fecha de la ceremonia correspondiente.

La inquina de Gamboa contra don Luis debe haber sido muy grande, pues valiéndose de su posición oficial encontró medios de que las invitaciones al acto público no se distribuyeran y sólo un escaso número de ellas llegaron a su destino aunque tarde y fuera de toda oportunidad.

Pero sí llegó, como tenía que ser, el día señalado —¡qué día más amargo, amigo! comentaba, recordándolo, don Luisito—. A eso de las diez de la mañana se presentaron en su casa (el número 9 de la hoy calle de Luis González Obregón) los comisionados para acompañarlo; el vate Núñez y Domínguez, Rafael Heliodoro Valle y alguien más, todos enfundados en las colas de pato de sus *jaquettes*, como era de rigor. Charlaron con don Luis un rato, de cuando en cuando alguno de ellos desde el balcón de la casa echaba un vistazo a la esquina confiando en ver llegar a los que debían asistir a la ceremonia, pero ¡nada!, en la esquina no había sino una tribuna y media docena de sillas que los transeúntes, al pasar miraban con extrañeza, y arriba, cubriendo la nueva placa, un trapito negro en el que nadie se fijaba.

Pero de esos tristes preliminares no se enteró don Luis, ocupado en atender a sus visitantes quienes, a pesar de sus temores, cuando ya faltaba poco para la hora fijada, no tuvieron sino cumplir con su comisión invitando a don Luis para llevarlo al acto de descubrir la placa. Al llegar a la esquina de la calle con la plaza de Santo Domingo sufrió el festejado el primer terrible choque al ver el desamparo del estrado y la

total ausencia de quienes debían presidir, hablar y asistir al proyectado homenaje. Apechugando con lo inevitable, “esperaremos” dijo el vate Núñez, y esperando quedaron mientras los minutos transcurrían con esa espantosa lentitud del tiempo en las situaciones angustiosas. Por fin, al cabo de largo rato llegaron los músicos de la Banda Municipal en un par de guayines de mulas que, de seguro para mayor irrisión, les fueron dadas como medio de transporte; lentamente fueron bajando sus instrumentos, colocando los atriles y luego acometieron la ejecución del primer número del breve programa; mientras tanto llegaron cuatro o cinco personas en representación de las autoridades de la ciudad; concluída la obertura sacó el vate unas cuartillas, ocupó la tribuna y ante tan escaso público, apenas aumentado con unos cuantos de los transeúntes menos apresurados que se detenían un poco a ver qué pasaba allí, hizo el orador un elogio del viejo historiador, expresó los motivos del homenaje, se refirió a la determinación del H. Ayuntamiento e invitó a don Luis a descubrir la placa. Así se hizo y el pobre de don Luis hubo de dar las gracias muy gentilmente mientras por dentro se derretía en bilis por toda la ira, la angustia y el ridículo que sentía ante aquel tan malaventurado homenaje.

Pero no terminó ahí todo pues de nuevo fue invitado a encaminarse al otro extremo de la calle para descubrir la placa correspondiente; allá se fue toda la comitiva y ya al llegar apareció don Federico Gamboa, que era de suponerse debería haber presidido el acto desde su comienzo, saludó muy risueño a don Luis y con la misma sonrisa le dijo: “Permítame tener el honor de descubrir

yo esta placa”. González Obregón esforzó también otra sonrisa de conejo contestando: “Con todo gusto, Federico, muchas gracias y, yo espero poder corresponder pronto en igual forma”. Gamboa se apoderó del cordón y mientras tiraba de él, en voz baja que los aplausos hacían inaudible para el resto, casi al oído de don Luis le replicó: “No, Luisito, a mí no me gustan estos homenajes en vida tan ridículos”.

Si don Luis no se murió a consecuencia de tan feroz berrinche fue porque tenía mucha mayor resistencia que la que podía suponerse en aspecto tan endeble pero, sobre todo, porque debe haberlo sostenido el incontenible deseo de la venganza.

Corrió el tiempo y una mañana, como tantas otras, mientras don Luis desayunaba, María, su entonces ama de llaves, le leía los titulares del periódico y las noticias que don Luis le indicaba, ya que él mismo no podía hacerlo por la casi ceguera que sufría desde muchos años atrás. Entre diversas noticias María leyó una breve nota que dejó suspenso a don Luis; decía, en resumen, que el H. Ayuntamiento de la Municipalidad de San Angel deseoso de rendir un justo homenaje al gran novelista don Federico Gamboa, había acordado poner su nombre en la plaza principal del pueblecito de Chimalistac, inmortalizado por Gamboa en su novela *Santa*, universalmente conocida y famosa. Don Luisito se olvidó de su reuma y de todos los impedimentos y ocupaciones que pudiera tener, se precipitó al teléfono, llamando al arquitecto Mariscal: “Amigo Mariscal, necesito de usted un gran servicio. . . Yo sé que está usted muy ocupado, pero esto es muy urgente”.

—Lo que usted mande, don Luis, lo que usted quiera, encantado en servirle.

—Usted tiene coche, amigo Mariscal, necesito estar a las once en Chimalistac.

—Con todo gusto don Luis, voy por usted.

No llegaba entonces, la Avenida Insurgentes hasta San Angel ni había carretera pavimentada a Chimalistac; el mejor camino era por Coyoacán, lleno de baches y de polvo, pero ahí fueron en el coche de Mariscal, dando tumbos; en el puente de Panzacola se picó una llanta y don Luis ya intentaba proseguir a pie, él que normalmente tardaba un buen cuarto de hora en recorrer las cuatro calles de su casa a su oficina en el Archivo General de la Nación. El chofer arregló el desperfecto, siguieron la marcha y llegaron a la plaza de Chimalistac llena de gente y en plan de gran fiesta; a empujones alcanzó el estrado don Luis, alguien lo reconoció, lo hicieron subir e inmediatamente accedieron a su petición de ser él quien descubriera la placa, con que se iba a realizar ya en esos momentos el acto. Don Federico Gamboa, vestido de etiqueta, estuvo a punto de echar a rodar el sombrero, los guantes y el bastón que sostenía entre las manos, le temblaban los retorcidos bigotes y le fulguraban aquellos ojos normalmente tan parecidos a la desolada tristeza de un perro de San Bernardo; pero Gamboa estaba al otro lado de la tribuna, todos lo miraban reverentes, seguramente recordó sus largos años de diplomático y sonriendo tuvo que soportar la sonrisa despiadadamente, ofensivamente triunfal de don Luisito que al tirar del cordoncillo, le recordaba: "...estos homenajes en vida, ¡tan ridículos!".

GONZÁLEZ OBREGÓN Y GAMBOA

Todo aquel que haya leído a Federico Gamboa, sin necesidad de ser o declararse especialista y simplemente con haber pasado por las páginas de una de sus novelas, digamos por ejemplo de *Santa*, se habrá percatado que uno de los defectos principales del autor es la desproporción entre lo escaso del contenido y la abundancia de lo circunstancial o secundario. No es, de ninguna manera, un caso de barroquismo en que precisamente hay proliferación del follaje por el sentido de abundancia y recargamiento que todo barroquismo implica; lo que hay en Gamboa, es simple y sencillamente, el muy frecuente defecto de tener que usar muchas palabras por ignorancia de la precisamente adecuada, es dar vueltas inútiles por no conocer el camino directo, es el andar tomando y removiendo los papeles y objetos de una mesa revuelta, por no recordar o no saber el sitio exacto en que está la cosa que se busca; ese mal hábito de Gamboa es, pues, ignorancia o falta de orden, de seguro en el fondo, descuido y pereza de no forjar un plan cuidado, no meditar antes de tomar la pluma y dejar que ésta corra por veredas sin objeto en vez de llevarla por la senda recta, con todo lo cual fatiga inútilmente la atención del lector, la sobrecarga y la dispersa, debilitando con-

siderablemente la emoción que debería producirse, cualquiera que fuere el contenido de las páginas en que toda esa enmarañada vegetación abunda, ocultando la línea directriz, como en el monte del trópico taján las veredas.

Tal juicio, con su larga exposición, es en otro lenguaje lo que en uno más plástico y expresivo decía don Luis González Obregón, una cualquiera de aquellas mañanas en el Archivo General de la Nación, junto al balcón por donde entraba un gran chorro de sol, charlando con sus amigos que ocupábamos los butacones forrados mientras don Luisito se sentaba en su habitual silla de bejuco. Esa mañana, cuando rodó la conversación hacia los escritos de Federico Gamboa, oportunamente don Luis opinó:

—¿Saben ustedes? Federico es como esta mujer que tiene su puesto aquí abajo. Todos los días, cuando llego al Archivo y abro mi balcón miro a la calle y abajo está esa mujer que hace siempre lo mismo: barre su pedacito de banquetta, pone unas hojas de periódico, luego encima otros de papel de envoltura azul, coloca otros periódicos, encima otras hojas azules y luego pone los montoncitos de jitomates y de chiles verdes.

La risita de don Luis era más picante que aquellos chiles verdes y más larga que las carcajadas que provocaba su feroz crítica, probablemente cruel pero no injusta y seguramente malévolas, pero no por ello falsas, pues aunque los motivos más íntimos de pensar y decir tales cosas fueran el resentimiento y el viejo rencor que sentía, su apreciación o más bien su depreciación de los escritos de Gamboa era justa y certera.

En ese caso, González Obregón, podría haber dicho como uno o dos años después decía Chucho Guisa y Azevedo, contestando a quienes le echaban en cara que sus continuos y feroces ataques a Chico Goerne no eran sino venganza y resentimiento porque el rector Chico Goerne lo expulsó de la Universidad, y Guisa un tanto cínicamente replicaba: “Sí es cierto, ataco a Chico porque me corrió y también porque estoy ‘adolorido’, pero eso no quita que todo lo que digo de Chico sea rigurosamente verdad”.

HERRASTI Y VASCONCELOS

Somos muchos los que recordamos al maestro Herrasti; era él tan pintoresco en sus clases que no es posible olvidarlo, pero lo recordamos todos los que estuvimos en su curso de Derecho Romano, aunque los años vayan poniendo una distancia ya respetable entre aquellas fechas y la de ahora. Tal vez no haya un maestro de la Escuela de Jurisprudencia que haya dejado tan claros recuerdos, seguramente por que ningún curso era tan fantástico como lo que ocurría en el del maestro Herrasti: nos leía sus poemas, sus artículos polémicos, hacía chistes de todo orden y sobre todo el mundo, contaba cuentos picarescos de todos los tonos, pasaba lista de vez en cuando llamando a los alumnos por los sobrenombres que él mismo les había puesto, por lo menos a la mitad de la clase, en fin, en el curso de Herrasti podía acontecer cualquier cosa y acontecía todo ¡hasta explicar Derecho Romano! Esto sucedía muy de tarde en tarde, pero yo aseguro que las cinco o seis conferencias que oí a lo largo de un año, eran magníficas por la claridad y plenitud con que trataba el punto que el maestro se proponía: sin recordar con exactitud lo que Herrasti nos dijo cierta vez a propósito de los contratos, puedo al menos afirmar que sus explicaciones sobre la fundamentación y relación de los contratos con la *fides romana*, su arraigo

y sentido en el pueblo y en la cultura de Roma, fue todo ello más ilustrativo, didáctico y permanente, que muchas de las innumerables resmas de papel que se han llenado con estudios y comentarios de romanistas en muchos tiempos y latitudes.

Aquel “sistema” de dar clase que Herrasti cultivó siempre le fue reprochado en varias formas: directa y personalmente, en denuncias y acusaciones ante las autoridades universitarias, en panfletos y periódicos estudiantiles y seguramente de todas las maneras habidas y por haber; como ejerció el magisterio largos años todo el mundillo de jurisconsultos graduados, aspirantes y destripados, durante veinte promociones o más lo supo y lo recuerda. Pero yo no voy a juzgar aquí por ello al maestro Herrasti, por quien tuve personal aprecio, que me distinguió con pequeños pero muy estimados favores y de quien guardo cariñosa memoria. Aquí, sencillamente, he querido dejar escritas dos o tres anécdotas que de sus propios labios oí, no en privado sino dichas y repetidas ante los cincuenta o sesenta pares de orejas y de ojos que seguían, ávidos, aquellas charlas mientras la elegante figura del licenciado Herrasti se paseaba de un extremo a otro en el estrado del salón.

Ahí va, pues, una de tales anécdotas aunque malaventuradamente sin la jocosidad del gesto, la vitalidad en el calor de la palabra y de la música, la regocijante gracia que sólo el maestro Herrasti le daba y que con él se ha perdido.

Era hacia 1920 y cierto día se encontraba don Francisco P. Herrasti asistiendo a una ceremonia o acto

cultural en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional. Apresuradamente, y ya un poco tarde, llegó el licenciado José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional de México. A presidir aquel acto “llegó Pepe Vasconcelos vestido de bolchevique”, decía Herrasti porque él era de un extremado esmero en su vestir, un poco arcaizante cuando le conocí, pues seguía usando con frecuencia pantalón a rayas o bien traje negro y a veces *jaquette* en cuanto tenía que hacer alguna visita o cualquier cosa un poco extraordinaria y, desde su punto de vista, era vestir “de bolchevique” presentarse a una ceremonia con pantalón café, saco gris y corbata de color, o algo semejante, como solía hacerlo Vasconcelos. Llegó el rector, se llevó a cabo el acto aquel y, ya al retirarse, pasó Vasconcelos junto a Herrasti, se detuvo al verlo y afectuosamente le abrazó diciendo: “¡Maestro, cómo ha estado!”, cambiando luego breves frases sobre su salud, su presente situación que lo alejaba de sus clases y cosas por el estilo.

Algún tiempo después reingresó Herrasti al magisterio en Jurisprudencia, pasaron varios meses y llegó el de marzo; ya para entonces Vasconcelos había dejado el cargo de rector por el de Secretario de Educación y el día 19 fue a darle felicidades por su onomástico una comisión en la que figuraba Herrasti. Visitaron al Ministro, éste dio las gracias a todos y al despedirse de cada uno en particular dijo a Herrasti: “Muchas gracias, licenciado”. Herrasti comparó aquel saludo con el otro de la Biblioteca y la disminución del tratamiento que bajaba de maestro al título profesional.

Poco después se anunció la inauguración solemne de la Biblioteca Iberoamericana que Vasconcelos fundaba en el que había sido templo de la Encarnación, arreglado, decorado, bien provisto de muebles y libros y muy engalanado de las banderas de todas las naciones de Iberoamérica que desplegaran sus brillantes colores en lo alto de la nave dando al recinto más trazas de museo bélico que de apacible sala de lectura y estudio. Asistió al acto el maestro Herrasti y haciendo, como de todo, un pintoresco relato nos contaba: “Llegó Pepe Vasconcelos con Torres Bodet, Esperanza Velázquez Bringas y toda su corte de honor, ocuparon el estrado y hubo muchos discursos y cuando terminaron yo estaba cerca de la puerta pero quedé esperando a que salieran todos los personajes. Cuando Vasconcelos llegó junto a mí me miró y sin detenerse ni darme la mano, me dio una palmada en el brazo diciéndome al pasar: “¿Qué hay, Herrasti?”.

Contando aquello el maestro ya se había puesto más rubicundo que de costumbre y una breve pausa suya era suficiente a todos para darnos a entender, por los antecedentes, la indignación del ilustre humanista que se sentía terriblemente menospreciado por el Ministro. Por eso terminaba diciendo como punto final: “Nunca me le volví a presentar, porque la próxima vez me habría dado una patada”.

LAS COSAS, CLARAS

Fray Luis del Refugio de Palacio y Valois es un largo nombre que parecía inadecuado para quien lo llevaba: un anciano metido en su burdo hábito franciscano, de finos rasgos con claras huellas de larga vida en continuo ascetismo y un temperamento en que un natural impulsivo y tal vez un tanto violento era domeñado por la férrea voluntad y una sincera humildad franciscana. Una magnífica fotografía de Luis Castañeda, que lo retrató inesperadamente sobre las bóvedas del convento de Zapopan, ha conservado aquellos rasgos afilados en el marco de la cogulla, como una cabeza de fraile asceta que no desdeñaría un cuadro del Greco. Quedan de fray Luis de Palacio diversos escritos, entre otros su librito sobre los conventos de Huejotzingo y Cholula, y una serie de anécdotas que bien recuerda José Cornejo Franco, tal vez quien mejor lo conoció y a quien corresponde escribir la semblanza y memoria que fray Luis merece.

Fue el propio Cornejo quien me refirió, entre los anaqueles de su biblioteca, esta anécdota del entonces guardián del convento y santuario de Zapopan.

En los terribles años del conflicto religioso, cuando por la violencia de la lucha política tanto hubieron de sufrir los edificios religiosos, un Presidente Municipal

de Zapopan segregó al convento franciscano parte de su planta baja, convirtiéndola en unos cuartos de que dispuso utilizando unos para caballerizas y otros acondicionándolos para habitaciones a donde llevó una mujer que era su concubina.

Poco tiempo después, cuando ya la furia de las persecuciones iba calmando, llegó a Zapopan un empleado o inspector de la Dirección de Monumentos Coloniales, para revisar el estado en que se encontraban las construcciones y los bienes que la Dirección debía conservar y vigilar. Acompañóle fray Luis en la visita, y decidió exponerle sus quejas por la mutilación del convento, pidiendo se le restituyeran los cuartos aquellos a que el alcalde daba tan inadecuado empleo.

“Porque, señor —decía fray Luis, con tono seco y contenida indignación—, esas son dependencias del convento que deben serle devueltas y además, señor, que el Presidente Municipal las utiliza de muy mala manera, porque en unas ha metido su caballo y en las otras tiene viviendo una ¿cómo le diré?...” Fray Luis hizo una breve pausa, pero inmediatamente, resuelto como siempre a llamar al pan, pan y al vino, vino, prosiguió con la misma energía: “Bueno, pues le diré como debe ser, que al cabo así se llama en castellano y usted, señor, ya es grandecito; pues sí, señor, en esos otros cuartos, el Presidente Municipal ¡ha metido allí una puta!”

“SIGÜENZA, POCA VERGÜENZA”

Don Manuel Toussaint me refirió alguna vez, en detalle y con entrecortadas risas, esta anécdota, y otras veces volvía a aludir a ella cuando platicaba sobre su viaje a España. La referiré como recuerdo habérsela oído, con sólo dos líneas previas de antecedentes, para ubicarla en su tiempo.

Don Manuel Toussaint fue secretario de Vasconcelos cuando éste ocupó la rectoría de la Universidad, unos doce o catorce meses, en 1920 y 21. Al dejar ese cargo, para ocupar el de Secretario de Educación Pública, en la segunda mitad del año de 1921, Vasconcelos ofreció a Toussaint una recompensa por sus servicios y don Manuel le pidió un viaje a España, que Vasconcelos le obsequió. Así fue, por primera vez, a España don Manuel Toussaint y de sus recorridos y observaciones salió su hermoso libro *Viajes alucinados*, en el que a más de comentarios y juicios perspicaces y sus deleitosas narraciones, cuenta varios sucesos divertidos, pero no éste que, como dije, de viva voz me refirió y aquí recojo.

Cuando Toussaint fue a España ya estaba allá Artemio de Valle Arizpe, en un puesto de segundo o tercer secretario de la Legación de México en Madrid y también, si mal no recuerdo, parcialmente encargado de

ayudar a recoger y remitir a México los muchísimos papeles, copias de documentos, notas, apuntes, etc., que fueron de don Francisco del Paso y Troncoso y a su muerte, ocurrida años antes, quedaron dispersos.

Naturalmente, Toussaint y Valle Arizpe se conocían desde tiempo atrás y ambos habían colaborado en alguna o algunas de las publicaciones que hacían los Loera y Chávez, por esos años, en su Editorial Cultura.

En España, algunos viajes o excursiones, fuera de Madrid, hicieron juntos y una de éstas fue la visita a Sigüenza.

Llegaron en ferrocarril, como era usual entonces, dispuestos a ver lo más importante y regresar en el tren de la tarde. Echaron una ojeada a la catedral, recorrieron la pequeña ciudad, mirando lo más notable de ella, que no es poco, pues aunque la ciudad es chica su prosapia es larga: de sus viejos años medievales, cuando fue tan importante, guarda recuerdos románicos (cosa rara en Castilla) y góticos de diversas épocas, añadidos con muestras renacentistas y barrocas, todo del mayor interés para quienes esas cosas de arte iban buscando.

Visitaron la catedral, mirando detenidamente las tres portadas, la mayor con su rosetón gótico, uno de los más bellos y puros en su estilo; recorrieron las naves, asomándose a las capillas y deteniéndose, largamente, en la de los Arces. ¡Con razón, allí está el “Doncel de Sigüenza”!

Tengo, para mí, que esa escultura es, probablemente, la más característicamente renacentista que produjo el arte español, en parte por su factura y más por lo que contiene y expresa. El fugacísimo renacimiento

español: el de Nebrija y los amigos de Erasmo, el del estilo plateresco, el que dejó en la portentosa fachada de la Universidad salmantina, escrita en griego, la dedicatoria: “De la Universidad a los Reyes, de los Reyes a la Universidad”, la España de aquellos caballeros y guerreros humanistas, que va del Marqués de Santillana a la muerte de Garcilaso de la Vega. Todo ese momento de España me parece estar compendiado en el Doncel de Sigüenza: escultura fúnebre, en la que el personaje no está ni yacente ni orante, únicas dos posturas usuales y lógicas, sino que allí el caballero, armado de todas sus armas, está recostado, con un libro abierto, leyendo por toda la eternidad. Dejémoslo así, para no divagar más, y sigamos con la anécdota.

Largamente, como dije, estuvieron Toussaint y Valle Arizpe mirando y admirando la impassible y serena figura de don Martín Vázquez de Arce, y siguieron visitando la catedral y un poco los alrededores.

Almorzaron temprano y gustosamente en la fonda, fumaron y charlaron un poco y continuaron su recorrido.

Como se lo habían propuesto durante el almuerzo, ya con idea muy clara de la topografía del lugar, subieron rumbo al castillo, para ver desde allí la ciudad en conjunto, antes de emprender el regreso.

Llegaron a las murallas y a las viejísimas torres. Quisieron subir pero la puertecilla de la escalera estaba cerrada. Dieron voces y apareció una rapaza, de seguro la hija del cuidador, que fue por la llave, abrió y los acompañó sólo unos pasos, hasta el arranque de los desiguales escalones, diciéndoles “¡Por ahí se va”! En-

tonces Artemio —que nunca en su vida lo pensó dos veces para decir un chiste, hacer una broma o lanzar una pulla—, deteniéndose en un escalón, se volvió y dijo a la mozuela: “Oye, ¿es cierto eso que dicen, de “Sigüenza, poca vergüenza”? La chica se puso roja y más seria de lo que ya estaba, le echó una mirada asesina, dio media vuelta y no los acompañó.

Un rato estuvieron don Manuel y don Artemio mirando la ciudad y el paisaje. Bajaron, encontrando la puertecilla cerrada. Don Artemio golpeaba con su bastón y por las hendeduras de las viejas tablas veía que la chica estaba por allí cerca, pero mirando a otro lado haciéndose la desentendida. Los encerrados visitantes llamaban: “Oye, abre, ¿por qué cerraste? ¡Abre!” Por fin, la muchacha se acercó, pero sin abrir, respondiendo: “¿Con que Sigüenza poca vergüenza, no? Pues no abro”. Tan alto lo dijo que Toussaint — que todos sabemos siempre fue sordo— lo oyó perfectamente; él y Artemio se miraron un momento, sonriendo pero alarmados, y don Manuel, tratando de usar el tono más conciliatorio, decía: “Oye, chica. Abre, que ya va ser la hora del ferrocarril y antes tenemos que pasar a la fonda”. “¡Nada, que ahí os quedáis!”, respondía ella. Así porfiaron un buen rato hasta que, al fin, probablemente porque vio que se acercaba un hombre que tal vez sería el padre, accedió a hacer girar la enorme llave que había dejado en la cerradura y la puerta se abrió.

Salieron más que de prisa y bien se dieron cuenta que, a pesar de su aire enfurruñado, la rapaza se estaba riendo de ellos.

Muy poco faltó para que les hubiera costado más caro que el susto, el chistecito de don Artemio.

LAS PALOMAS DE SIENA

Era una tarde de otoño, lluviosa a ratos, un aire fresco, ya muy claro de un invierno incipiente.

Llegamos a Siena hacia el medio día y visitamos algo, en realidad muy poco de lo mucho que hay que admirar en esa preciosa ciudad, una de las grandes joyas de ese inmenso y maravilloso joyel que es Italia.

Pero, vamos, no voy a hablar de Siena, no quiero ahora sino dejar, aquí, el recuerdo de un instante curioso de aquella tarde.

Después de visitar la catedral, y todavía un poco aturdido por la impresión de armonía y belleza en la alternancia de mármoles blancos y verdioscuros, por la gracia y finura del púlpito, la admirable proporción de los arcos de las naves, en fin, por toda esa maravillosa página de arte, repetida en todos los manuales y tratados del Renacimiento italiano y, sin embargo, nunca exhausta, como lo sabemos todos. Aturdido, casi somnolente, me quedé mirando la plaza, sentado frente a un café que apenas había dejado una o dos mesitas fuera, por la llovizna y lo fresco del tiempo. Yo miraba la plaza y la catedral, las franjas verdioscuras y la luz suave del nublado atardecer de otoño.

Poco a poco, mientras la emoción y las impresiones de lo admirado, iban cayendo, como sedimento de la

casi sofocante emoción estética (la expresión es pedante, pero no encuentro otra), acabó por aliviarme el ver el juego de unas palomas, a cinco pasos de donde estaba yo sentado.

Adosada al muro que cierra la plaza, del lado opuesto al frente de la catedral, había una vieja fuente, que se mantenía en servicio aunque en forma por demás modesta y casi improvisada: seguramente el viejo surtidor había dejado de funcionar hacía mucho tiempo y en época reciente había quedado substituido, de modo más práctico que estético, por un simple tubo horizontal con una llave o grifo en su extremo. Pero la llave o funcionaba mal o simplemente no se habían cuidado de cerrarla bien: el caso es que de la punta del tubo fluía, sin parar, un débil chorrillo que caía, casi sin ruido, en el tazón de la vieja fuente.

Lo que me entretenía mirando era que, a lo largo de aquel desnudo tubo, que apenas llegaría escasamente a un metro, como si se tratara de la negruzca rama de un árbol viejo, estaban posadas cuatro o cinco palomas, una tras otra y muy juntas, pues no había posibilidad de que cupieran más en la breve longitud del angosto tubo. Pero lo curioso era lo que hacían y cómo se conducían aquellas palomas.

La paloma que estaba en primer lugar, parada en el extremo del tubo y más bien sobre la llave, bebía del chorrillo que por allí escapaba; para eso, la paloma tenía que guardar muy bien el equilibrio sobre el metal resbaladizo y, al mismo tiempo, bajar la cabecita hasta más abajo de sus propias patas, para alcanzar a mojar el pico en el chorrillo que escurría del grifo.

Tras la paloma que bebía, las otras que la seguían en fila se mostraban visiblemente impacientes, pues la que estaba junto a ella en momentos la empujaba y cuando, por fin, se retiraba volando, la siguiente avanzaba apresurada y, a su vez, empezaba a ser apremiada por la que seguía detrás.

¿No era absurda tan complicada e incómoda maniobra? De ninguna manera cabía suponer que hicieran todo eso por necesidad, para satisfacer una sed apremiante. Precisamente había llovido un rato antes y en la plaza había charcos, donde otras palomas de vez en cuando mojaban sus picos y seguramente habría agua abundante en muchos otros lugares de la ciudad. El tomarse tanto trabajo para beber precisamente del chorrito de la fuente era un juego de las palomas, y como lo hacían en medio de la gente que estaba en la plaza y las palomas se veían observadas, era más aliciente para su juego, porque era un juego y una exhibición.

APÉNDICE

EL ESTILO LUIS XVII

Francisco de la Maza

Celebrábase el XIV Congreso de Historia en la ciudad de Salamanca. Los numerosos historiadores y los aficionados a Clío (así como a los viajes de placer), ocupaban ya el amplio refectorio del convento de San Agustín, preparado para el efecto. Iba a tomar la palabra el joven Crítico de Arte. Todo el mundo se acordaba de su despampanante discurso del Congreso pasado y esperaba ahora con burlona curiosidad.

El joven Crítico comenzó:

“Señores: la mayoría de vosotros recordáis mis palabras de hace dos años en la ciudad de Celaya. Recordaréis también las satíricas expresiones de que fui objeto por parte de un Bachiller, hijo de esta ciudad, muy conocido en los campos de la Historia, de las Letras y de los altos puestos administrativos, y sus artículos posteriores en periódicos y revistas en mi contra; parece que fui aniquilado por sus lógicos ataques, crueles, si bien mesurados (como cuadran a tan gordo personaje) y que yo debería, por dignidad, desaparecer del mundo

de la Historia y de la Crítica para siempre.¹ Sin embargo, aquí estoy. Vengo a demostrar la ignorancia supina de mi impugnador y, de paso, de todos los historiadores y críticos de arte que en el mundo moderno han sido; por que, según anuncié en Celaya, señores, el Estilo Luis XVII. . . existe.

“Tendré que abandonar, otra vez, los importantes temas del pasado Congreso, y duéleme hacerlo porque nuevos datos los han enriquecido: los fragmentos de azulejos y loza vidriada del subestrato de la Cultura 4a., 3a. etapa de Monte Albán, se completan con dos maravillosas vasijas, si bien hechas pedazos y borrada la pintura, encontradas en el subsubestrato de la Cultura 5D, 4a. etapa; además de la ubicación exacta de la casa en que el Mayordomo del segundo Caballerizo del tercer Relator de la Segunda Sala del Tribunal de Cuentas tuvo su cría de cerdos, he encontrado el precio al que vendía en el rastro de México los susodichos animalitos, cosa que, como ustedes comprenden, señores historiadores, es dato de capital importancia para la historia de la economía en México; a los vales firmados por el suboficial norteamericano en el café del Cazador, puedo añadir ahora algunas cartas amorosas que el mismo suboficial dirigió a mi venerable tía Pepa y una tarjeta de duelo (no registrada por don Angel Escudero en su libro *El duelo en México*) de mi tío Gastón

¹ Léase *El hallazgo del crítico*, por José Rojas Garcidueñas, México 1947, publicado también en la revista *Rueca*, núm. 17, sin lo cual no tiene sentido esta polémica para quienes no asistieron a los citados Congresos de Historia.

a tan osado militar. Pero todo esto queda aplazado para el próximo Congreso.

“Mi tema de ahora es, repito, el Estilo Luis XVII. ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Por qué se desconoció? Es lo que demostraré con toda clase de pruebas para que no haya lugar a que la lógica documentista, empírica y positivista saque nuevas y a la vez roídas armas contra mí.

“No fue, como lo dije entonces, la amante del segundo secretario de Elie Faure quien pudo darme alguna indicación en mi búsqueda; fue la esposa del primer secretario, Madame Tutu, quien puso en mis manos un documento inapreciable: las auténticas *Memorias* manuscritas de José Fouché, no ese folleto falso que con tal título se publicó en 1823 a los dos años y veintitres días de su muerte.¹ Además me prestó seis cartas autógrafas de Paul Barras, no conocidas ni publicadas en la *Recolte des documents inédits pour l'histoire de France et ses colonies*, por Mon. Jules Torton, París, 1869; por último, un libro aparecido hacía poco tiempo, *Luis XVII* de Octave Aubry.² Con esto tuve bastante para iniciar mi ansiado tema.

“Llegué a una conclusión que ni el mismo Aubry soñó nunca: Luis XVII vivió; Luis XVII reinó; Luis XVII creó una ciudad y una corte; Luis XVII creó un estilo. Vamos a ver.

¹ *Mes memoires* par son Excellence Mon. José Fouché, Duc d'Otrante, Trieste, 1823, Imprenta Galutti.

² Primera edición francesa de 1932; segunda española de 1942; tercera argentina de 1944.

“El niño Capeto fue enviado, como todo el mundo sabe por el citado libro de Aubry, a América, a la isla de los Cocos, por órdenes expresas de Fouché. El joven Luis tenía catorce años.³ Quedó bajo el cuidado de un honrado ciudadano francés nacionalizado, Mon. Felatu, monarquista, claro está, quien le llamó Gérard, pero sin dejar de recordarle que él era el legítimo y único rey de Francia, puesto que su padre había sido asesinado por los ‘asquerosos revolucionarios’.⁴

“Estamos en 1810 y en este año suceden los siguientes acontecimientos que, brevísimamente, paso a referir: Gérard, es decir, el príncipe Luis, cumplía veinticinco años; Napoleón Bonaparte usurpaba el trono francés y América, como Europa, se revolvía contra él, pretendiendo odiar desde su figura hasta su genio. Era el momento de surgir contra él. Sólo una persona podía hacerlo: el príncipe ungido, el nieto de San Luis, el futuro Luis XVII.

“En esta época el príncipe Luis era pálido y hermoso, macilento, enfermizo, pero, como se dice, con una ‘voluntad de hierro’. Perdonadme, señores historiadores, esta sobada expresión, pero me atengo a su verdad intrínseca, o sea que la figura no tiene nada que ver con el carácter, según pueden comprobarlo los estudios psiquiátricos de Freud, Adler, Weininger, Stekel, Reik, Lafora, Salazar Viniegra y Diego Rivera. Por

³ *Documents réservés de la police de Paris*, Habitación 23, estante 182, cajón 324, tarjeta 2,516.

⁴ *Journal intime*, par Mon. Felatu, manuscrito, pág. correspondiente al núm. 69.

eso el languideciente príncipe rubio pudo lanzar una rugidora proclama en la que, recogiendo el legítimo cetro de sus padres, se coronaba rey de Francia. Esto sucedía el 16 de septiembre de 1810.

“Luis XVII fue coronado por el arzobispo titular *in partibus infidelium* de Nonestinterra, el 17 del mismo mes. La pequeña capital de los Cocos, Tikar, rebosaba de entusiasmo. ¡El trono de Francia estaba salvado! ¡Desde una isla de América la flor de lis salvaría al mundo! Luis XVII, rey legítimo, con aprobación pontificia,¹ con reconocimiento de los gobiernos indígenas de Popoku y Kakal y, claro está, del Gobierno Inglés, inauguró su espléndida y corta vida. Desde luego cambió el nombre de la isla: de los Cocos pasó a ser *L'île de la Cocotterie* y Tikar se llamó *Nouvelle Versailles*, Nueva Versailles.² Su ministerio fue el siguiente: el duque de Lamére, en Justicia; el marqués de Laramére, en Negocios Insulares; el conde de la Grandmère, en Defensa Continental y el barón de Vaucocelles en Instrucción Pública, este último mestizo, de la raza negra, de la aborígen de Tikar, y de la raza cósmica.³

“Aquel gobierno mínimo, romántico, oculto a la culta Historia que pretende saberlo todo, vivía, creaba, y yo encontré entre sus actuales ruinas lo que he anunciado al principio: el desconocido Estilo Luis XVII.

¹ Biblioteca Vaticana, *Sección de cartas diplomáticas y nunciaturas Orientales*, Estante 14, 487, Cajón 1.

² *Histoire de l'île de la Cocotterie*, manuscrito por Jules Michel, Biblioteca Nacional de París, p. 82.

³ *Idem.* p. 934

“Adelanto algunos datos históricos extraídos de documentos ‘absolutamente’ inéditos. El reinado duró once años, desde 1810, hasta que el joven fue asesinado en la revolución negra de 1821. Desde entonces la soledad y el silencio se apoderaron de este jirón de la Historia Universal que ahora, señores congresistas de Salamanca, descubro. Pero me limito al Arte y dejo a vosotros la historia ‘política y social’ de este momento trágico de América. Para demostración traigo a ustedes fotografías, planos, dibujos, alzados y proyecciones, materiales que he donado al Instituto de Investigaciones Esotéricas, al cual, honradamente, pertenezco.

“Observemos la perspectiva aérea de Nueva Versalles que nos indica claramente, a pesar de sus ruinas, que era una ciudad sin plazas. ¿Por qué? Atreviéndome a interpretar esta extraña urbanística, creo encontrar sus motivos en el odio que debió tener el rey Luis XVII a las plazas, ya que en una de ellas, la famosa de la Concordia, fueron asesinados sus padres y familiares y la flor de la nobleza de Francia. Una agorafobia, como ustedes comprenden, muy justificada. Las calles son anchas, aunque no mucho, y los cimientos que logran verse indican que sólo la parte central de la población fue edificada con solidez; en las orillas vense aún restos de románticos espejos de agua y esqueletos de torres góticas, rematadas en agudas agujas reminiscentes.

“Podemos darnos cuenta de la arquitectura por algunas ruinas importantes; desde luego el Real Palacio. Fue, como es natural pensarlo, una imitación de la arquitectura Luis XVI, pero pronto los delicados roleos

del rococó, las guirnaldas y cenefas, la exquisitez, en fin, del Viejo Versailles, engorda, se afirma, se tortura, y convive con motivos extraños, diferentes proporciones y ornatos que ofrecen el trópico y las antiguas culturas de Tikar. Es, como se sabe, el eterno problema del arte mestizo.

“La planta, según tradición, es de un hijo de Soufflot, pero vean ustedes los cimientos de estas habitaciones ochavadas, justamente como las chozas de los indios papalukos, cámaras en rarísimas formas de pez, cuyas techumbres no me explico cómo pudieron ser; esta gran galería que seguramente fue la de los Espejos, a juzgar por su solemnidad y por los restos de marcos dorados cuyas hojas de acanto, terminadas en cabezas de ostiones y otros moluscos caribes, se encontraron entre menuda pedacería de finas lunas venecianas; la capilla real, en fin, en forma oval, cuyas bases de columnas estriadas asoman aún entre la yerba. Pero examinad esta portada que aún permanece en pie; el orden es clásico, pero con esa libertad que los arquitectos de Luis XVI le dieron en Francia y con ese. . . libertinaje tropical que los de Luis XVII le dieron aquí; las columnas son desproporcionadas y llevan, como una remembranza, los listones que desenrollaron en sus columnas Gabriel y Pajou en la sala de la Opera de Versailles; pero en *Nouvelle Versailles* los listones se han convertido en furibundas lagartijas que suben y bajan por las ranuras como si fueran surcos.

“Las puertas de madera son encantadoras; entre motivos pompeyanos, como vasos canopios y cráteras, efebos y matronas, aparecen personajes indígenas tomados

de los antiguos códices de Tikar así como máscaras, ángeles en equilibrio y figuras orientales y mayoides. Acerquémonos. Algunos personajes leen atentamente; los libros son los *Diálogos* de Platón, las *Eneadas* de Plotino, la *Metafísica* de Aristóteles, etc. Ya se comprende que estas puertas fueron construidas por orden y gusto de Vaucocelles para recordar su ministerio. ¡Una vez más el delicioso absurdo americano!

”La Catedral de Nueva Versalles es moderna. Sólo conserva unos dinteles mayas, con inscripciones, que el Embajador de los Estados Unidos regaló al arzobispo en 1820 y que hoy sirven de escaleras para ascender al altar del beato Philippe, natural de Tikar y mártir del Japón.

“De mobiliario se conserva poca cosa; existe, por fortuna, el trono de Luis, sirviendo ahora de sede al alcalde de los Cocos que la Unión Británica sostiene para defensa, según se dice, del Continente Americano. Como ven ustedes, ya no tiene la gracia que imprimió María Antonieta a sus muebles de Versalles. Aquí, entre la *rocaille* que apenas se distingue, lo que se impone son las cabezas de monstruos, aves, culebras y calaveras, taraceadas de huesos, de huesos de los caciques sacrificados para lograr el advenimiento del rey Luis.¹ Los brazos terminan en flor de lis, pero tan desmesuradas, tan poco francesas ya, que me recuerdan las que adornan las cruces hispanoindígenas de México en el siglo

¹ *El Informador*. Diario de la República de Haití, martes 20 de marzo de 1817, reproduciendo una carta de Vaucoucelles al Cardenal Carrogne.

XVI. En el respaldo el escudo de Nueva Versalles: un gallo tremolando un renacuajo.

“En pintura sólo se conserva un retrato del joven Luis un poco antes de morir; está ya tomado del bacilo de Koch; es una espiga de trigo, rubio y elegante, pero desmedrado y agónico, ‘arrojado radicalmente en el pre-ser-se de la angustia y de la muerte’, como diría el filósofo Heidagaos.

“La obra, por lo expresiva, por lo cálida y sincera, por la técnica tan diferente, tan ‘americana’, nos muestra un artista sensible y humano, ‘auténtico, con la conciencia de su momento histórico, asomándose, descubriendo a América’ según me explicó Edmonde D’Ogorman. ¡Qué diferencia del frío idealismo que entonces imperaba en Francia con Luis David! Una prueba más de la independencia de América en el arte.

“Estamos pues ante un caso más de transculturación artística, de absorciones de formas diferentes creando esos estilos que en España se llaman ‘mudéjar’ y en México ‘tequitqui’. Pronto se harán excavaciones por cuenta de la poderosa compañía yanqui Art Progress in Latin America, que darán frutos insospechados, pero cábeme el honor de haber mostrado yo, por vez primera, la simiente de este nuevo capítulo de la Historia del Arte Universal.

“Esto es lo que tengo que decir, señores congresistas, por ahora”.

El viejo refectorio agustiniano tembló de aplausos, sólo interrumpidos por un innoble portazo: el Bachiller de Salamanca había huído, limpiando los cristales de sus anteojos humedecidos por el llanto de la derrota.

(1948)

INDICE

José Luis Martínez: Las narraciones de José Rojas Garcidueñas	7
--	---

I

ANÉCDOTAS, CUENTOS Y RELATOS

El hallazgo del crítico (1947).....	13
El heraldista (1949)	19
Christmas-Nochebuena (1950)	25
El erudito y el jardín (1951)	28
Un manuscrito de Urbina (1952)	31
Ejemplo de la vanidad (1953)	37
Historia de un tipómetro (1955).....	38
Historia de "Amigo" (1955)	49
Viaje en el "Huatusquito" (1956)	54
Una copa de cognac (s.f.)	59
Nicolás Rangel y Juan de Dios Peza (s.f.) ...	62
El señor de la Buena Lluvia (s.f.)	67
Por dos muy buenas razones (s.f.)	70
El concierto (s.f.)	73
La descorazonante realidad (s.f.)	80
Una aurora boreal (1957).....	86
"... es rutinario pero nadie lo sabe" (1958) ..	91
De historia mínima (1959).....	98
Relato de las Islas Mistrocks (1960).....	102
Et in Terra Pax (1961)	118
El "Protector de México" (1962)	120
En una fecha memorable (1964).....	127
De Salamanca (1964).....	132
De una charla con don Alfonso Reyes (1966)	136
Il n'avait la barbe comme ça (1967).....	140

II OTRAS ANÉCDOTAS Y SUCEDIDOS

Una leve diferencia de forma. Müllerried en el cañón de Tomellín (1939)	147
De pavos reales (1957).....	151
Dos anécdotas de Castillo Nájera (1959).....	153
Lectura e imaginación (1961)	155
Un pasaporte Nansen (1966)	159
Recuerdo de Garibay (1967)	161
Pedro Garfias (1967)	168
Otelo (1972)	173
Conflicto de toponimia (1975)	178
De Santa Cruz (1980)	192
El doctor Rojas Asúa (s.f.).....	197
Un homenaje en vida (s.f.)	204
González Obregón y Gamboa (s.f.)	210
Herrasti y Vasconcelos (s.f.)	213
Las cosas, claras (s.f.)	217
“Sigüenza, poca vergüenza” (s.f.).....	219
Las palomas de Siena (s.f.)	223

APÉNDICE

Francisco de la Maza, El estilo Luis XVII (1948)	229
--	-----

Este libro se terminó de imprimir el día 2 de diciembre de 1983 en los talleres de Impresora Galve, S. A., callejón de San Antonio Abad 39. México 1, D. F. Siendo su tiraje de 2 000 ejemplares más sobrantes de reposición.



*Academia
Mexicana*